




Dr. JUAN BOSCH MILLARES

***En el camino
de mi vida***



**DONACIÓN
FRANCISCO
ROSAS**

DR. FRANCISCO ROSAS SURIS
MEDICO
Canalejas, 21
LAS PALMAS



Dr. JUAN BOSCH MILLARES

***EN EL CAMINO
DE MI VIDA***

A Maruja, mi mujer y compañera:

*Y cuando muera, Señor, quiero vivir
en la serena paz del cementerio
para dormir en él, junto a tu cuerpo
ese sueño sin fin, por ser eterno
ese sueño que muerta ya conoces
mecido por las ondas del silencio.*

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES
DEPARTMENT OF CHEMISTRY
5708 SOUTH CAMPUS DRIVE
CHICAGO, ILLINOIS 60637

MIS PRIMERAS PALABRAS

Los años transcurridos después de tu muerte me han sumido en una tristeza indefinida que unas veces me hace llorar y otras cerrar los ojos, a pesar de mi ceguera, para seguir pensando, como siempre, en tí.

Como esta sensación aflictiva y melancólica sigue amenazando con aumentar la inquietud de mi alma, necesito mitigarla recurriendo a los recuerdos escritos en el libro de mi historia, que estuvieron ligando fuertemente nuestras almas durante tu vida y siguen ligándolas durante tu ausencia.

Estos recuerdos en forma de conferencias, compuestas por elementos literarios, históricos y médicos, fueron dados a conocer en Madrid, Sevilla, Tenerife, Lanzarote y Gran Canaria, publicadas unas en su totalidad, después de oídas, en la prensa diaria y en mi libro "Dolor y Nostalgia del Pasado"; otras dadas a conocer al público incompletas y otras, aunque también oídas, no publicadas, y que son, en parte, las que doy a leer a mis lectores.

Por consiguiente excluiré los nombres de Don Gregorio Chil y Naranjo, Luis Millares Cubas, Alfonso Espínola Vega, Tomás Antonio Mena Mesa y Francisco de Armas Medina, por haber sido descritas por mí sus vidas y obras. Las del primero en el libro que lleva por título su mismo nombre, que vio la luz pública en esta capital hace algunos años; las de los tres siguientes expuestas en varios números de la revista "El Museo Canario" de Las Palmas y las del último dadas a conocer en una de las publicaciones de "Los Progresos de la Clínica", que se editó en Madrid hace algún tiempo.

Y para terminar, aparecen en las últimas páginas varios escritos de recuerdos a tantos otros compañeros y profesores de la Medicina Española y Francesa, que ejercieron su profesión en la Península y Canarias. Dichas páginas cierran este libro que lleva por título "En el camino de mi vida".

CONFERENCIAS,

DE LA LUCHA POR LA VIDA Y SUS IDEAS

Multitud de hombres se pasan la vida en la quietud más insana, mirando por las ventanas de sus sentidos el traquetear de las cosas sin mezclarse en ellas para nada. Observemos. Este es un escribiente acomodado, se levanta, come, garabatea en su oficina, lee el diario, da un paseo, duerme. Es buen hombre que no nació para cosas mayores y que desconocerá la vida el día mismo en que se vaya de ella. Aquel es un político del montón de los listos que está dando vueltas eternas a la noria prosaica de su despacho y que arrastrado por la corriente, abre dos palmos de boca ante los acontecimientos que le llevan ligero como paja quemada. Este otro, es un rentista, eje rutinario de una familia petrificada, por cuya cara pasan inútilmente los días. Aquel... pero, ¿es posible señalar el número infinito de los que no abren los ojos en su vida, eternos suicidas de su propio ser, personas que viven inconscientes en la paz de los muertos? Vencidos antes de luchar, enfangados en la molición espiritual que les corroe las almas, pasando la vida sin dejar huella, sin abrir paso, abandonados como mujeres disolutas en brazos del ocio fácil, son hombres pero no ejercen nunca de hombres, son como aquellos monigotes de plomo que siempre tienen en alto su inmóvil y ridícula espada. Sin que jamás les sirva para nada.

Así viven infinidad de gentes sumidas en la paz abominable de los sepulcros; multitudes que el azar trae, que las circunstancias llevan. Su actividad está reducida a su más mínima expresión; comen porque da la hora, trabajan porque todo el mundo trabaja, pasean porque los demás pasean y viven aquí en el escenario inmenso de la vida, sin saber porqué. La pasividad es su vida y el anonadamiento su atmósfera y si el mundo fuese un museo inmenso de seres arqueológicos y petrificados, inmutable, clavado, inmóvil, estos, serían los ciudadanos ideales, esto es, los cadáveres ambulantes de este hipotético mundanal cementerio.

Pero desgraciadamente para ellos el mundo no es eso. El mundo es lucha interminable, combate rudo, batallar continuo y en él sabemos, que de nuestra actividad dependen nada menos que la salud corporal y sus consecuencias, la salud corporal y sus ramificaciones. En el inmenso campo de nuestra individual atracción, e los espacios inconmensurables que comprenden el cuerpo y el alma, todo lo grande, todo lo humano, todo lo noble, depende de la actividad personal del ejercicio e iniciativas de las facultades.

Pasa lo propio si consideramos el círculo de los intereses materiales y el de las familias. Parad mientes en los progresos individuales, familiares o sociales en todo terreno, derecho, política, mejora económica, riqueza, ¡cuánta lucha para avanzar un solo paso! ¡Cuánto áspero batallar, sin tregua ni interrupción! ¡Como se ve en todas partes rastros de sangre, huellas y peleas, disputas a brazo partido, trofeos de victorias y ayes lastimeros de derrotas! Luchan los bravos, los inquietos, luchan cuantos atentos a las trepidaciones de cada hora, suenan valientes en la conquista de lo apetecible.

Y ved como es una lucha interminable y sangrante, la misma ciencia, la civilización, el progreso, Koch, Pasteur, Marconi, Edison, Colón y los otros mil colosos que han abierto surcos en su camino, luchan largamente, denonadamente, a brazo partido, para arrancar a la naturaleza sus secretos y empujar un paso más a la humanidad hacia el camino de la luz ¡Cuántas ignoradas batallas en el fondo de los laboratorios, oscuros, en el fondo aún más oscuro del propio pensamiento! Días interminables, noches eternas pasadas en combate constante con el tubo de ensayo, con la pila eléctrica, con el análisis del yo, para abrir el libro de la naturaleza e iluminar un rincón más de ese campo inmenso de lo desconocido.

Y si nos trasladamos a la Naturaleza ¿veremos acaso un átomo que se libre del batallar continuo? En la evolución infinita de los seres, en el círculo cerrado de la vida ¿hay acaso un segundo de estabilidad y de pereza? El microscopio ha iluminado cosas antes tenebrosas. Y sabemos que todo ser cambia continuamente en luchas constantes con sus propios elementos y con

los que le circundan. Y sabemos que la vida misma, en eterno equilibrio inestable es una continua y perenne batalla de moléculas, batalla de precisiones, batalla de microorganismos, batalla de formas, batalla que sólo acaba con la muerte.

Si la vida es lucha esencial, se comprenderá que el valor de un hombre no puede medirse en manera alguna por lo que es, por su ser, cualidades, ideas, riquezas, posiciones u otra consideración cualquiera, acerca de la cual puede decirse soy o tengo. No. ¿Que nos importa el ser de una persona? No hay que creer en la ranciedad apergamizada, ni en el burro cargado de oro.

Si el mundo es lucha, si no se es hombre sin combatir, el obrar y no el ser debe de medir el valor justo de una persona. Nos importa lo que haga el hombre, no nos importa lo que es. Y hay que advertir que un hombre sólo hace lo que hace como hombre combatiente y que todas sus acciones rutinarias e instintivas, son y no hacen. La acción, la fuerza, la lucha, el trabajo, el esfuerzo, eso es el hombre. Y un hombre vale o no vale, ante Dios, ante la ley, ante la historia, por lo que hace y no por lo que es.

Por eso los grandes hombres han tenido ideales de lucha y han combatido en el buen combate de la ciencia, de la perfección, del propio encumbramiento. Todos sabemos que cuando nacemos caminamos a morir, no ignoramos que andamos embarcados a la fuerza en el tren rápido de la vida.

Pero los grandes hombres con una idea clara de esa vida luchan a brazo partido y sin descanso. Y en vez de sumirse en la dejadez de la inacción, viven ensanchando continuamente el campo de sus conquistas, avergonzándose de la posibilidad de dar el inmoral espectáculo de una hora de inercia y gritando en horas de inacción forzada por enfermedad o muerte cercana, aquellas frases que Wagner pone en boca de Spontin en su lecho de muerte. ¡Quiero trabajar más, más! ¡No quiero morir aún! Este es el sentido verdadero de la vida. Quien lo contradiga viviendo parasitariamente de la vida de los demás, contradice la esencial finalidad de nuestra misión humana que es la lucha.

Por esto, porque nos es esa lucha connatural, la humanidad ha rodeado de luz a los héroes de la acción. Y esos héroes en-

sangrentados sus nervudos brazos lo han sido por entusiasmo impregnados gozosamente de su misión, paladeando ese divino manjar que se llama conquista de las cosas. Y como por inercia, acción atrae a acción y la lucha llama a la lucha y el fin de un acto es el principio de otro, ahí tenemos esas vidas de héroes —hombres como nosotros— santamente embriagados por el vino fuerte del rudo combate —subiendo a las alturas de la sociedad, triunfando de sus semejantes y disponiendo por derecho de conquista de los hombres y de las cosas.

Los héroes son pocos en número. La economía humana tiene una ley fatal a la cual se atiene la mayoría; la ley del menor esfuerzo. La humanidad vive para vivir y cuando logra vivir no se molesta más y aún hace para ello el menor esfuerzo posible. A la concepción de la vida como esfuerzo, llegan pocos, estos pocos aspiran, quieren ser, quieren redimir, quieren luchar, quieren tener el sentimiento de la noble ambición. Y esa noble ambición lucha rudamente y se crea necesidades y produce órganos. Y la fuerza natural que todo hombre trae consigo, se multiplica con el ejercicio, analiza todas las energías y levanta mundos ignorados. Y la luz natural que yace en el fondo de toda alma aumenta en ellos con el roce la acción y trasuda por todos los poros, iluminadas las cosas que les rodean. El hombre inerte no; su fuerza natural, punto de apoyo para levantarnos a héroes, disminuye con la inacción la poca que le queda, medio atrofiada, no pudiendo aplicarse a nobles empresas que requieren lucha, se derrama por las bajas capas de la animalidad.

Y he aquí como mientras el hombre de acción, depurándose continuamente por la acción misma, va ascendiendo en la escala de su perfección y de su felicidad, el hombre inerte va animalizándose progresivamente, juguete de lo externo que le arrastra y de sus propios bajos fondos que le ahogan.

Eso da a entender que el hombre inactivo no puede caracterizarse por la inactividad absoluta. Es tan contrario a nuestra naturaleza la molicie, que repugna al concepto de hombre la pura pasividad. Pero el hombre inactivo emplea sus escasas y atrofiadas fuerzas en objetivos estériles que a la sociedad le dañan y a el propio no le aprovechan. He aquí los principales tipos de hombres pasivos, que parecen activos sin verlos:

a) Tipo proyectista. Lo único que le queda de humano son sus interminables planes. En la cama despierto, en la oficina paseando, constantemente está proyectando con detalles minuciosos, con esplendidez admirable. ¿Qué haría yo si ahora tuviese un millón de duros? ¿Cómo construiría mi palacio, caso de poder tenerlo? ¿Cómo ordenaría la ciudad, si yo fuese Jefe de Estado? Así otros 100 trascendentales proyectos magníficamente desarrollados. Se trata de un hombre completamente rutinario absolutamente negado, un hombre animal cuya imaginación corre sola. De él decía Salomón, "el perezoso revienta de deseos".

b) Tipo palabrero. Las palabras sobre todo si se lanzan son cosa muerta que solo roza el alma sin dejar huella. El lenguaje por el lenguaje les sugestióna. El análisis de cosas es demasiado serio para su espíritu perezoso de todo hablan, todo lo arreglan con la lengua. Estrategas de casinos, ellos corrigen los planes de los médicos, políticos, consumados, ellos dan lecciones a los jefes de los partidos. Como que hablan por hablar, también lo ridículo dispersa sus energías, preocupaciones ínfimas les merecen sendos comentarios. Y como que lo sano e inútil gasta más que lo útil, derrochan sus pocas fuerzas en peroratas jactanciosas. Se trata de un hombre negativo. Desconfiemos del que habla —aunque hable y razone muy bien— sin que nunca haya hecho nada en la realidad.

c) Tipo criticón. Es un pesimista incurable. Siempre recorta. La acción de los demás se le atraganta. Y como no puede suprimirla en la realidad se dedica a repartir tajos y mandobles verborreicos contra aquellos que trabajan. Una vez entra en la crítica de algo, demos tiempo al tiempo, él, gusano roedor, cumplirá con su obligación. He ahí a la pereza derribando obras poéticas trabajando... con palabras por la pereza universal.

d) Tipo enjaulado. Es el perezoso agitado, Gasta sus energías naturales en rondar la jaula, como león aprisionado. Este ya no se limita a hablar hace. Hace 100 kilómetros cada día sin andar un paso. La jaula y el león quedan donde estaban. No llevan una luz en sus adentros. Ligeros e indolentes, no obran por ideas propias. Les guían los acontecimientos, los demás hombres, la corriente les arrastra. De aquí su eterno brujuleo marcador ante la sucesión variadísima de casos y cosas.

Esta es la amarga historia de no pocas almas versátiles, juguetes de la duda y como la duda; siempre estériles, hombres escrupulosos, llamados a servir a la postre de simples comparsas en el escenario social.

La causa madre del mal está en la falta absoluta de ideas propias. Y en compensación suelen estos hombres moverse no sólo a todo viento de palabrería vacua, sino ellos mismos, seres habladores incansables, jugando con sus caparazones vacíos que llaman palabras sin objetivo fijo. Disertan largamente, levantan aparatosos edificios de argumentaciones. Discuten brillantemente, hablando por hablar, olvidando a veces lo que acaban de decir y continuando sin ilación de ideas.

Dije que la raíz del mal está en la falta absoluta de ideas propias. Conviene no confundir a estas con la erudición sin sentido. Se confunde hoy la digestión que acaba en una transustanciación de lo digerido, con la yuxta posición que comprime y ahoga. Nuestra educación actual, víctima de un surmenage pasado de época, coloca en nuestras cabezas una masa enorme de ideas muertas, amueblando la inteligencia con muchas palabras, convirtiendo la admirable inteligencia humana en un seco y vano diccionario, como si la nutrición consistiese en pegar trozos de carne alrededor de nuestro cuerpo o cargar estultamente sobre las espaldas una tonelada de alimentos. Esa es la abominable instrucción actual. Y cuando decimos que los irresolutos lo son por carecer de ideas propias, no negamos que puedan estar repletos de ideas, pero de ideas de otros.

He hablado de la digestión de ideas. La palabra es luminosa y debemos de aprovecharnos de su lujo. El cuerpo del hombre en continua función va gastándose. ¿Cómo acude la Naturaleza a remediar este desgaste, que nos conduciría directamente a la muerte? Hemos aquí en el gran misterio de la vida. El cuerpo ingiere comiendo lo que no es él, es decir cosas externas y no sólo externas sino bien distintas de los miembros de su cuerpo y no sólo distintas, sino muchas veces venenosas. Pero he aquí como lo que no somos nosotros, se convierte en nosotros, como lo distinto se convierte en semejante, en una palabra como lo muerto se convierte en carne viva y palpitante. He aquí las admirables funciones de asimilación y digestión. He aquí como

ellas se aprovechan de lo de afuera y crean en la materia muerta organización y vida. Y esa materia viva y organizada es la productora y concentradora de energía, dando ritmo al corazón, elasticidad a los pulmones, tersura a la piel, fuego a los labios, transparencia a los ojos, fortaleza a los huesos y expresión divina a la cara.

He aquí el necesario proceso de alimentación del alma ¿Renegamos a lo externo? Nada de esto, decimos solamente que no dejemos arrastras nuestro cuerpo o nuestra alma por la corriente de lo exterior, que es necesario independizarnos únicamente y mecánicamente de la corriente de las cosas que nos agarran, puliendo nuestro yo de la ganga bruta del ambiente y extrayéndolo de los bajos fondos de la animalidad que es reina y señora, cuando la inteligencia abdica, ¡Que usemos el estómago de nuestra alma moviéndonos inteligentemente en medio de los mil intereses externos que nos atraen y que no reneguemos del medio (cosas, hombres, ideas, tradición, etc.) sino que lo examinemos sucintamente, que lo ponderemos cuidadosamente, que aclaremos su calidad y midamos su cantidad y que introduzcamos lo que nos convenga en nuestro espíritu, para que él la convierta en sustancia propia, fuente de vida!

Debemos ser optimistas apartándonos de cuantos renieguen del mundo, de las cosas y de los hombres. ¿No hemos visto cómo el estómago necesita comida del exterior y cómo transforma en vital y salutífera la partícula venenosa? Seamos pues amigos de lo exterior a condición de dominarlo, de moldearlo y de hacerlo nuestro.

Claro es que sólo siendo independientes seremos libres, esto es hombres. Pues bien, quien dice independiente, dice ideas propias, motivos propios de nuestros actos.

Para que se vea cómo es posible esto, observemos ante todo como es un hecho que gran parte de los hombres tienen ideas propias, sean nacidas en ellos, sean ingeridas y asimiladas. Todos más o menos pensamos cosas que se nos acuden y raciocinamos en algo a nuestra manera. A veces tenemos ideas fijas, tan nuestras, que influyen instintivamente en nuestros actos: así ante la idea de que cierto médico ha de curarme, ya que me siento aliviado cuando el tal médico llega a casa, la idea asimilada por

mi del contagio probable del cólera, me ingiere el cólera en el cuerpo. ¿Y no nos ha perseguido a todos, a veces, un pensamiento dado, que no nos ha dejado dormir ni sosegar, bien pinchándonos con el agujón de sus ideas elevadas, o bien obligándonos a una acción mala?

Atendamos a nosotros. Echemos la sonda en las profundidades de nuestras almas y veremos como nosotros mismos no andamos tal vez, tan interiormente desnudos como nosotros mismos sospechamos. Ha habido hombres que tras un largo período de inacción y de ir tras los demás, se han creído completamente desprovistos de inteligencia y cuando en un examen detenido y minucioso de nuestras almas, observamos que somos capaces de llegar donde han llegado otros ¿no podemos echar en el molde de nuestra inteligencia, lo que nos convenga amoldándonos a nuestra manera y necesidad? Calcar es decir pegar, es ser arrastrado, llevar el sello de la dependencia, pero imitar digiriendo, es la definición de la originalidad, de la personalidad.

Las ideas por virtud de su misma naturaleza se atraen y ligan unas a otras, como el imán atrae el hierro. Se saben las leyes de esta atracción y hasta se sabe la manera de aumentar la fuerza de atracción de una idea, para que organice orgánicamente alrededor de ella todas las demás que nos interesan.

En el hombre hay una cierta cantidad de fuerza nerviosa, base material de nuestros movimientos de todas clases, incluso del movimiento vibratorio y químico de las células, que son órganos del pensamiento. Pues bien, esta fuerza se distribuye principalmente por dos canales, uno que va al cerebro a mover y fortificar las células del pensamiento y de la voluntad otro que va a la médula, a fortificar y mover las células órgano de los movimientos imitativos y ciegos. Pues bien, la Naturaleza ha dispuesto maravillosamente estos canales de manera tal, que la corriente cerebral —vía ascendente— corre mucho más de prisa que la corriente ciega —vía transversal— de la parte baja del hombre. Y si en nuestra voluntad abrimos de par en par las puertas a esa corriente cerebral, casi toda la fuerza nerviosa va a reforzar las fuerzas de las moléculas del cerebro destacándose limpias las ideas, desplegando gran poder de atracción de engranaje y de mutuo auxilio y disponiéndose a una operación enér-

gica. Está además demostrado que el hombre posee el poder de formarse ideas para sí, en proporción al grado de su voluntad y de su conocimiento reflejo del mundo. Precisamente los fenómenos naturales del mundo y del yo, afectan de tal manera que sólo conociéndolos es decir formándonos ideas de ellos, quedamos relativamente libres e inmunes de las consecuencias que la aterradora contemplación de aquellos hechos nos producirá.

Fácilmente se comprende el porqué de la necesidad de tener ideas propias. Las ideas son el principio inicial de nuestras acciones y en eso estriba precisamente su importancia. No es extraño pues que se diga que las ideas gobiernan el mundo y mueven los brazos. Nuestra vida interior es el prototipo de nuestra vida exterior. De aquí la necesidad absoluta para el que quiera actuar de hombre libre de una orientación ideal, que sea el carril de la dirección de sus obras. Esta orientación debe darle la resultante de todas sus ideas, las cuales depositando con el tiempo en el fondo del alma capas sucesivas de sedimentación, forman una masa de principios esenciales, enlazados y solidarios, nada confusos, que constituyen un depósito dolosal de energía en un sentido determinado, con unidad admirable y orden portentoso.

Esta fuerza de las ideas es tan grande, que tiene poder de contrarrestar el torrente de las cosas externas, que nos está empujando para precipitarnos pasivamente en un torbellino. Todo es cuestión de atracciones y últimamente de números. En el mundo sideral, atrae al otro el astro que acumula mayor fuerza de atracción. Así en la innegable afinidad entre el yo y el no yo, en la evidente interatracción entre mi independencia de hombre y la corriente de hombres y cosas, vencerá aquel que acumula mayor fuerza. Por esto conviene que con actividad incansable, conscientes y previsores hagamos funcionar nuestra cabeza y llevemos un registro de nuestras más leves ideas y acciones. Esto se logra mediante el conocimiento del ser. Esta fuerza de inteligencia es tan grande, que por un acto de inhibición, incluso puede dejar en olvido las ideas que no nos convienen y modificar a la larga el curso esencial del propio pensamiento. Todos hemos experimentado respecto de alguna idea o afecto, aquel proceso que comienza por creer los absurdos, que continúa por

calificarlos de inconvenientes, que sigue teniéndolos por indiferentes, que después los acoge con tolerancia, que acaban por interesarle y ser objeto de amor verdadero.

Como en los milenarios procesos geológicos nuestra mente no nota las diferencias infinitesimales de esas evoluciones psíquicas pero en cuando compara dos puntos extremos del proceso, se palpan tan distintos y a veces contradictorios que el alma no puede menos de maravillarse ante su mágico poder transformador, motivo de sano optimismo para los hijos de la lucha.

Debemos hacernos con ideas propias, para que la duda hija de la dispersión de fuerzas, no sea de nosotros conocida, sobre todo si sabemos sostener con esfuerzo, el caudal de nuestras ideas propias. Y digo con esfuerzo porque sería ridículo creer que se conquista el mundo sin lucha, o que existe lucha sin esfuerzo. Debemos hacer del esfuerzo cuestión de honor, pues somos hombres, a fuerza de conquistar nuestro vigor moral y nuestra independencia con el sudor de nuestra frente.

Cuando examinamos el compuesto humano en actividad, descubrimos, destacándose entre todas las demás, dos facultades eminentes —la inteligencia y el sentimiento y sería error científico creer que puede andar solo alguna de estas potencias, sin el engranaje de la otra. No; no hay idea motriz sin sentimiento, ni sentimiento noble sin idea. Y cuando algún moralista declama sobre la necesidad de ideificar las pasiones o de calentar los conceptos, sólo es admisible este lenguaje en el sentido de andar muy atrofiado uno de estos elementos, predominando el otro con imperio soberano. Pero coexisten siempre uno y otra, potentes o atrofiados.

Las ideas entrañan una fuerza enorme potencial. Pero esta fuerza sólo se convierte en actual, aplicándole el fósforo del sentimiento, que, provocando la explosión, ate el concepto a la realidad, coloreándolo, calentándolo, vivificándolo; en una palabra, humanizándolo.

La acción del hombre debe tener una estructura forzosamente semejante a la del ser del hombre, es decir psico-física. La idea representa el elemento intelectual espiritual; el sentimiento fecundador representa el elemento material. La idea empapada de sentimiento es la única idea apta. Solo amando entra-

ñablemente nuestros planes y nuestras ideas podemos llevarlos al triunfo. Los conceptos se enquistan, en separándolos del ambiente del entusiasmo y del amor. Los estados afectivos son los únicos que penetran las raíces más profundas del alma, sin que haya para ellos capa alguna impermeable. Por esto vibra el alma entera al viento de la pasión. Es imposible vivir de espaldas al Sol.

El hombre no puede aplicar sus ideas al mundo y moverse en él, más que a condición de que le una a él un anillo misterioso que tenga algo de común con el mundo y con el espíritu. La idea no puede operar en la materia y ni aún ponerse en contacto con ella, porque idea y materia son dos mundos distintos que no tienen punto común. De ahí la necesidad del sentimiento que es a la vez alma y cuerpo para poner en contacto mis ideas con el mundo y provocar la chispa maravillosa de la operación, y de la lucha. Así se ha provocado fisiológicamente por largos análisis cerebrales que siempre que la idea obra sobre la realidad provocan su operación los movimientos nerviosos que provienen de estados sentimentales.

Esta energía sentimental es tan grande, que alguien ha podido decir que pensamos con el corazón, que toda idea se extingue sin el calor del sentimiento, que el propio juicio sentimental nace de estados afectivos, o como escribe Balmes "que del corazón sale todo, arpa solemne que despide toda clase de sonidos, desde el horrendo estrépito de las cavernas infernales, hasta las más delicadas armonías de las regiones celestes".

Este poder del sentimiento fecundando la idea, aclara multitud de hechos, unos muy conocidos, otros de más difícil explicación al menos a primera vista:

1. La facilidad con que se transforman las ideas al calor de una pasión querida hallando buena, aceptable, lógica y hermosa, cuanto (personas, cosas, proyectos, etc.) nos interesa y malo, despreciable, ilógico, a cuanto no ha caído en gracia de nuestros sentimientos.

2. La inutilidad, práctica de las convicciones puramente especulativas, de los puros propósitos de enmienda de vida, cuando no les acompaña un sentimiento cálido, un temor o una esperanza cualquiera.

3. La insensibilidad fisiológica de los mártires, cuyo amor sublime a una idea sentimentalizando todo su ser, transformaba la que idealmente debía ser horrible dolor en placer sabroso.

4.—El hecho varias veces repetido de que un paralítico no pudiendo mover sus piernas, ni aún sugiriéndole ideas enérgicas de movimiento, en cambio echará a correr rápidamente cuando vino un estado afectivo, por ejemplo, el terror producido por un explosivo, el peligro de una catástrofe, etc.

5.—La observación de que los grandes accionadores de la Humanidad, además de fabricantes de ideas, han sido siempre hombres de grandes pasiones y afectos. El que ama no trabaja, dice un adagio. Es tan ilógica esta afirmación que precisamente han sido los grandes pasionales los que han realizado el progreso humano.

6.—Quien dice influencia de amor sobre los actos, dice el sentimiento de miedo u otro cualquiera. Me voy a caer, dice uno poseído de gran miedo al bajar una escalera. Y se cae. Un miedo enérgico le ha lanzado al acto, rápido y enérgico.

7.—Sabemos pues poseer además de una sedimentación de ideas propias una vegetación de sentimientos que fecunden nuestras ideas. Procuremos producir en nuestra inteligencia toda clase de afectos, fuerzas nunca despreciables incluso aquellas que refiriéndose a maneras externas y formas de finura social, parece que no pasan de conveniencias sociales urbanas. Pero aparte de esto que es muy bueno, debemos acudir a otro medio, el único que tendrá la fuerza suficiente para calentar las ideas, los grados necesarios para su germinación; la formación de nuestro ideal.

No hablo de los ideales de luchar siempre, de hacer el bien determinado, que pudiera ser o el logro de un gran beneficio, la posesión perfecta de una carrera, fundar una institución moral, ser un gran pensador. Hombres como nosotros fueron los héroes con que cuenta la Humanidad y sin embargo llegaron a ser héroes. Colón se propuso descubrir un Nuevo Mundo y descubrió un Nuevo Mundo. Franklin se forjó la idea de ser rico, listo e influyente y fue propietario, inventó el pararrayos

y fue uno de los fundadores de la gran nación que rige hoy los destinos del Mundo. Wagner se propuso reformar la música dramática y lo consiguió.

No seamos pragmatistas, detallistas, modestos. Es preciso no decir nunca no quiero ser. Queremos ser. Seamos, forjémos un ideal, elevado, grande, bien concreto de lograr esto o aquello. Y amémosle, acariciémosle y embriaguémonos en su solo pensamiento. Sin ideal se ahogan muchos propósitos. El ideal, flor del sentimiento, será el motor y director de nuestra vida futura y si logramos crear ese ideal y convertirlo en sustancia nuestra, dispondremos de una fuerza de impulsión colosal. Ella nos sugestionará y sugestionará tan completamente a los demás. Y no solo nos dará luz, calor y movimiento, sino que eclipsará todas esas murmuraciones que nos rodean, sino que nos transforma de hombres pasivos sin voluntad, en hombres libres y conquistadores, supremo fin a que puede llegar nuestra gloriosa dignidad de hombres.

Y henos aquí en la cuestión de las pasiones. Las pasiones es decir, la exaltación normal de sentimientos, son los brazos del ideal. Ideal sin pasiones, ideal mutilado. El ideal que es torrente y avasallador, necesita instrumentos avasalladores y fuertes. Las pasiones son sus ministros gloriosos. No hablamos de la pasión inmoral de aquellos hombres y ante los cuales el bien y el mal, la verdad y el error son palabras sin sentido, atentos solos a sus concupiscencias. Las pasiones como las máquinas perfeccionadas, honor de nuestra época, son colosales instrumentos de acción que han de saberse manejar. Cuanto más perfeccionada y noble es una cosa, peores son los daños que pueden producir, sin que esto nada le quite de su elevada excelencia. La corrupción de lo mejor, es lo peor, decían los antiguos.

Debemos de tener pasiones encendidas; amores, odios, santas iras, amor propio, ansias de goces morales, apetito de ser, orgullo de hombres; solo con semejantes pasiones podrá reinar en nuestro yo el ideal, este ideal que debe constituir la orientación y finalidad de nuestras luchas. Todo es preferible a esa gente fría, vacía de ideal, esa gente del tanto se me da, que no hace el mal porque no hace nada y que no yerra porque no actúa.

Existen unos caracteres mórbidos que no son fríos, pero que tampoco son ardientes, que poseen una caricatura del ideal y un simulacro de falsas pasiones; son los sentimentales, los vagos, los lánguidos, los imprecisos los melancólicos, los caracteres abstractos y generalizadores. Su imaginación como los ojos de un divagador, mira a todas partes y a ningún lugar. Perdidos en un laberinto de vaguedades difumadas, de sueños almibarados que les absorben horas y días, van levantándose castillos en el aire y forjándose novelas que simulan vivir realmente, pero que se caen al menor soplo de realidad. Su imaginación visionaria y devoradora en continuos deliquios y desmayos, se entrega a todos los estragos de un sentimentalismo melancólico alimentado por la inacción. La utopía, espejismo del verdadero ideal, les atraé irremisiblemente hacia sus abismos sin fondo.

Otro espejismo del verdadero ideal y del sentimentalismo noble son los caracteres impulsivos, hombres sin medida que desconocen la calma de la serenidad, eternos atolondrados, olvidadizos del tiempo y del espacio y víctimas de este olvido. La voluntad de estos hombres es muy débil. Aventureros morales, gobiéranles los actos reflejos y las circunstancias externas. Ellos se agitan pero la imitación o el vecino les manda. Operadores en crisis de entusiasmo, su corriente no es fértil y fecundante, sus ímpetus pasionales como ríos salidos de madre, marchitan, inundan, desvastan.

La causa de la impetuosidad dañosa radica precisamente en una falta absoluta de voluntad, manifestada por el dominio sobre ellos de circunstancias externas (alcoholismo, opio, fiebre, ira, apasionamiento) circunstancias externas que excitan las células y las ponen en acción involuntaria y por la disminución de poder de disección, de concentración y de coordinación. Por esto suelen ser divagadores, incoordinados, incapaces de lucha; gasta en trivialidades gran cantidad de energía; se distinguen por sus ataques de nervios que les echan con exaltación hacia un objeto, abandonándolos después aplanados y obran siempre contra razón y a merced de sus caprichos.

Los caprichos son movimientos reflejos del cuerpo humano, nacidos en la médula espinal, no sujeta a la voluntad. Por

esto, en cuando un capricho nace, obran irresistiblemente y con ímpetu ciego, sin medir distancias. Caprichos y voluntad están en razón inversa. Por eso, los impetuosos son una caricatura del hombre de fuerza, de carácter y de ideal, cuya esencia íntima es el dominio y la independencia.

Conozcámonos a nosotros mismos, pues. Examinemos nuestra alma a la luz de esta doctrina del Entusiasmo. Quizás temamos no hallar ideales en nosotros mismos. ¿Por ventura no se trata de una gran conquista, de algo muy extraordinario que pocos tienen?. ¿Qué extraño pues, que no los hallemos en nuestra propia alma?

Apliquemos sin embargo el oído atentamente. Nuestras almas poseen más cavidades, hondísimas, inexploradas. A veces se perciben en su fondo ruidos profundos, semejantes a las misteriosas aguas subterráneas de algunas grutas naturales. Estos ruidos nos interesan. Bien atenta la vista, vemos a veces semillas de ideas que se desarrollan raquílicas, a veces oímos ruidos de sentimientos que allá aguardando, horas propicias, esperan, esperan.

Apoyémonos en estos sentimientos plantas, delicadas y bellas. Alimentémoslos pensando en ellas y en las ideas que encierran rodeándolas de ilusiones, vistiéndolas de esperanzas. Con virtámoslas con el tiempo, en pasiones. El ideal deseado vendrá tras ellas. Sacudamos la pereza, si queremos ser. Porque no se trata de ser más o menos. Se trata de ser o no ser, se trata de actuar como hombres, o de ser arrastrados como cosas.

Conferencia dada en el Museo Canario.

CARACTERISTICAS PSICOFISIOLOGICAS DE LA JUVENTUD

¿Qué es la juventud?. Después de la crisis de la pubertad, tanto el hombre como la mujer, entran en la juventud, en la edad de la plena actividad, durante el cual se desarrollan las energías aptas para el trabajo útil. En esta edad, en la que el cuerpo ha adquirido los atributos físicos y estéticos más perfectos, habiéndose desarrollado por completo las tendencias sexuales, el hombre y la mujer están animados por una sensación nueva de vigor y de facultades expansivas, que determinan la vocación futura en relación con la diferencia sexual.

El cuerpo con la esbeltez y apostura del joven, adquiere todas las notas externas del hombre perfecto, cuyo paradigma nos ofrecieron los griegos con las estatuas de Diana y Apolo. La piel pierde la delicadeza infantil, los cabellos se llenan de pigmentos, los músculos aumentan de volumen y consistencia, dando a los miembros el desarrollo y forma definitiva y a toda persona, la agilidad, flexibilidad y gracia de los movimientos, unidos a la vitalidad. La cabeza pierde el predominio de tamaño que tenía en la primera edad y al ampliarse el torax y la pelvis, se alcanza la proporción armónica de las tres cavidades esplácnicas. Disminuye la plétora linfática propia del niño y se establece el justo equilibrio en la proporción de sangre y linfa. Aumenta la fuerza impelente del corazón y con los vasos arteriales y venosos, elásticos y amplios, se consigue en el joven la completa actividad de riego sanguíneo, a través de la red capilar. Los movimientos respiratorios proporcionales a la amplitud adquirida por los pulmones, adquieren un ritmo menos frecuente y más lento. El sistema digestivo alcanza su plena actividad; el aparato de la masticación se completa con el nacimiento de los cuatro últimos molares, llamados del juicio y los tan conocidos caracteres sexuales secundarios masculinos y femeninos, marcan importantes especificaciones a estas notas generales del organismo juvenil. "Los rasgos de la faz acentúan

una fisonomía propia, que con la mímica traduce el pensamiento y con la expresión afectiva el sentimiento. En la juventud, las sensaciones adquieren toda la extensión y firmeza de que son capaces los órganos sensitivos. La juventud es la edad de las percepciones claras y fáciles, de memoria segura, de la imaginación espléndida. En esta edad se va perfeccionando la facultad de la atención, se va formando el gusto estético y el sentimiento ético de la convivencia social".

Siendo numerosas las características psico-fisiológicas de la juventud, que ocuparían algún tiempo en exponerlas paso sólo a detallar las cinco que en mi concepto merecen tenerse más en cuenta: emoción, rebeldía, amor, amistad y éxito y por este orden, serán leídas en esta charla.

Emoción.—La juventud es la edad más sensible a la emoción; si se quiere, a la emoción de grandes conmociones. Todos hemos sentido la emoción de los exámenes, hemos sentido la emoción del arte, sobretodo en su sector de la Música, hemos experimentado la emoción de nuestra primera declaración de amor, del nacimiento de nuestro hijo y es curioso señalar el hecho de que aún cuando estas emociones se suceden y repiten en la vida, jamás pierden ellas en nosotros, la más ligera disminución de intensidad.

Ante el acto emotivo capaz de impresionar nuestro sensorio el pulso se hace rápido, el corazón aumenta el número de sus latidos y golpetea violentamente sobre las costillas, haciéndonos llevar las manos al mismo que quiere romper el pecho, el calor más o menos sonrosado de la piel de la cara se palidece, la secreción salivar se inhibe y la boca se nos seca; las manos primero, las piernas después en general todo el cuerpo es invadido por un temblor que llega en algunos momentos a ser irresistible y toda nuestra piel queda erizada tomando el aspecto de la llamada carne de gallina; una intensa sensación de opresión en el pecho nos hace suspirar profundamente, se siente el escalofrío recorrer las espaldas y muchas veces las lágrimas se deslizan por nuestras mejillas, con la misma pureza ante la emoción alegre que la triste.

Los estudios de Endocrinología atribuyen a la glándula tiroidea, la productora de la emoción y por ello se dice que las personas de tipo delgado, de reacciones motoras marcadas, de mirada inquieta, son más emotivas, por ser hipertiroideas, que los del tipo contrario, es decir gruesos parsimoniosos. Nos lo da, como ejemplo, don Miguel de Cervantes Saavedra, en su Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, al describir de una manera opuesta el tipo alto moreno, estado de locura afectiva y romántica, de Don Quijote, comparándole con el de Sancho el marrullero, obeso, pequeño, cuyas emociones estaban embotadas por el llamado sentido común.

La sensibilidad emotiva de la mujer, es completamente distinta de la del hombre y como siempre, en ella radica, uno de los rasgos que como tantos otros, la hacen superior al hombre. Un asunto de interés planteado al hombre y a la mujer jóvenes, es resuelto de manera diferente por ambos sexos, pues el primero, por regla general, antepone la inteligencia al sentimiento, la razón y al impulso y en cambio la mujer los pospone. Los médicos que me escuchan, saben que la razón de ello estriba en que las mujeres son más propensas a tener reacciones hipertiroideas, que los hombres.

Es indudable que las emociones van invadiendo la humanidad en cada día y que por consiguiente la juventud está impregnada de ellas, tanto más cuanto más cultura posea. En el incesante correr de los años, sobretudo desde la Gran Guerra hasta nuestros días, los jóvenes civilizados, respiran una atmósfera cargada de conmociones más o menos intensa que llega en algunos instantes a dejar de ser emoción para convertirse en pasión. Toda la vida del hombre, especialmente en los años en que transcurre su juventud, es una sucesión continuada de emociones, que si bien para el insensible de nada sirven, son acicate y estímulo para el que desee llegar. Acabo de decirlo: nuestros exámenes, la publicación de los primeros versos respondiendo al momento romántico de la juventud, la obtención de premios como recompensa al trabajo, la entrevista amorosa en una noche estrellada, a la luz de la luna, el beso que sin pedirse rasgó la diafanidad del ambiente, la obtención del título, nuestra actuación como profesionales, el matrimonio, el

nacimiento del hijo, la plantación del árbol, la publicación del libro, por no citar más que las emociones imborrables que se suceden en dicha edad, van grabándose en la curva de la vida, como algo nuestro, íntimo, cariñoso y contribuyendo a escribir las páginas de la historia de cada joven.

Ahora bien ¿a la emoción responde toda la juventud?. Triste es confesar que no.

Sabemos que para que haya emoción es necesario que haya habido antes afecto, sentimiento y aún pasión. Muchos jóvenes son soñadores, ilusos, lánguidos, imprecisos, de imaginación voluble y andariega, que como los ojos de un divagador mira a todas partes y a ningún lado.

Perdidos en un laberinto de vaguedades difumadas, de sueños almibarados que los absorben horas y días, van levantando castillos en el aire y forjándose novelas que simulan vivir realmente, pero que se caen al menor soplo de realidad, con harto dolor de sus almas dominadoras. No hay peor agua que la estancada. No os fieis de gente mansa cuyas aguas interiores, están infestadas de podredumbre. La sanidad del alma requiere purificación, tempestades, emociones y para que haya emociones, es conveniente que las pasiones como exaltación normal de los sentimientos, sean sanas. La voluntad de esta juventud es muy débil; son gobernados por los actos reflejos y las circunstancias externas; en la actualidad está ella dominada por la emoción del sport y en primer lugar por el juego de la pelota. Quiero dejar sentado que la educación física, metódica, ordenada, es altamente beneficiosa para la juventud; los deportes en exceso, a más de acarrear a los organismos juveniles desastres que todos los médicos hemos observado y que van aumentando con el tiempo, van acentuando en la mentalidad de cada uno, la idea de que la juventud actual, quiere más a su cuerpo que a su alma.

Rebeldía.—“El sistema locomotor, como dice Marañón, alcanza en esta edad su máximo poderío. El corazón y las arterias su máxima elasticidad. Las funciones vegetativas, la digestión principalmente, se desarrollan en un plano de profunda subconsciencia. El joven no sabe que tiene estómago ni que

digiere, aunque coma piedras. Su índice nutritivo, su metabolismo, es enormemente activo. Cuanto se come se consume en el voraz hogar del adolescente. No queda grasa sin quemar, que se acumule en la piel, ni azúcar sobrante remansada en la sangre, ni ácido úrico que entorpezca las articulaciones y llene de herrumbre los resortes de la máquina humana, como el residuo del carbón mal quemado, ensucia y agrieta las calderas. El sistema nervioso es todo fuerza centrífuga, impulsión, deseo de actuar y sobretodo la curiosidad: la curiosidad insaciable, sin la cual la juventud no existe”.

El hombre ha nacido para ser miembro de la sociedad y de la misma manera que la nave cabecea contra la corriente del mar, marchando hacia adelante en pos del horizonte, como resultado de la fuerza expansiva del gas, que hace revolotear su hélice, la juventud, en búsqueda de la gobernación de propios y extraños tiene que ser rebelde, como único modo de adquirir personalidad propia.

Para tener personalidad propia; para ser rebelde, es necesario tener ideas propias, motivos propios de nuestros actos y para que se vea cómo es posible esto observemos ante todo, cómo es un hecho que gran parte de los jóvenes tiene ideas propias, sean en ellos nacidas, sean ingeridas y asimiladas. Todos pensamos cosas que se nos acuden y raciocinamos en algo a nuestra manera. A veces tenemos ideas fijas, tan nuestras, que influyen instintivamente en nuestros actos y así ante la idea de que el médico me ha de curar, ya me siento aliviado cuando llega a casa, antes de medicarme. Si profundizamos en el alma de la juventud, veremos cómo no anda tal vez, tan interiormente desnudos de ideas propias. Ha habido jóvenes, que tras un largo periodo de inacción, se han creído completamente vacíos y cuando en un examen detenido y minucioso de sus almas, han removido costras y levantado capas de engrudo se han encontrado con felices descubrimientos de ideas enquistadas, de ideales semiasfixiados bajo el polvo de la calle, de luces recónditas, cuyos resplandores no se habían apagado aún del todo.

¡Qué puntos de apoyo más definidos, para levantar sobre ellos el edificio de la propia personalidad!. ¡Cuán fácilmente

puede organizar la juventud alrededor de estos centros de atracción bien despejados y claros, ejércitos de ideas, que hagan radiar de la frente rayos misteriosos y organicen científicamente las conquistas del porvenir!. Y si estuviese completamente huérfana de ideas propias, ¿no está la razón, para digerir lo externo que le convenga y encender con la luz ajena las luces propias? Calcar, es ser arrastrado, llevar el sello de la dependencia, pero imitar digiriendo, es la definición de la ropia personalidad. En el hombre, principalmente en el joven, hay una cierta cantidad de fuerza nerviosa, base material del movimiento de las células que son órganos del pensamiento; pues bien esta fuerza se distribuye principalmente por dos canales: uno que va al cerebro, a mover y fortificar las células del pensamiento y de la voluntad; otro que va a la médula a fortificar y mover las células órgano de los movimientos imitativos y ciegos. Pues bien, por fisiología sabemos, que la corriente cerebral —vía ascendente— corre mucho más de prisa que la corriente ciega —vía transversal— de la parte baja del hombre. Y si con nuestra voluntad abrimos de par en par las puertas a esa corriente cerebral, casi toda la fuerza nerviosa, va a reforzar las fuerzas de las moléculas del cerebro destacándose limpias las ideas y disponiéndose a una operación enérgica.

Rebeldía; insisto en la necesidad de tener ideas propias. Las ideas son el principio inicial de nuestras acciones, hasta tal punto que cuando las acciones son de nosotros ejercemos de hombres y si son en nosotros, actuaremos como máquinas de carne pensando con el cerebro ajeno. Sin embarfio es condición necesaria para que las ideas puedan ser producidas o digeridas en nuestro interior el tiempo, la atención y el cariño. Idea nacida no quiere decir idea poderosa, como niño nacido, no quiere decir niño apto para el trabajo. Idea que roce ligeramente como ave de paso, la corteza del alma, no indica idea asimilada. Y así como todo germen, así como toda digestión, necesita alimento, debemos alimentar aquellas ideas, con nuestra atención amorosa y repetida, saboreándolas con la saliva espiritual de nuestro cariño, agrupando alrededor de una idea madre, en la soledad de la meditación misteriosa, los cristales alrededor de uno primitivo.

Sabemos que la vida es la resultante de diversas funciones de nuestros órganos, que aunque distintas conducen todas a un mismo fin. De esta resultante, el hombre vive en plena salud y desde el instante en que uno de ellos, por lesión orgánica, o por desequilibrio del tono vago simpático, no puede efectuar su función, (rebeldía) el hombre procura investigar el mal, para prestarle la ayuda necesaria y la vida continúa. ¡Cuántas veces esa pérdida de equilibrio humoral, obliga al hombre que lo sufre, a cambiar su orden de vida su régimen de alimentación, sus pequeños vicios! La gobernación de un país necesita pues de esos órganos rebeldes para que la nave luchando contra el oleaje, sea conducida a puerto seguro, obediendo la ruta que se le da al timón.

La rebeldía en la mujer no se conoce; por el dominio de las glándulas frenadoras sobre las excitadoras, es ella todo blanda, docilidad, suavidad, fragilidad. Claro es que el hecho de no ser rebelde, en el sentido expresado, es fiel expresión de su educación actual y desde el momento en que ella goce del pleno dominio de sus facultades intelectuales, de seguro de más poder de asimilación que las del hombre, será ella tan rebelde, por lo menos como pueda serlo éste. Casos de mujer rebelde, nos cita la Historia y en todas ellas se confirma la relación existente con el desarrollo de su capacidad intelectual.

Amor.—Puedo decir de una manera terminante que la juventud es la edad del amor y para el amor y en este sentido, no puede establecerse diferencia alguna entre uno y otro sexo. Nacen el hombre y la mujer, para el amor. Ahora bien ¿cómo es el amor de la juventud?. No os llamará la atención, si proclamo que la característica del amor en la juventud, debiera ser la castidad. El amor, dulce ensueño de la vida, poniendo frente a frente al hombre y la mujer jóvenes, no debiera ser sino la abigarrada conjunción de sus corazones, que al latir no haga temblar la carne, medio dormida y llena de rubor. Este amor casto, puro, que suena en los versos, en nuestros primeros versos, cuando en el camino de nuestra juventud tropezamos o encontramos a la que supo llegar en el momento oportuno, ha sido cantado en múltiples estrofas de los poetas; pero

la civilización en su invasión procelosa, ha conseguido desfigurar la castidad. Hoy el amor, ya no es la pasión que se despierta, cuando dos jóvenes, al verse por primera vez, sin conocerse, solo desean ser el uno del otro aunque a ello se opongan, cuestiones de familia, desigualdad de posición social o el profesar en distinta religión. El amor, digámoslo con dolor, hoy ha sido desfigurado por conveniencias sociales y en esta conveniencia justo es afirmar, que tiene más culpa el hombre que la mujer.

Los jóvenes se enamoran hoy, por amor o por conveniencia. Disminuyen actualmente los del primer caso, que durante la época del Renacimiento, llegaron a la pasión. El Dante tuvo su Beatriz, a quien vio a los nueve años de edad, cuando el poeta sólo tenía ocho; no perdió el vivo recuerdo de ella en toda su vida, hasta el día en que cumplió al fin de su Vita Nuova, el voto "de decir de ella, lo que no se había dicho de otra mujer alguna"; La Divina Comedia, fue el monumento con que ensalzó su memoria. Laura fue la dama de los amores ideales de Petrarca, Monna Vanna, la de Guido Cavalcanti: Victoria Colonna la de Miguel Angel. El amor no es más que una elevación del espíritu al presentársele ocasión de acoger algo marcado con un atractivo. Lo esencial en el amor es el impulso de unión acompañado y seguido de pasión.

Ante la persona que despertó al amor, se experimentan las mismas manifestaciones fisiológicas, que he descrito al hablar de la emoción, con la diferencia de que la sangre afluye a nuestra cara, poniéndonos rojos de rubor, cuando sentimos que se acerca la persona amada, se agranda la visión, es impresionada agradablemente nuestra membrana timpánica, por el timbre agradable de la voz y asoma la sonrisa en los labios, como explosión de las reacciones vaso-motoras producidas por el sistema nervioso.

El sentimiento del verdadero amor no es egoísta, sino generoso y es claro, este amor verdadero, este amor santo, no llegará nunca a desaparecer, como dijo el poeta,

mientras sintamos que se alegra el alma
sin que los labios rían

mientras se llore, sin que el llanto acuda
a nublar la pupila
mientras haya unos ojos que reflejan
los ojos que los miran
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira
mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas.

El otro amor, el amor por conveniencia, va siendo actualmente la causa que más contribuye a la unión conyugal. El problema económico de la vida, tanto mayor cuantos más años transcurren, el formar parte de una familia, cuyo apellido es un rango nobiliario, el deseo de medrar en la sociedad al calor del caudal de la mujer o valerse de la posición política de sus padres, para ocupar un puesto o destino que tranquilice su vida, son muchas veces los pretextos que sirven al joven para enamorarse por conveniencia. Si en esta conveniencia pusieran los fines de la antropología y medicina actual, pues no hay du-eugenesia, es decir, la de contribuir a la formación de una descendencia y raza enérgicas e inteligentes, sería llenar uno de los fines de la antropología y medicina actual, ues no hay duda de que contemplando la belleza humana ante las estatuas inmortales de Fidias, donde las líneas laten vivas, donde las frentes despiden rayos invisibles, donde la armonía eterna transparente con divina serenidad, se sedimenta en nosotros un sentido de ritmo y de gusto que hay que poner después al servicio de nuestras acciones, moldeándolas en el crisol de la ponderación y de la belleza.

Mucho se ha discutido si el amor por conveniencia conduce a matrimonio sin felicidad. No hay duda de que algunos, así realizados la consiguen, pero también es cierto y como cierto frecuente, que los hay en que el desamor se esconde tras una apariencia de corrección social y familiar a lo sumo salpicada de una leve cordialidad, pues para que el amor conyugal nazca entre dos personas, es necesario que exista simpatía entre ellas, ya que sin la simpatía habrá sexualidad, pero no amor.

Por último, cuando la unión de dos jóvenes se verifica por amor y por conveniencia, entonces se llega a realizar el matrimonio feliz y esto que sería el verdadero ideal del hombre, no siempre se cumple. No obstante el joven actual se caracteriza por la persecución de ese fin y busca a la mujer que tenga gracia al moverse, elegancia en su pose, vida en sus ojos, pensamientos bellos y sugestivos, que aporte a la unión un caudal que ayude a subvenir las necesidades de la vida, un apellido, una religión y desarrollo del cuerpo físico, como emblema de la salud, para la consecución de hijos sanos que sepan conquistar al mundo. Franklin, Platón, Aquiles por no citar más, supieron ensalzar la vida haciendo sus juegos olímpicos y los caballeros de la Edad Media se adiestraban en la caza, torneos, combates, para tener pensamientos elevados, fuerzas majestuosas, delicadezas para las damas y collares de oro para los trovadores. No olvidemos que los hijos, la encarnación del más puro amor, el amor que ciega a los padres y no por conveniencia, son siempre el lazo de unión de los padres, que bien por amor o por conveniencia, se unieron para procrearlos.

Amistad.—Por este afecto puro, desinteresado y recíproco, verifica la juventud su relación de sociedad fundada en el mutuo aprecio y en la confianza mutua. Sabemos que la amistad, característica representativa de la juventud, podemos cultivarla de tres maneras; una, en que la amistad solo se aprecia por el provecho propio, al que se subordinan todos los recursos temporales del amigo (por ejemplo, la amistad de negocio): otra en la pura complacencia o en la frecuente concurrencia a unos mismos sitios de recreo, y otra es aquella or la que apreciamos en el amigo, sólo a la persona íntimamente unida a nosotros por los vínculos del espíritu y la moral.

Las dos formas primeras de amistad son pasajeras; en cambio la última es duradera, pues con ella tenemos íntimo placer en comunicar nuestros sentimientos y el contenido de nuestro espíritu, a aquel que consideramos como depositario de nuestra confianza.

La amistad en la juventud sirve para grabar profundamente en nuestro cerebro, toda una sucesión de recuerdos, las más de las veces imborrables, que al pasar de los años, parecen agi-

gantarse. Esta edad, la edad de las ilusiones, la edad feliz por excelencia, transcurre en pleno dominio de amigos; por la amistad lejos de sus familiares, la juventud olvida tristezas y martirios y mientras no se tiene la primera novia, el amigo íntimo es para el amigo, bálsamo consolador a las penas sufridas y aliento vivificador en sus alegrías.

Los amigos recogidos en la juventud, serán los amigos de todas las edades y ay de aquel que los desprecie o que los olvide; la huella que señala en la corteza cerebral la impresión de la amistad, nunca es sustituida ni desaparecida. El recuerdo del amigo, es toda la juventud. El mundo de las almas como el mundo de los cuerpos, ofrece una solidaridad esencial, forzosa entre todos sus seres. Como los astros por ley indeclinable, pesan, por solo serlo, los unos sobre los otros y contribuyen todos en poco o en mucho a la resultante grandiosa de la atracción universal de los espíritus. Almas indiferentes no las hay: el solitario procura serlo, o se hace la ilusión de serlo.

El concepto antagónico de la amistad, es la enemistad, que llevada a su máximo grado es el odio y si el objeto de la enemistad no se considera digno de ser aniquilado, ocupa su lugar el sentimiento del desprecio. Huya la juventud, pues, de la enemistad, y para ello sólo debe saber cultivar la amistad.

¿Cómo hacerlo? No herir jamás el amor propio de nadie. Todo hombre, todo joven es una delicada figura que pueda romperse con solo quitar el polvo que le cubre. Cuanto más ignorante y pobre de alma es una persona más se la debe respetar si no tiene otra cosa que su dignidad de joven, es justo que la estime en mucho. La sátira no debe quemar los labios; es necesario considerar la crítica como indispensable, pero ejercida por otros. Es necesario también conocer el lado flaco de los amigos, para conservarlos; como buen general, es conveniente dirigir los tiros donde ofrezcan menos resistencia. Hablarles suavemente, sin estridencia, ya que con este lenguaje se posee una de las armas e introducirse en ellas. No engañarle jamás; la astucia cuando bordea los linderos de la verdad, es una cosa, despreciable que denota falta de inteligencia. Quien engaña no puede conquistar. Ser tolerante para con él, siempre que ello no indique claudicación, modesto aunque no humilde, pues

para exhibir los méritos, no es necesario encender la luz ya que puedes exponerte a quemarlos. Deja que los aprecien los demás.

La amistad en la mujer no alcanza la plenitud de desarrollo que en el hombre, sin duda debido a la civilización actual. Por su manera de vivir, por su recogimiento en la sociedad al no frecuentar con la misma insistencia centros de cultura, de recreo, de esparcimiento, la mujer cultiva menos la amistad que el hombre.

Éxito.—La aspiración de llegar al pináculo, punto máximo que alcanza en el desempeño de una actividad humana cualquiera, es pensamiento fijo que guía e incita constantemente a la labor cotidiana, haciéndola más intensa, más fina y pulida en un ansia de perfección y originalidad en que basarse y con cuya ayuda se puede caminar certeramente al fin anhelado.

Todos hemos soñado con descollar, con personalizarnos y popularizarnos; el triunfo y la gloria atraen con toda vehemencia a la juventud queriendo llegar enseguida y aunque todos son efectivos candidatos a su consecución, muchos no lo consiguen. La ruta del éxito destella en todos con fulgor vigoroso, pero ante los ojos de cada individuo, con una matiz variable, con una distancia desigual, con una pendiente diversa.

Dice Paxton, "el joven, el hombre después, debe tener un propósito dominante que gobierne su vida entera, en todos sus instantes. Las ideas resuenan en el mundo con mayor estrépido que los cañones". Esa idea fija y perenne no es otra que el ideal, fin al que todo ser tiende y que lleva en sí envuelto el éxito.

La ilusión dorada de conseguir en lo futuro honra, gloria o provecho, despierta muy tempranamente en el espíritu humano desde los tiempos juveniles, brilla en lontananza; una radiante aureola, nítida y fulgente, pero imprecisa, indefinida —no permite concretarla en nada firme— es una esperanza ingenua en la que se cree con firmeza. Más tarde el caudal de los días transcurridos, habrá ido fijando la esfumada ilusión en algo preciso, espiritual o material, al que se encauzarán los

esfuerzos, laborando cotidianamente en el orden definido de las cosas para acrecentarse, valorarse a si propio, enriqueciéndose y adiestrándose en el dominio de la disciplina, para colocarse en las mejores condiciones para entablar la lucha, cuya arma poderosa, la única, es el saber, elemento noble que más de una vez ha de entenderse con argucias de mala laya.

En la guerra de la vida por el éxito, no todas las armas son lícitas y bien en verdad es cierto, que los pedestales labrados y los lauros conseguidos al amparo de las malas artes, se desmoronan rápida, estrepitosamente, al faltarles cualquiera de sus livianos y engañosos sostenes.

Nunca pudo ser un triunfo definitivo, sino el cierto y lícitamente alzanado; podrá ser grande y ruidoso, pero falaz con una estela por huellas de desolación y amargura, en la que la voz serena de la conciencia deja resonar su enérgico grito de reprensión. Jamás, podrán ser materiales para edificar la escalera hacia el éxito, la falsía ni el engaño, la difamación ni la hipocresía.

Para conseguir el éxito son necesarios en la juventud, algunos factores intrínsecos como la cultura, voluntad, inteligencia y prestancia personal y de ellas como signo que destaca su propio yo, la primera, que se obtiene siempre con el estudio.

Nuestra juventud con pocas excepciones, mira friamente el logro del éxito; bien es verdad, que siendo el medio ambiente uno de los factores extrínsecos que intervienen en su consecución, el actual, dominado por la abulia, es como hombre decapitado que no acciona y vive por tanto en la paz de los muertos. La juventud, doloroso es confesarlo, quizá dominada por sentimientos externos, no sabe o no quiere saber ni ver en los libros, la luz que ha de alumbrar la ruta de su vida y prefiere mirar a los movimientos imprimidos al balón, o a las contorsiones que imprime a su cuerpo el nuevo baile de moda, o los formidables golpes que se regalan los hombres en el boxeo.

Consigamos, pues, hacer jóvenes valerosos, que vestidos de sólida cultura, plenos de optimismo, con la conciencia limpia, vean aseguible sus acariciaos sueños dando palpitante realidad a sus ansiados afanes este deseo que acariciamos, es susceptible de ser tangible y verdadero, desmenuzando y analizando concienzudamente los factores básicos conducentes al éxito, ve-

remos que no todos son dones personales exclusivos de escasos bienaventurados, sino comunes y pródigamente repartidos en todos.

No es una fuerza ciega, superior e involuntaria la que fija el destino, sino un cúmulo de detalles personales que en cada instante ha ido uno mismo inconscientemente colocando y según el sentido de esta orientación, así han llegado al éxito o al fracaso.

Dispónganse todos los jóvenes a cruzar su camino con el júbilo del vencedor, apréstense a cubrirse del bagaje necesario para que nunca la amargura del desencanto tenga lugar y para que cada uno en su esfera, coseche el mayor número de éxitos.

Hemos llegado al fin, sin que se haya terminado el tema inagotable de la juventud. En nuestra vida, los pensamientos llegan, se marchan y regresan; el mar con la sonoridad de sus olas, sube y baja y baja y sube; los días y las noches se suceden sin cesar; el agua de la tierra corre hacia el mar, donde se evapora para condensarse en las nubes y volver a la tierra: todo perdura, todo tiende a eternizarse, pero en esta lucha que sostenemos con la vida, la juventud una vez pasada no vuelve; ni es pensamiento, ni mar, ni día, ni noche— lo es todo y por ser todo, se marcha para no volver. Ya lo dijo el poeta:

Juventud, divino tesoro
ya te vas, para no volver
cuando quiero llorar, no lloro
y a veces lloro sin querer.

He dicho.

Conferencia dada en el Gabinete Literario.

CREACION DEL PRIMER CENTRO DE ENSEÑANZA MEDIA

Hoy, ya lejos del mundanal ruido y cuando la inmensa mayoría de los que me oyen, hemos llegado a la cúspide de la vida, hemos de sentir gozosos el recuerdo de una época que tiene para nosotros, dulzor de boca y batir de alas, porque durante ella y los años que han transcurrido hasta el momento actual, hemos aprendido a caminar por una senda llena de espinas y de flores; flores que han tenido la magnífica interpretación de sueños pasados, espinas que han podido pincharnos en las manos despertándonos de aquellos que creímos imperecederos. Sueños al fin, que han dejado en nuestra subconsciencia, un rastro indeleble que va esfumándose con el peso de los años.

Hemos aprendido en ella, además, quemando nuestras pestañas con el azul del cielo y con el amarillar de la luz artificial, a ir conociendo el mundo, problema en el que, a pesar de los años, no hemos podido encontrar la solución, pues las incógnitas de su existencia, por numerosas que han sido sus asociaciones, no han logrado descifrarlas. El cálculo matemático no ha podido aún hallar el valor de lo infinito y la biología, ciencia de la vida, descubre, cada día, problemas que se apartan silenciosamente de aquella solución, por cuanto lo infinito escapa a la luz de sus conocimientos. En cambio y sin que lo hayamos comprendido en nuestra afectividad, sin que la ciencia exacta haya intervenido en ella, por cuanto el amor hacia nuestros semejantes y hacia la compañera que nos deparó el destino, caen de lleno dentro del campo de las ciencias auxiliares de la biología.

Y así en nuestros mejores años, en los que la luz, el calor o el movimiento, manifestaciones de nuestra vida física, poca mella hacían sobre las rectas de nuestro marco vital, hemos sentido la necesidad de ser comprendidos, porque en nuestra soledad, los pensamientos, se remontaban hacia los confines de nuestra existencia. Es verdad, que apreciábamos, maravillosamente, el goce inefable de las caricias de nuestros padres y el

olor inconfundible de su regazo, es cierto también, que en aquellos años sentíamos palpar las manos un poco endurecidas de aquellos que nos mostraban la ruta que habíamos de llevar para llegar al bien; pero el alma nuestra, ya mayores, experimentaba la terrible ansiedad de creer que nadie había en el mundo capaz de detener sus alas. Y ante la imprecisa marcha hacia la lejanía, donde el todo es soledad, nos sentíamos dominar por sus inquietudes, dando rienda suelta a la imaginación que marcha en pos del ideal inconcebido, atrayéndonos las horas crepusculares que tenían el encanto del diálogo silencioso y las poesías repletas de romantiscismo que nos hacían monologar con nuestra propia voz. De esta manera, ya apartados del Centro que nos enseñó a razonar constituyendo con nuestra compañera la sociedad perfecta, desaparecida la voz de los que duermen el sueño eterno, pero aparecidas otras que nos piden cobijo permanente, tenemos sumandos de una misma suma, que unidos a los que nos proporcionan los recuerdos del colegio, obtenemos un resultado final, que traducido al lenguaje literal, lo expresamos con la siguiente fórmula: Únicos afectos de la vida.

Y así es en efecto. Los amigos mejores y los mejores amigos, suelen, casi siempre, nacer en las emociones de las aulas, pues en ellas depositamos, cada día, una modalidad de nuestro pensar, adentrándonos en el corazón de los demás, limitando asperezas, modulando las pasiones y aprendiendo a ser humanos ¡Qué hermosa aspiración!

Los eslabones de la cadena fuertemente abigarrados nos van sosteniendo en el recuerdo, sin que el herrumbre que corroee la costra, llegue a la médula del metal. Nuestros amigos de aquellos años, son los mejores de aquellos y si alguno o algunos ya no viven, no ha sido rota la continuidad de la cadena. El recuerdo tiene la suficiente fuerza para sostenerla, a tal punto que si en el bregar de los años, por cualquier motivo quedó interceptada aquella, la vida misma nos ha llevado, automáticamente, a deshacer equívocos y a aclarar las dudas. Los amigos de las aulas son los picos elevados de una cordillera que defiende el valle de la pureza. Lo mismo, exactamente hemos de decir de nuestros maestros, ya que si bien es verdad que

un buen profesor ejerce la misma influencia bienhechora cualquiera fuese la categoría de los estudios, es también cierto, que los que nos enseñaron a ser cultos y los que nos guiaron en nuestros primeros pasos, son para nosotros picos elevados de aquella sierra, hacia los que miramos afanosos, siendo justo y necesario declarar, para orgullo nuestro, que el profesorado del Colegio de San Agustín, con raras excepciones, fue siempre modelo de competencia y celoso mantenedor de su prestigio.

Hacia el año 1845, la Ciudad de Las Palmas, solo contaba en su seno con un establecimiento de 2.^a Enseñanza, donde solo se explicaban, públicamente, las ciencias filosóficas y teológicas. Era éste el Seminario Conciliar de la Concepción, fundado por el inolvidable Obispo Servera, en el mismo edificio que ocupaba el Colegio de Instrucción Secundaria establecido, en la isla, por la Compañía de Jesús, hasta su salida del país, obedeciendo órdenes superiores. Al decir de alguno de nuestros antepasados, a principios del siglo XIX, se enseñaba en dicho Centro, las asignaturas de latín, ética, teología, filosofía, matemáticas, física, geología, historia, química e historia natural, competentemente unas y deficientemente otras. Era éste pues, el único centro donde recibieron las primeras noticias del saber, casi todos los canarios que se han hecho notables dentro y fuera de las islas, pero imposibilitados, años después, cuando las Letras y las Ciencias fueron adquiriendo personalidad propia y bajo cuya égida tenían que moverse todas las manifestaciones culturales del mundo civilizado de proseguir sus estudios en otros establecimientos superiores, viose Las Palmas dolorida, por el curso que su vida próspera, hasta once años antes del 1844, iba tomando, dadas las continuas y constantes polémicas que sosteníamos con nuestros hermanos los tinerfeños.

Por entonces y obedeciendo al declaratorio del estado de sitio fechado en Canarias el 1 de marzo del referido año, fue disuelta la milicia urbana, cesaron los paseos militares, las retretas y los himnos patrióticos, volviendo el archipiélago al prudente silencio de los tiempos del Rey Fernando. Las autoridades militares residentes en Santa Cruz de Tenerife, procuraron invertir el presupuesto de guerra destinado a la provincia,

en mejorar y aumentar las fortificaciones de aquella plaza y los ingenieros civiles en prolongar el muelle y conseguir que sus condiciones de desembarco fueran siempre favorables a las operaciones militares.

En Las Palmas, por el contrario, durante el mismo tiempo, se concluía en una parte del solar del Convento de Santa Clara, el teatro que llevó el nombre de Cairasco como recuerdo del célebre poeta que allí tuvo su casa y a la vez se estableció por algunos jóvenes entusiastas, un Casino de Instrucción y Recreo que se llamó Gabinete Literario. Así las cosas, suprimida por disposición del Gobierno, la Universidad de La Laguna, había quedado una parte de la juventud estudiosa obligada a interrumpir sus respectivas carreras, pero en cambio, en sustitución de aquel centro y por R. O. de 21 de agosto de 1846, se mandó establecer en aquella población, un Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, en el mismo local que ocupaba el suprimido establecimiento, instituto que ejerció, como todos sabemos, poderosa influencia sobre nuestro famoso Colegio de San Agustín en gran parte de su vida educativa.

En esta situación la enseñanza pública y privada, imposibilitados, como digo, los estudiantes de esta isla, de hacer valer los estudios llevados a cabo en el Seminario Conciliar, como no fuesen los teológicos y privados, al mismo tiempo, de ir al Instituto Provincial de La Laguna, por carecer de medios suficientes para sufragar los gastos que siempre se producen al permanecer por algún tiempo en un país extraño, se echó de ver, seguidamente, la necesidad de crear un establecimiento en esta isla que proporcionara a los jóvenes, la instrucción necesaria para desempeñar un puesto en la sociedad.

Entonces, dos hijos ilustres de la Ciudad, ambos letrados y ambos unidos por un intenso amor a la patria, don Antonio López Botas y don Juan Evangelista Doreste, propagadores de la santa unión fraternal y con aquella inquebrantable fe que hace vencer obstáculos, borrar disidencias y reconciliar ánimos, fundaron la Sociedad eminentemente patriótica que bautizaron con el nombre de Gabinete Literario, el día 1 de marzo de 1844, día memorable en los anales de nuestra historia, porque pudo dicho día la Ciudad sacudir el estupor que le causaron las des-

gracias y sentar los cimientos del sólido edificio que hoy se alza espléndido y triunfante.

Basta leer sus actas y recordar las palabras pronunciadas por nuestro antiguo profesor, don José Mesa López, en este mismo lugar hace unas noches, para encontrar en ellas, abundantes ejemplos de unánime voluntad, de laboriosidad constante, de generoso desprendimiento y hasta de abnegación absoluta para reunir caudales y realizar los asombrosos proyectos que enaltecieron la honrosa historia de la benemérita sociedad.

Ocho meses después de fundada, se trató en el seno de su Junta Directiva que pasó después al de la General, de la necesidad de establecer en la Ciudad un Instituto Elemental de Enseñanza Secundaria, con el apoyo y protección de la Sociedad, para lo cual se propuso por don Salvador Torres el nombramiento de una Comisión encargada de buscar la casa propia para su instalación y de formar los presupuestos necesarios de ingresos y gastos anuales y eventuales. Elegida aquélla, en la calle llamada, primeramente, Pedro Alcántara Déniz, más tarde de Santa Clara y hoy Dr. Déniz y aprobado su reglamento, quedó constituida la Comisión Directiva del Instituto de Las Palmas, por los Sres. don Manuel Lugo, don Antonio López Botas, don Domingo José Navarro, don José del Castillo Olivares, don Miguel y don Rafael Massieu, don Salvador Clavijo, don Francisco María de León, Sr. Conde de la Vega Grande, don José García, don Vicente Clavijo y don Juan Evangelista Doreste, nombres que debemos de oír, todos con veneración, por ser ellos los que mantuvieron la vida científica y administrativa del Centro, hasta que pudo hacerlo por sí solo.

Fue inaugurado, como ya sabemos, el día 10 de septiembre de 1845, con la categoría de Colegio de Segunda Enseñanza de 1.^a clase, con profesores que no tenían los títulos exigidos por la legislación vigente, por cuya razón se pidió dispensa a S. M. para que aquellos pudiesen explicar. Consignemos que a su instalación y encumbramiento, contribuyó, en gran escala, la Sección de Declamación del Gabinete, que en muy pocos días no sólo cubrió las desnudas paredes del escenario del Cairasco con seis decoraciones dirigidas y pintadas por el Socio don Manuel Ponce de León, sino que con los caudales

obtenidos en dichas funciones, por la abnegación de sus socios y el sacrificio de sus Sras. e hijas, se cubrieron los fondos que gastó la Sociedad en sus diversas empresas.

Desde entonces, el Colegio que se llamó más tarde de San Agustín, empezó a llamar la atención de la Provincia y de todos los puntos de la isla, acudieron a iniciarse en las Ciencias, multitud de jóvenes. Fue emporio de nuestra ilustración que alimentado con las enseñanzas gratuitas de los socios del Gabinete, ha llegado a ser el fecundo origen de esa brillante legión de varones ilustres, que son aquí y fuera de aquí, la gloria y la honra de nuestra patria. Varones educados en el seno de nuestra gran familia, compuesta de tres generaciones; la de los más jóvenes de cabellos negros o rubios, que tuvieron la virtud de despertar en sus labios, la sonrisa benévola de los abuelos, la nuestra, de más años, que fuimos armados caballeros de la vida, al duro espaldarazo del dolor, la de los viejos que fueron los primeros que llegaron a sus aulas, como ejemplo magnífico de amor al estudio y si me permitís unas palabras más, yo añadiría la constituida por los que no llegaron al término del viaje y cayeron en su áspera senda.

Toda esta gran familia la formamos los hijos de su espíritu, los artífices que con la múltiple variedad de sus cálculos y aficiones hemos trazado la ciudad del porvenir, hemos removido el suelo para dar nacimiento a nuestra primitiva agricultura, hemos derribado los tristes lugares de miseria y de fealdad para convertirlos en centros de belleza y manificencia, hemos hecho correr y embalsar las aguas purificadoras para calmar la sed de nuestras tierras vírgenes, hemos vestido las montañas desnudas, para realzar el panorama de por sí áspero y seco, hemos hecho cantar la marcha de las máquinas de nuestras fábricas, para propulsar nuestra industria y nuestro comercio, hemos construido una magnífica ciudad hospitalaria para alivio y consuelo de nuestros enfermos y hemos puesto en fin, en toda su obra, la solidez de la Ciencia y la belleza del Arte.

Y por si esto fuera poco, hemos creado y educado los espíritus haciéndoles llegar la Verdad y la Justicia, con la esperanza de crear la solidaridad de los pueblos y capacitarlos pa-

ra ejercer su derecho y cumplir sus deberes de ciudadanía. En fin, hemos sido los hijos que sobre el puente de la galera que navega con alas desplegadas, enfilamos al horizonte siguiendo la línea recta, que, como todos sabemos, nos conduce al infinito y el infinito en este caso, es el recuerdo perenne de nuestro inolvidable Colegio de San Agustín.

Voy a referirme a los hombres de ciencias que han surgido del Colegio y a los que guiaron nuestros pasos, por el camino de esta rama del saber humano. Al comenzar el Centro su vida educativa, se estudiaban en la segunda enseñanza, las asignaturas de Geometría y Trigonometría, Aritmética y Álgebra, Física, Química, Historia Natural, Fisiología y Agricultura. Agrupadas en sus tres ramas, Exactas, Naturales y Físico-Químicas, fueron explicadas desde los comienzos del Centro hasta su desaparición, por un plantel de profesores que constituyeron el cuadro de honor de la Sección de Ciencias y que voy a citar, para honra de los que me escuchan y emoción de épocas vividas.

En la primera, don Vicente y don Nicolás Clavijo, don Manuel González Castellano, don Pablo Padilla Padilla, don Fernando Inglott Navarro, don Antonio Marrero Pérez, don Antonio Mesa y López, y don Rafael Jaimez Medina. En la de Naturales, don Domingo José Navarro, don José Hernández Pérez, don Andrés Navarro Torrens, don Isidro Padrón Rosa, don Bartolomé Apolinario Macías, don Ventura Ramírez Dores-te, don Antonio Melián González, don Francisco Canivell Pascual, don Antonio Mesa López, don Angel Sáenz Corona y don Manuel Naranjo Sánchez. En la de Físico-Químicas, don Domingo José Navarro, don Clemente Figueras, don Alejo Luis Yagüe, don Luis Millares Cubas, don Isidoro Padrón Padrón, don José María Vallabriga Brito, don José Claudio Pereira y don Rafael Jaimez Medina. También debemos de citar, en este lugar aún cuando no explicaron asignaturas de las nombradas, tres hombres de ciencias, los tres médicos que enseñaron las dos Historias de España y Universal y la Lengua Francesa, don Carlos Navarro Ruiz, don Luis Navarro Pérez y don Casimiro Cabrera y Cabrera.

Comprenderéis maestros, compañeros y Sras. y Sres. que me escuchais, que no es posible hablar de todos en el transcurso de una hora, como hubiera sido mi deseo, puesto que la vida científica del Colegio va unida a la de ellos. Constituirá ese deseo, homenaje de profunda gratitud para los que viven y de sentido recuerdo para los que no están con nosotros, pero ante esta imposibilidad, voy solo a referirme a los profesores que más años desempeñaron sus cátedras y que fueron a la vez, elementos destacados del mismo, ya que uno de los dos fue su director durante algunos años y el otro, uno de sus gloriosos fundadores.

Fue don Fernando Inglott Navarro, figura de relieve en la intelectualidad canaria, por su inteligencia, su ilustración, su larga y fecunda labor educativa, por las enseñanzas que sembró predicando con el ejemplo, por sus virtudes cívicas, y por la nobleza de su corazón. Nacido en Las Palmas de Gran Canaria y discípulo del Colegio desde el año 1859, no pudo, por falta de salud y escasez de recursos, seguir en Madrid la carrera de Ingeniero que había comenzado años antes, siendo nombrado a la muerte de don Diego Mesa, Director del mismo, donde desempeñó, además, el puesto de observador de su Estación meteorológica. Fue también, Profesor del Seminario Conciliar, galardonado con la medalla de plata del Central Meteorológico de Francia, Comendador de la Orden de Alfonso XII, Socio de Mérito de la Filarmonía e hijo predilecto de la Ciudad. Obrero infatigable del progreso moral de esta tierra, fue un meritísimo maestro y un patriota que tuvo por norma de conducta, el desinterés y el amor al engrandecimiento de la isla, siendo por su espíritu y la educación que recibió en su juventud, uno de los gloriosos patricios, abnegados hasta el sacrificio, que tenía por lema de su escudo, la histórica frase "todo por y para Gran Canaria". Y este varón preclaro, que consagró su vida a la enseñanza, que dio lecciones admirables de matemáticas en la clase y de civismo en la plaza pública y en el desempeño de sus cargos de Concejal y de Diputado provincial y que en días de agitación fue el tribuno del pueblo y el historiador de vergonzosos episodios de la política provincial, este hombre, repito, bueno y comprensivo, que no supo odiar,

fue la propia encarnación de la sencillez y de la modestia. Cuéntase, que al sufrir las vejaciones, atropellos e insultos que Tenerife prodigó a los diputados y compromisarios, que fueron a cumplir con sus deberes ciudadanos, juró no volver a dicha isla, juramento que cumplió fielmente, cuando de regreso de Europa, en uno de sus viajes, permaneció a bordo, las 48 horas que tuvo que detenerse el barco en dicho puerto.

Viéndolo pasear por las calles, con su andar lento, con sus características gafas de oro, con su bastón apoyado en el hombro derecho, con sus barbas blancas y su sereno continente, todos le saludábamos con respeto y afecto. Sobre su blanca cabeza inmaculada, mostraba la aureola venerable de los años y el nimbo luminoso del talento.

Amó el trabajo, la actividad y el estudio. Su palabra hablada o escrita, fue siempre elocuente y persuasiva. Orador fácil y elegante y prosista castizo y de buen gusto, conocedor del idioma y de las obras maestras de la literatura clásica, en los periódicos y revistas, como en el antiguo Ateneo y Museo Canario, lució las galas de su entendimiento, escribiendo artículos y tomando parte en controversias y torneos del ingenio.

Cuando en el año 1917, al cumplirse sus bodas de oro con la enseñanza, se le hizo objeto de un rendido tributo de admiración por parte de la Ciudad, don Fernando lloraba como un niño y sus discípulos nos emocionábamos, porque aquel acto tenía la significación de un canto a la inteligencia y de un dique al gran rodillo nivelador de la ignorancia, como dijo, con palabra certera, el Dr. Millares Cubas.

Tomás Morales, nuestro gran poeta dejó oír su voz aquella noche, de esta manera:

El aula oscura, el ámbito discreto,
aquella voz tranquila que explicaba
la ardua ecuación o el cálculo concreto,
y aquel peculiarísimo respeto.
que toda tu persona respiraba.

La norma progresiva
con la que tu palabra persuasiva
nos adentraba al templo iluminado,

mientras tu mano iba trazando, activa,
signos y cifras sobre el encerado,
volvaba tu saber su cauce lleno
y marchabas directo al resultado.
Con el pulso sereno,
de un filósofo heleno,
que sabe que su ciencia es arca ignota,
que más se llena, cuanto más se agota.

Fue el otro profesor, don Domingo José Navarro, una de las figuras de más relieve del siglo XIX, que consagró su larga y laboriosa existencia al bien de su país, no solo bajo el punto de vista intelectual, sino también material.

Como en el Seminario Conciliar donde estudió latín, matemáticas, metafísica y física, no pudo adquirir la instrucción necesaria para seguir con provecho una carrera científica, salió para Barcelona a fines de septiembre de 1828, en un buque de vela que tardó 40 días en llegar a la Capital del Condado, donde al mismo tiempo que estudiaba su primer año de la carrera de Medicina, tuvo que preparar el grado de bachiller en Filosofía, ya que no pudo llevarlo a cabo en Las Palmas. Siendo estudiante de dicha Facultad, el Ayuntamiento de Barcelona le nombró contador del primer hospital de coléricos establecido en el convento de San Pablo, en cuyo hospital, a la terminación de su carrera, con nota de Sobresaliente, desempeñó el cargo de médico segundo, con noble desinterés, caritativos sentimientos y heroicos servicios.

Sus maestros, que conocieron su talento y extraordinarias dotes personales, le aconsejaron se quedara en aquella población, donde hubiera lucido, sin duda alguna, sus excepcionales aptitudes, pero el Dr. Navarro, como otros tantos canarios que hubieran sido hombres eminentes en tierras extrañas, prefirió ejercer su profesión en estas islas, plegando sus alas sobre la roca atlántica y pensando siempre, generoso, que esta roca canaria, no es tan dura como otros dicen.

Citar todos los cargos que desempeñó y las sociedades y juntas a que perteneció, es tarea difícil y larga. Baste decir que el Dr. Navarro prestó siempre su incondicional apoyo, su

poderosa inteligencia, su actividad prodigiosa, y su eficaz perseverancia, a todas las empresas impulsoras de nuestra cultura. Era, por así decirlo, el alma de todas nuestras sociedades y así podemos decir, que fue factor importantísimo en la conclusión de las Casas Consistoriales, Alameda, Teatro de Cairasco, fundador de El Gabinete Literario y del Colegio de San Agustín.

Pocos de los hombres que hoy me escuchan, tuvieron al Dr. Navarro como maestro, pues fue Catedrático en el Seminario Conciliar, Colegio de San Agustín, e Instituto de 2.^a enseñanza de Gran Canaria, donde desempeñó el cargo de Vice-Director. Médico titular de Las Palmas y del Hospital de San Lázaro, Censor de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, vocal del Consejo Provincial de Sanidad, Presidente y fundador de la Sociedad El Museo Canario y Diputado Provincial, perteneció, en una palabra, a todas las asociaciones que tuvieron por objeto, procurar el adelanto de las ciencias y de las artes, en esta isla.

Poseedor de varias cruces y distinciones honoríficas bien merecidas, como son, la Gran Cruz de Isabel la Católica, las de Beneficencia, del Mérito Naval y la placa de la Cruz Roja, escribió a los 93 años y publicó, "Recuerdos de un noventaón" y Consejos de Higiene pública a la Ciudad de Las Palmas y pocos días antes de morir terminó la "Historia de la Medicina en Gran Canaria", pasando el día 25 de diciembre del año 1896, de la vida finita a la eternidad, sereno y grave como el justo, sin otro remordimiento que el de no haber dejado bienes de fortuna a sus hijos.

Del Colegio de San Agustín surgieron, numerosos hombres que eligieron el estudio de las Ciencias y contribuyeron, por consiguiente, al progreso indiscutible de nuestras islas. Muchos de ellos faltan para siempre, otros ausentados en lejanas tierras espontánea o forzosamente, escriben de nosotros y para nosotros, sin olvidar estas peñas solitarias. Los restantes quedamos aquí, junto a la ciudad, sintiendo el hálito generoso de nuestra hermandad, que en este acto es hija del famoso centro. Hay entre ellos médicos, farmacéuticos, ingenieros, militares, peritos, ayudantes, licenciados, corredores de comercio y

arquitectos. Voy a citar sus nombres por orden de número, en la seguridad de que han de producir o reproducir escenas vividas, recuerdos emotivos y ansias de renovación de ideas, al volver sobre nuestra memoria, hombres y nombres olvidados.

Médicos: Pedro Suárez Pestana, Lorenzo Cabrera Cabrera, Andrés Navarro Torrens, Feliciano Benítez Lorenzo, Antonio Jiménez Suárez, Víctor Grau-Bassas Más, Vicente Ruano Urquía, Manuel Quevedo Hijosa, Bartolomé Apolinario Macías, Carlos Navarro Ruiz, Octavio Melián Wood, Vicente Llorente Matos, Andrés Alvarado Franchy, Luis Millares Cubas, Federico León García, Casimiro Cabrera Cabrera, Salustiano Estévez Martín, Cristóbal Quevedo Pérez, Juan Medina Navarro, Ventura Ramírez Doreste, Isidro Ojeda García, Veremundo Cabrera Díaz, Victoriano Romero Pérez, Bernardino Valle García, Domingo Hernández Guerra, Pedro Hernández Pérez, José Pérez Trujillo, Francisco Armas Medina, Isidro Quevedo García, Manuel Hernández Suárez, Antonio Yáñez Matos, Antonio de la Nuez Aguilar, Benigno Pérez Priegue, José Quevedo Franchy, Wenceslao Perdomo Benítez, Rafael Juan Sintes, José Jaén Díaz,, José Gómez Bosch, Antonio Alzola González, León Vernetta Jaimez, Gregorio de León Morales, Aurelio Lisón Lorenzo, Santiago Guillén Ibáñez, Antonio P. Montesdeoca Henríquez, Juan Hidalgo Navarro, José Cuyás González-Corvo, Antonio Jiménez Neyra, Luis Doreste Silva, Juan Medina Nebot, Tomás Morales Castellano, Antonio Roca Bosch. Francisco Guerra del Río, Eduardo Millares Farinós, Cristóbal Gómez Ruano, José Cabrera Medina, Ernesto Castro Martín, Rafael Ramírez Suárez, Juan Francisco Apolinario Navarro, Ventura Ramírez de la Torre, Wenceslao Vega Guerra, Juan Guerra del Río, Diego Mesa Bosch, Adolfo Ley Gracia, Luis Manchado Martínón, Carlos Hernández Millares, Ignacio Pérez-Galdós Martínez, Juan Marrero Bravo de Laguna, Manuel Monasterio Mendoza, Rafael Cárdenes López, José Julio Artilles Cabrera, José Miranda Junco, José Ramírez Estévez, Pedro Rodríguez Ramos, Manuel Paradas Farinós, Severino Armas Gourié, Francisco Rodríguez Losada, Emilio Ley Gracia, Angel Sánchez Roque, Francisco González Medina, Roque Hidalgo Pérez, Agustín Melián Cabrera, Antonio Pérez Hernández, Enrique Arroyo Car-

doso, Salvador Gil Monzón, y Juan Bosch Millares.

Militares Ingenieros. Tomás Clavijo Castillo, Miguel Quesada Déniz, Justino Alemán Báez, Amaro González de Mesa Pérez, Eduardo Farinós Rosa, Germán de León y Castillo, José Rodrigo Vallabriga Brito, Atilio Ley Gracia, Dionisio Ponce Grondona, Vicente Medina González, Jerónimo del Río Amador, Fernando Delgado Rius.

Artilleros: Andrés Escofet Saubio, Rafael Jaimez Medina, Antonio del Castillo Olivares, Matos, Domingo Pérez Galdós Ciriá, José Fiol Pérez, Fernando Delgado Casabuena.

Infantería: Rafael Castro Caubín, Luis Marrero Ponce, Luis del Castillo Matienzo, Antonio Perdomo Benítez, Enrique Pamiés Méndez, Lorenzo Cabrera Makinstock, Emilio Gómez Ayan, Román León Villaverde, Carmelo, Prudencio y Francisco Guzmán González, Eduardo Pintado Martín, Antonio García Castrillo, Adolfo Erenas Armas, Juan Moreno Guerra Alonso.

Caballería: Manuel Matos Benítez. Intendencia: José Lucena Alcaraz y Carabineros: Abrahán Morales y Martínez de Escobar.

Ingenieros: Caminos, Canales y Puertos: Juan de León y Castillo, Eugenio Suárez Galván, Pedro Matos Massieu, Orençio Hernández Pérez, Ruperto González Negrín, Félix Ramírez.

Industriales: Andrés Franchy Arceo, Alfonso G. Barba Schwartz, Rafael Hernández Suárez, Pedro Quevedo Ramírez, Diego Mesa Suárez, José Torrens Reina, Manuel González Cabrera, Laureano Armas Gourié, Vito Sánchez Jiménez, Pedro J. de León Morales, Valentín Padrón Grau Bassas, Luis Jaimez Medina, Luis Jiménez Neyra, Guillermo Martines Fernández, Cayetano Guerra del Río, José Bosch Millares, José Bosch Sinçes, Luis Díaz Falcón, Enrique Sánchez Rivero, Tomás Perdomo Ramírez.

Agrónomos: José Hurtado de Mendoza, Antonio González Cabrera, Francisco Guerra Marrero, Juan Hernández Ramos.

Minas: Francisco Pineda Calimano, Antonio Melián Castellano.

Naval: Manuel Hernández Pérez. Montes: José Hidalgo Navarro.

Marinos de Guerra: Andrés Revuelta Valcárcel, Cirilo Moreno Benítez, Wenceslao Benítez Inglott, Fernando Meléndez Bojart.

Marinos Civiles: Manuel García Sarmiento, José Bosch Sintés, Manuel Reina Pérez, Matías Reina Rodríguez, Pablo Moncusi Rodríguez, Antonio Torrent Reina, Pedro Medina Mesa, Pedro Cantero Arocena, José Reina León, Isidro Arroyo Cardoso, Agustín Espino, Ventura Quevedo Ramírez.

Farmacéuticos: Miguel Grau Bassas, José Bosch Sintés, Isidoro Padrón Rosa, Cayetano Guerra Galván, Valentín Molina, Lorenzo, Rafael Hernández Suárez, Luis Meléndez Bojart, Manuel Fernández Navarro, Servando Blanco Suárez, Vicente Martín Pérez, Antonio Vila Enríquez, Tomás Sintés Bosch, Carlos Reina Rodríguez, Daniel Torrent Reina, Juan Izquier Monagas, Rafael González Medina, Miguel Padilla Navarro, Bartolomé Apolinario Navarro.

Ayudantes de Obras Públicas Cayetano Arocena Grondona, Ignacio Cantero Arocena, José Bosch Millares, Simón Benítez Padilla, José Luis Martín Barbosa, Guillermo Martínón Fernández, Jerónimo del Río Amor, Juan Boissier Castellano.

Profesores Mercantiles: Felipe de la Nuez Aguilar, Manuel Valle Gracia, Juan Cambreleng Mesa, Antonio Reyes Parra, Alfredo Wood Caballero.

Peritos Industriales: Rafael Navarro García, Agustín Monzón Castro, Guillermo Pérez Castro, José Martel Cabrera, José Piernavieja del Pozo.

Licenciado en Ciencias. Físico-Químicas: Isidoro Padrón Rosa, Demófilo Mederos Pérez, Ventura Ramírez Doreste. Exactas: Elías Hernández Pérez. Naturales: Juan Bosch Millares.

Arquitectos: José A. López Echeagarreta, Fernando Navarro Navarro, Fernando Delgado de León.

Odontólogos: Estean Peñate Avellaneda, Manuel Feo González, Antonio L. Avellaneda Cardoso.

Catedráticos: José Hurtado de Mendoza, Elías Hernández Pérez, y Domingo Hernández Guerra.

Y aquí termino, Maestros y compañeros, Sras. y Sres., con cuantos hombres han dado en sus distintas ramas del saber humano, días de gloria a la Ciudad y al Colegio que nos enseñó.

Pero antes de despedirnos, yo invito a cuantos me oyen y vieron la vida del Centro, a dirigir nuestros sentidos al pasado y a procurar recordar aquellos años.

Soñemos un poco la vida del Centro
cerremos los ojos siquiera un momento.
Sentado en el banco, con el libro abierto
los ojos mirando la luz de los cielos,
en tanto las horas con largo silencio
se pasan y escuchando, como el campaneó
que suena en nosotros, monótono y lento.
El salón es amplio, ventilado y recto,
las mesas asidas sobre los asientos,
dan paz y reposo a los brazos abiertos
que acogen en ellos a nuestros cerebros,
repletos de ideas y pensamientos,
que marchan volando hacia arriba, a lo eterno.
Ni una voz se oye, ni el más ruido ligero
solo el lápiz negro, con pulso sereno,
que traza en el libro, rayándolo en negro,
la trayectoria de nuestro amor primero
escribiendo cartas o inventando versos.
¡Qué más da!. Lo importante es dejar al tiempo,
que vaya marchando sin paz ni sosiego.

—oOo—

Somos los mayores, los niños más viejos
los que pronto hemos de dejar el Colegio,
buscando otra vida, de más altos vuelos
que ha de darnos el pan y todo el sustento
y formar un hogar de virtudes lleno.
Soñemos un poco la vida del Centro,
cerremos los ojos siquiera un momento.
Pasa ahora por el salón amplio y recto
La figura venerable de don Diego
que lleva con él un perfumado respeto,
que mil veces que lo oliéramos, mil veces
nos traería de aquella figura, el recuerdo.

Se oyen, después, por el pasillo del Centro.
las pisadas que retumban a lo lejos
de Don Fernando, otro querido maestro,
conocidas por los que estudiamos sexto
y por la campana grande del Colegio
que se pone al instante en movimiento.
Se escucha, más tarde, el encendido acento
con que don Agustín pronuncia el silabeo
de la Lengua del Lacio, áspero y seco.
Y así pasan otros, tan buenos como ellos
que enseñáronnos a ser, como ellos, buenos.

—oOo—

Treinta y cinco años pesados y enteros
hemos vivido, sin olvidar el Centro.
donde pasamos nuestros mejores tiempos,
¡perdonadme amigos, perdón compañeros
si llego a emocionarme al pensar en ellos,
ya que nunca hemos de volver a verlos!.
De cuantos salimos del viejo Colegio
caminamos todos, aun sin saberlo,
por opuestos y distintos derroteros,
Abogados, militares, ingenieros,
Profesores, comerciantes, arquitectos,
sacerdotes, marinos, farmacéuticos,
toda la gama de colores del espectro
y junto a ellos, nosotros los médicos.

—oOo—

Ya faltan algunos de los que volvemos
a ser hoy, amigos del viejo Colegio
y antes de apartarnos, sabe Dios qué tiempo!
pidamos al Cielo, para nuestros muertos
un emocionado y vibrante recuerdo
y para nosotros, los que sostenemos
el fuego sagrado de los sentimientos,
un fuerte y apretado abrazo fraterno.

Conferencia pronunciada en el Gabinete Literario.

EN LA CIUDAD DE LAS PALMAS EN EL TRANSITO DEL SIGLO XIX AL XX

Cuando, hace unas noches, aquella en que después de oír la histórica conferencia de mi viejo y entrañable amigo Simón Benítez, subí al torreón de esta casa, invitado por sus directivos, mis ojos quedaron extasiados, al contemplar la extensa superficie en que se basamenta nuestra Ciudad.

El maravilloso Puerto de La Luz a un lado, la incomparable, y única en el mundo, Playa de Las Canteras a otro, los nuevos barrios de Schamann y Escaleritas sobre sus lomas y a lo largo, como arteria madre, la urbe constituida por un inmenso reguero de casas que situadas a los lados del Guiniguada, se distribuyen ordenadamente por nuestras Vegueta y Triana. El espectáculo absorbió mi atención hasta convencerme de que vivía a mis pies una gran Ciudad que en aquellos momentos, iluminada en todo su esplendor, me hizo sentir la emoción de un romance. La policromía de sus anuncios luminosos, el parpadeo de sus luces a todo lo largo del camino, la quietud del mar dormido en su derredor, me hizo experimentar el orgullo, en medio del silencio y de la sombra, de haber nacido en esta tierra adorable que sabe mostrar al extraño su clima maravilloso, el alma de sus paisajes, sus colinas suaves, sus rincones boscosos, la áspera grandeza de la llanura y las tardes del otoño, donde el Sol al ocultarse lo hace en una tempestad de colores que no han podido captar los mejores pinceles.

Y vinieron a mi recuerdo avivado por las fotografías aquí expuestas, escenas, personas y efectos familiares que han ido esfumándose en el transcurso de los tiempos, porque la vida de esta nueva ciudad, inquieta y alborotada, bulliciosa y precipitada, ha cambiado la faz y las características de aquella otra que se va archivando en la biblioteca del Tiempo.

Esta nueva Ciudad, cariñosamente construida por los que han regido sus destinos durante estos últimos treinta años, va adquiriendo, cada día, visos de una Capital de primera catego-

ría, que enmudecería de emoción y sorpresa a los que fueron nuestros abuelos y padres, si por un milagroso despertar la contemplaran unos momentos. Imposiciones de la civilización, del adelanto y del progreso ¡decimos a una! y si la medicina avanza, la química progresa y la biología asombra con sus descubrimientos, ¿cómo podemos permanecer indiferentes a los beneficios que reporta la humanidad? Somos hijos de la superación. Nuestros cuerpos se hicieron para andar y nuestras almas para sentir. De ahí que observemos el crecimiento de la Ciudad con deleite porque mi tierra, nuestra tierra, es en versos de poeta, cuna redonda que el mar mece, donde su cielo, sus paisajes, el sonar de sus campanas y la manera de reaccionar sus habitantes, pulsando la de sus sentimientos, influyen de tal manera en la poesía de Las Afortunadas, que ello explica tenga sus matices propios, pues donde quiera que nos volvámos, encontraremos siempre nuestro mar, nuestro cielo, nuestras campanas y nuestros propios sentimientos.

Pero este crecimiento, esta expansión y desarrollo del núcleo de la urbe a expensas de sus propios dominios y del impulso generoso de sus dirigentes, ha sido hecho a expensas de los rincones de la vieja Ciudad que el entusiasmo y cariño de Pepe Naranjo, han permitido mostrar en este salón para orgullo del pasado y salvación de su realismo.

Una visión retrospectiva de la misma hecha vida en estos magníficos documentos gráficos, nos lleva, como las aves que aletean en el espacio para alcanzar la distancia, a buscar en el silencio de los años, el elogio y la nostalgia que ella se merece. En esta Ciudad de fines del siglo pasado y comienzos del presente, proyectada por el sol sobre las calles, llenas de luz y de casas pequeñas, algunas tan bajas que podían ser alcanzadas por la mano del paseante y otras de dos pisos, que aparecían a los ojos del espectador con la desigual armonía que existía entre una ventana pequeña, desvencijada y cerrada por su reja tan dada a las aventuras amorosas y otra, de grandes dimensiones, cerrada también por un balcón, donde se cobijaba la novia, que asomada espera oír el taconeo de su doncel en el silencio de las noches africanas. Por estas calles transitaban junto a sus familiares, las que más tarde serían nuestras com-

pañeras, sin que nadie, a su paso, osara molestarlas con palabras de buen o mal gusto, ni tratara de acompañarles en su destino. El hombre se contentaba con mirar sus caras, hasta llegar a comprender en la dulce expresión de su arrobamiento, que un pensamiento fijo latía en su cabeza, como si hubiera encontrado la solución de su vida. Nuestras canciones parecían, en las calles, flores del jardín que llevamos dentro, en el que mujer y alma se dan siempre fundidos en nuestro ideario.

En el silencio de las horas, las puertas de las casas permanecían abiertas, sin que el extraño se atreviera a penetrar en ellas, en tanto no obtuviera el permiso concedido por la melodiosa voz que asentía desde el interior.

En sus patios, el tintineo del agua de la pila que gota a gota caía sobre la olla rodeada de plantas, era la muestra impercedera de la vida que palpitaba en aquella mansión, sin preocupaciones ni problemas de ninguna clase. Parecían ellas sitios de paz y sosiego, donde jamás se oyera las estridentes voces de los que se empeñan en dejar mal parada la esencia de la civilización.

Los centros de estudios estaban reducidos a locales donde los meses se sucedían tras los pupitres, apoyada nuestra cabeza sobre las manos anchas y abiertas como el corazón, aprendiendo en libros la verdad, pregón de su vida posterior. Frente a ellos, bajo la luz mortecina de las lámparas de petróleo primero, y de las eléctricas después, el alma se alejaba batiendo sus alas invisibles, el espíritu se evadía volando lejos del salón de estudios forjando mil lances novísimos y venturosos de otra vida que comenzaba a palpar en nuestro cuerpo y el pensamiento, atravesando la inmensidad del espacio, buscaba nuestro porvenir en silencio, porque teníamos fe en el mañana.

Nuestros maestros constituían el símbolo de nuestra dirección, guardando de ellos el honorable recuerdo del que nos enseñó con el cariño hecho raudales, las primeras nociones del mundo, sin olvidar que la educación y manera de comportarse con nosotros mismos, con nuestros semejantes y con la sociedad, eran las primeras lecciones que después se han olvidado, en esta civilización mal comprendida.

Cuando un acontecimiento que atañe a la vida de la ciudad llegaba a ella, o algún suceso perturbaba su tranquilidad, vibraban sus hijos al calor del sentimiento de la justicia que magnánima en su castigo, servía de ejemplo para que los demás no pecaran. Recordemos, a este propósito, las patrióticas manifestaciones que surgieron cuando en nuestro pleito de la división de la provincia, invadíamos las calles, presididos por nuestras autoridades, al solo rumor de que nos obstaculizaban nuestros deseos. Al grito de independencia y atronando el espacio con el himno "Arriba Gran Canaria", llegaban a vibrar íntensamente sus sonidos, hasta unir en una sola voz, a todos los que militaban en campos políticos diferentes. Aquella Ciudad que luchó hasta conseguir la creación de nuestra provincia, fue la que dio nacimiento a ésta en que vivimos.

Una visión retrospectiva de nuestra capital, hecha vida en estos documentos gráficos, nos muestran cuánto ha sucedido en las fechas que señalamos. El origen del Puerto, el desarrollo inconcebible de nuestra isleta, el trazado de la playa de Las Canteras, la inauguración del tranvía de vapor, la llegada de aquellas naves que hacían la navegación de altura con sus velas desplegadas y tersas por el viento, la desaparición de los astilleros del parque de San Telmo, las fiestas típicas de La Naval, la tartan, el quitrín, el landó y el coche de hora que nos trasladaba a los distintos sitios de la ciudad y de la isla, la antigua Alameda, el teatro Tirso de Molina, la llegada de S. M. el rey don Alfonso XIII, los primeros juegos florales celebrados y así sucesivamente, van desfilando por nuestra vista toda una historia que fue testigo de mi juventud y que llevo adentrada en lo más hondo del alma. Cada estampa nos escalofría y nos llena de emoción, porque nos traen el recuerdo de escenas vividas y de toda aquella legión de hombres ilustres a quienes tanto debe la ciudad y a quienes la Ciudad no ha hecho el tributo merecido.

Ante una cualquiera de estas estampas deberíamos de detenernos para explicar su pequeña historia y establecer las diferencias que las separan de la que vivimos en los momentos presentes, pero comprenderán ustedes que nos llevaría mucho tiempo con el que no contamos. Por esta razón principalísima,

solo voy a referirme a algunos de los modismos y costumbres venidos a mi memoria al hojear las páginas de este álbum tan valioso como interesante.

Y fijándonos en la Alameda, paseo de mi juventud que cambiada en su aspecto y arquitectura, ningún parecido tiene con la actual, he de decirles que estaba formada por tres paseos, uno central y dos laterales, sombreados todos por los altos y desgarrados plátanos del Líbano, productores de la famosa pica-pica, instrumento de bromas de diversos calibre, pero que en cambio adolecían del grave defecto de perder su verde basquiña durante los meses de invierno.

Don Agustín Millares Cubas, creador, con su hermano Luis, de la Literatura regional nos la describe de la siguiente manera:

El paseo central arrancaba de un pórtico monumental, formado por pilastras de cantería azul cerrado por una verja metálica y fronteriza a la parroquia de San Francisco. Dicho paseo se desarrollaba de N. a S., tenía en su extremidad una estatua de Gran Canaria y una escalinata por la que se bajaba a la calle de Los Remedios frente al edificio donde está hoy el Hotel Cairasco. A uno y otro lado de éste había bancos de piedra, pero como éstos eran ocupados desde las oraciones en las noches de paseo y música por el elemento popular, las amas de casa fletaban a sus criadas con montones de sillas en la cabeza engarzadas unas con otras, las cuales eran colocadas en los intervalos de los bancos formando una o varias hileras.

En las Alamedas laterales casi nadie paseaba y en ellas solían reunirse grupos de personas del sexo femenino, de mantón y desnuda la cabeza, las cuales por desidia o falta de posibilidad económicas, no podían alternar con la selecta sociedad de la alameda del centro y se dedicaban con fruición a la sabrosa función de goledoras o sea a refistolear las andanzas de novios y pretendientes y sobre todo las toilettes.

El paseo central era imponente como un inmenso salón dispuesto para un rasao. Alumbrado por la doble hilera de faroles de belmontina al principio, y por los arcos voltaicos después, intimidaba a los pollastres con la inquisitiva mirada de cien pares

de ojos femeninos, el vertiginoso voltear de tanto abanico y el incesante murmullo de chácharas y de risas reprimidas.

Durante los años del bachillerato y en los primeros años de la carrera, traspasábamos los umbrales de la portada con ligero sudor de angustia, reveladora de la vergüenza que nos dominaba. Y eso que la Alameda ocupaba un lugar privilegiado en nuestras fantasías de adolescentes, cuando preparábamos los exámenes de junio. A las ocho, la banda embocaba los trombones y los clarinetes y el paseo se animaba súbitamente. Ranchos de chiquillas cogidas del brazo la ocupaban de punta a punta. Los novios serios, los que habían formalizado sus relaciones, aquellos de quienes se decía para graduar la importancia del compromiso, el novio ya entra... ya come... permanecían sentados en uno de los extremos del grupo que formaban los familiares y amigos y los que empezaban queriendo burlar las miradas de las mamás y hermanas, se paseaban siempre de cuatro en cuatro, nunca solos, yendo en el centro las dos muchachas, y a los lados los dos galanes, los cuales al dar la vuelta cambiaban de pareja, de modo que en una de las direcciones del paseo las conversaciones eran apasionadas y en la otra se hacían consideraciones periodísticas, acerca del tiempo y de las temperaturas. Así lo exigía la etiqueta y la cortesanía de aquellos lejanos tiempos.

El concierto terminaba a las once. La Alameda era entonces, naturalmente la incubadora de los noviazgos y el congreso de las declaraciones amorosas. Eran estas como vuelve a escribir don Agustín Millares, de dos clases, orales y escritas. Estas últimas eran las más fáciles por estar al alcance de cualquiera, comprar un pliego de papel satinado con su orla de rosas y de cupidos y hasta copiar el texto de un libro cualquiera de correspondencia. Todas o casi todas tenían el mismo contenido. "Mi distinguida Srta.; desde el momento en que tuve la inefable dicha de ver a Vd. por vez primera, comprendí que mi corazón ya no me pertenecía. Su imagen celestial no se aparta nunca de mi fantasía. Con una sola palabra, con un monosilabo formado por dos letras, puede Vd. labrar la felicidad eterna de s.s.q.s.p.b."

Las orales eran más difíciles y requirían dotes literarias que no todos poseíamos. Había algunos a los que sólo se les ocurría

conceptos manoseados y esta escena, que refiero a continuación, se repetía muchas veces. Después de esfuerzos inauditos, el galán, siempre tímido, se acercaba a su ídolo que se paseaba con unas amigas y le decía suplicante. ¡Conchita!... Me llamo —contestaba ella con cierto desabrimiento. ¿Qué pasa?... Pues me parece que hay moritos por la costa... Y esta frase considerada como prólogo del noviazgo, pues exprimido de varios modos el galán, no podía su cerebro dar más de sí. Al fin y a la postre, hubo declaración.

Otras veces el enamorado apartado y silencioso se conformaba con verla pasar por delante de su asiento poniendo en su mirar un hálito de esperanza que se renovaba en las noches sucesivas. Si eran tres las damitas que se acompañaban, siempre ocupaba el puesto central la que tenía novio y no pudo asistir aquella noche por ausencia o enfermedad. ¡Pobre de ella si por animar las escenas sostenía una larga conversación con uno del grupo! Al día siguiente, no tardaban amigos y amigas en ponerlo en conocimiento del ausente.

Nuestras fiestas en sociedad y casas particulares tenían un alto sentido de finura y distinción que se reflejaba en nuestros carnavales, donde las máscaras eran recibidas hasta avanzadas horas de la noche, con el afecto y curiosidad que produce siempre el desconocido. Lo que daba más carácter a estas fiestas, lo que hacía palpitar el sentimiento popular era la alegría del ambiente, la plena confianza en el respeto y la absoluta prodigalidad de armonía y amistad. Desde las primeras horas del mediodía se constituían grupos de personas amigas, enmascaradas con sábanas, disfraces y caretas estrambóticas que dando rienda suelta al buen humor, saludaban, daban bromas y cantaban falsificando la voz para no ser descubiertas. De esta manera las calles se llenaban hasta imposibilitar la marcha y todas las casas permanecía abiertas durante el día y altas horas de la noche, para dar la bienvenida a cuantas personas se decidían a penetrar en ellas. Se improvisaban bailes al son del piano que dejaba oír sus melodiosos valsos, sus alegres polkas y sus acompañadas mazurcas, o al de la guitarra cuyos sonos lanzaban al aire el dejo sentimental de la isa canaria, de la malagueña o de la seguidilla.

Ya se sabía que todas aquellas visitas eran agasajadas por sus dueños, con la copita y el dulce consabido, sobre todo si de las familias formaba parte alguna dama casadera y cuando los visitantes creían que había llegado el momento de molestar, se despedían un tanto alegres para trasladarse a otro sitio, donde los dueños, para descubrirlos, no cesaban de olfatear desde los zapatos al peinado, en busca de algún dato que les diera luz en aquel misterio. Por la tarde se celebraban batallas de flores de huevos tacos llenos de confetis y serpentinas que más tarde hubo que suprimir por imposición de ese mal de la incultura llamado gamberrismo.

De esta manera, se sucedían los tres días sin que ningún acontecimiento enmascarara o entristeciera la vida. Antes, al contrario, si alguien quería dar expansión a sus ideales políticos o a sus sentimientos lo hacía con gracia fina, sin herir susceptibilidades ni producir enojos. De lo que sigue fui testigo presencial.

"Paseaba por las calles de nuestra ciudad, desde las primeras horas de la mañana, sino le cogían las últimas de la noche, nuestro gran amigo el barón de Malpica. Con su cabeza calva como una calabaza real, su americana cruzada sobre su adiposo vientre, su mirada inexpresiva pero muy suya y su voz un poco rasgada por las inclemencias del tiempo y la mala calidad de las bebidas espirituosas, nuestro barón camina y dirige sus pasos hacia las estaciones que alegran su alma".

"Tuvo siempre dos debilidades en la vida; la Monarquía de la que fue siempre ardiente partidario y la de cantar las excelencias de un buen vinazo, que a su decir activaba la marcha de la sangre, consolaba las tristezas románticas y daba expansión a los pensamientos. Malpica, popular en nuestra tierra amada, saludaba con su típica manera a todas las personas que se cruzaban en el camino, gesticulaba, accionaba, hablaba con arrastre, runruneaba alguna canción y cuando la cantidad del veneno de la vida alcanzaba límites respetables, nuestro inolvidable amigo arrugaba el entrecejo, achicaba sus ojos y con la mirada fija ante las personas que le atisbaban y le seguían, sin decir palabra que ofendiera y molestase, levantaba su brazo y decía ¡Viva el Rey... Rey y Rey!

"Un día celebrándose un baile en nuestra antigua sociedad "El Gabinete Literario", en un patio central y por consiguiente antes de construirse la escalera principal que conduce al piso primero, nuestro protagonista recién implantada la República en nuestra nación, hizo acto de presencia en este patio de fiestas, envuelto en la sábana pero con la cara al descubierto, en el estado a que acabo de referirme y sus amigos, como siempre, le invitaron a seguir adorando en mayor pujanza al Dios Baco. Malpica, con estas dosis sobreañadidas, sentía que sus ímpetus monárquicos se encendían sin poder vencerlos hasta que no pudiendo contenerlos, gritó, con gran asombro de los espectadores, sin poder terminar su frase ¡Viva el Rey... Rey, pero al darse cuenta de la actitud en que se le acercaban los directivos de la sociedad dispuestos a cerrarle la boca, nuestro amigo agregó rápidamente. ¡El Rey... de Copas!

Y es claro, satisfechos los asistentes con la solución inesperada, se retiraron del lugar en tanto seguía el barón riendo para sus adentros, mientras se le achicaban sus ojos y arrugaba el entrecejo.

Esta ingenuidad, este candor, esta dulzura, esta sinceridad en el sentir como símbolo de la pureza de las almas, se reflejaba hasta en los momentos de mayor tristeza. Una vez fui testigo también de la siguiente escena, que quedó grabada en mi cerebro y que transcribo como ejemplo de las costumbres de la ciudad que recordamos.

"La última noche que nos queda por permanecer sobre la tierra, había transcurrido para Secundino Evora, muchachote que acababa de cumplir los 20 años y que rendía su tributo a Dios, víctima de la tuberculosis pulmonar. Los parientes, amigos y compañeros, se sucedieron durante la noche y al alborar el día, para sentir en la cara el frescor de la mañana, se salieron a la calle en busca de la primera tienda abierta donde beber el café y el aromático ron. La estancia, con este motivo, quedose vacía y unos sollozando, otros en silencio, como dijo el poeta, de la triste alcoba todos se salieron. Una ventana que entornose en las primeras horas de la mañana, daba entrada al aire que ventilaba al de aquella atmósfera cargada de humanidad, y Luciana, la pobre viuda de Pepe Camejo y herma-

na de Secundino, que aún seguía llorando a su marido, se acercaba a la faz fría del dormido en su último sueño, para estampar un sonoro beso que había de oirse en toda la mansión.

La vida de la Ciudad se manifestaba pujante en aquellas primeras horas y el balido de las cabras acusaba el paso de estos animales por las calles próximas. El carro de la basura pregonado por el tintineo metálico de la campanilla, precipitaba a todos los vecinos a verter el cajón donde aquella estaba recogida y el cuerpo de barrenderos mixtificaba la atmósfera con el polvo que levantaban las escobas. Los chicos, a voz en cuello, lanzaban a los cuatro vientos el nombre de la prensa matutina y los ciudadanos sacaban de sus bolsillos la perra gorda, para hacerse propietario de aquel tesoro en el que se compendia la historia diaria del Mundo.

Aquí colocado en su féretro, cubierto su rostro y su cuerpo de flores de todas clases, fue preciso desalojar la estancia para que sus íntimos le rodearan y como la hora temida, esa hora que irremediablemente llega y en la cual nos quitan para siempre, lo que siempre estuvo cerca de nosotros, se iba aproximando, la buena madre y la apenada Luciana, lloraban a lágrima viva, ante la definitiva separación.

El murmullo de los acompañantes que esperaban en la calle, llegaba al interior de la alcoba como rumor prolongado y cerrada que fue la caja y levantada por sus amigos. Luciana en un momento de desesperación, con el recuerdo vivo de su Pepe que pocos meses antes había sido conducido al mismo lugar, con los ojos encendidos y el pelo suelto sobre su cuello, dio unos pasos hacia el féretro que iba asomando en la calle y aproximando su cara a la cabecera de la caja, dijo con su voz anegada en llanto. ¡Adiós Secundino, dale recuerdos a Pepe!

Y de esta manera podríamos ir refiriendo aspectos de la vida de la Ciudad y de sus habitantes en el primer tercio del siglo que corremos, no obstante las que nos han dado a conocer nuestros cronistas, desde las columnas de los periódicos. La música, la poesía y el teatro tuvieron en ella la más alta representación. Nuestros poetas y pintores, nos deleitaban con sus versos, tablas y lienzos y el teatro fue la más pura encarnación de nuestra cultura, desde el momento en que los mejo-

res artistas líricos y dramáticos desfilaron por el escenario, interpretando las mejores obras de nuestra literatura.

Hoy nuestra Ciudad ha crecido desmesuradamente y nuestras calles son semilleros de vehículos y de peatones que le han hecho perder su serenidad. Corremos por el mundo en busca del sustento, como las abejas en busca del néctar de las flores, sin preocuparnos de los medios para llegar al fin, ansiosos, precipitados, luchando contra los obstáculos, sin poner en nuestra marcha el freno de nuestros pensamientos. Nos hemos hecho insensibles al dolor de los demás y con ello, perdida la espiritualidad, porque no nos interesan los problemas del mundo. Las costumbres se han ido mixtificando hasta agriarse el carácter y dar beligerancia a la indiferencia. Ya las mujeres no esperan a sus enamorados tras los cristales de sus balcones o de las celosías de las ventanas, el ruido y estridencias de los transeúntes corre parejas con la turbulenta y apasionada vida de las naciones, el médico señor ha sido sustituido por el médico hombre, el cinematógrafo ha neutralizado al teatro, los deportes llenan las páginas de nuestra prensa y los progresos industriales y científicos han perturbado de tal manera la marcha normal de la Naturaleza, que hasta la belleza, el noble propósito y la máxima aspiración del ser, se han ido perdiendo. Hoy, en resumen, preponderan el egoísmo rayano en la egolatría, un afán desmedido de presumir y un deseo irresistible de comodidad.

De ahí el valor extraordinario que tienen las fotografías que Pepe Naranjo ha coleccionado y expuesto en esta antigua sociedad, casi cincuentenaria, prestigio del Puerto y de la isla. Ellas nos guardarán como el máspreciado tesoro la vida de aquella Ciudad que ha ido desapareciendo en la lejanía, y que en un día, de ahora, me ha hecho recordar los siguientes versos, que ya tenía archivados, incompletos, en el diario de mi vida.

Barrios en cuyas calles, como en patios de ensueño
urdía la pasión, la emoción de un romance
y el corazón partía algún sangriento lance
en medio de la sombra, del silencio o del sueño

Barrios de la Ciudad que conocí en mi infancia
en todos sus rincones, lo mismo que mi mano
barrios que limitan su viejo casco urbano
que hoy viven en mi alma, como una resonancia.
Barrios de mi ciudad con rumor de leyendas
donde en todos los míos depusieron ofrendas.
Calles de mi ciudad cuyos nombres renuevo
en los recuerdos íntimos que en mis adentro lleno.
Los patios de las casas tenían su tesoro
en el hueco con ecos de un aljibe profundo
que un tosco balde hería, robándole su oro,
para saciar la sed de algún afán profundo.
Calles de mi Ciudad, de esta ciudad tan mía
que en las noches de antaño, con sus lunas de plata,
en el hondo silencio, soñando se dormía,
como una mujer con su serenata.

Conferencia dada en el Real Club Victoria.

DON BENITO, HOMBRE LABORIOSO

De toda la obra inmortal de Pérez Galdós, confieso convencido que lo que debe de servirnos de ruta que ha de llevarnos a camino de la verdad, es su laboriosidad, su enorme laboriosidad, y ha de ser esta palabra con todo su contenido, la que ha de sonar virtuosamente, pomposamente, si se quiere en este recinto forjador de juventud y para la juventud construido cual pregón de triunfo en nuestra lucha por la vida. No estoy conforme, pues, con lo que dijo don Miguel de Unamuno el eterno y admirable rebelde en la velada necrológica que el Ateneo de Salamanca celebró en su honor, pues don Benito trabajó más bien por ideas que por cuestiones económicas como lo demuestra el hecho de haber escrito y dado a la publicidad, más de un centenar de obras entre los años comprendidos desde 1879 a 1918, las que fueron leídas ávidamente por los habitantes de ambos continentes. Este dato juntamente a este otro corroborado y conocido de todos ya que pudo ser rico y murió pobre, basta para refutar las palabras pronunciadas por el catedrático de Salamanca.

Toda la vida de Galdós, como dijo don Marcelino Menéndez y Pelayo, estaba hecha de pasión por su arte y de absorbente amor al trabajo y como su vida, lo fue su obra. Desde niño, siendo alumno del Bachillerato como él mismo confiesa, fue estudiante aprovechado y aún cuando constituyeron sus principales aficiones la pintura y su ardiente devoción por la misma, al residir como estudiante de Leyes, en la Península, le subyugó el movimiento literario de Madrid y a él se entregó para gloria de la nación española.

He de hacer constar antes de seguir adelante que todos los estudios críticos que sobre Galdós se han publicado, coinciden en que tuvo siempre profundo amor al trabajo y este hecho debe retenerse serenamente por los estudiantes que escuchan para que quede grabada en la mente y no sea como la piedra

lanzada a las aguas tranquilas del lago que se asienta en su fondo sin siquiera haber podido encresparlas.

Con el amor al trabajo, se ha de entrar en el estudio del mundo y del hombre. No basta que el mundo pueda sernos atractivo y bello, que sobre su parte sólida se deslice nuestra vida sordamente, no basta que los hombres puedan sonreírnos y que su paso a nuestro lado no sea indiferente. En el momento de la elección de nuestro destino, en los instantes críticos en que hemos de marchar por el camino, suelen acometernos ideas vagas, cosas raras y es en ello cuando nuestro amor al estudio (después de todo es el estudio una modalidad del trabajo) debe posarse sobre el mundo y sobre los hombres, para elevarnos sobre su nivel, como los héroes y dejar la estela rumorosa de la historia. No hay que olvidar que las cosas renuevan constantemente nuestro entusiasmo y que sus imágenes grabadas en nuestra conciencia, son origen de movimientos cerebrales.

Se ha dicho a este propósito, que en Galdós influyó mucho el ambiente revolucionario que se respiraba en España y que culminó con el advenimiento de la Revolución de 1868 para mostrarse en su primer libro "La fontana de oro" como anti-tradicionalista. Ello es posible, por sí se puede afirmar que no lo hizo dominado por ese snobismo tan propio de nuestros tiempos de querer ser novelero o de querer ser original; lo hizo por propio convencimiento ya que en toda su vida posterior el confirma y lo pregona su segunda serie de "Episodios" hasta "Electra" pasando por "Doña Perfecta", "Gloria", "La familia de León Roch", entre otras. No hay duda, pues, de que en ese momento crítico de nuestra vida, que pudiéramos llamar de endochinología cerebral, el ambiente que respiró el mejor literato español del siglo XIX, influyó en su pensar porque Galdós, carácter reservado, fue sensible a toda conmoción de su patria, y como él debemos ser impresionables y responder a toda vibración de las cosas y de los hombres, a condición de mantenernos libres e independientes y de no hacer jamás caso alguno del qué dirán. "Naturaleza, como dijo Bardina, una gran economista, avara pero justa", porque se muestra reacia y no revela sus secretos al abúlico y al ignorante a los cuales

arrastra como payasos, los concede gozosa, en cambio al laborioso que con amor la examina y persigue iluminándole, con esplendores de realidad y poniéndose sumisa a sus órdenes. No admito, pues, aristocracia entre los humanos, al que por estar en posesión de un apellido más o menos abundante de sílabas, que suenan bien al oído o que por poseer un tesoro de monedas traspasadas por herencia. Sólo admito al aristócrata por su inteligencia, si es que por la inteligencia se llegara a salvar la aristocracia, sobre todo cuando ella ha sido puesta de relieve por el estudio y es por ella de la única manera como se pueda exclamar al unísono con Santa Teresa de Jesús: ¡Qué gran cosa es entender un alma!

Por ello Galdós, el hombre atalaya, el hombre observatorio como se le llamó también, buscaba en la Naturaleza el origen de las cosas reales escudriñando con pacífico amor trasladando las inquietudes de la vida, lo mismo cuando ella parecía huir del mundanal ruido fluyendo mansamente, como cuando la injusticia, el oprobio o la desigualdad social le hacían lanzar gritos de rebeldía, exploraba en sus más hondos escondrijos, la tierra en que vivimos para extraer de ella la inmensa suma de materiales humanos con que iba forjando su breve humanidad e investigaba los misteriosos sentimientos del alma para que los hombres fueran ecuanímenes en su manera de actuar, con tal arte de condensación, superándose a sí mismos, con tal dominio de conocimiento humano, que alcanzó a darnos ante su pequeño mundo la sensación del mundo grande, todo obra de un entendimiento portentoso y así vemos desfilar por montañas y llanuras a Gabriel Araceli, Salvador Monsalud, Carlos Garrote, Gloria, Fortunata y Jacinta, Felipe Centeno, el Conde León de Albrit, Electra, Estupiñán, Guillermina Pacheco, Saura, Juan Pablo y Doña Perfecta, Marianela, Pepet, Casandra y tantos otros.

Sírvanos de norma en nuestra vida, esta polifacética obra del Maestro y como él aprovechémonos del mundo y de los hombres orientándonos entre ellos y guiándonos con nuestro olfato en el camino de las victorias, prendiéndolas profundamente como las abejas que clavan el largo aguijón en lo más profundo de la flor y con la flor saben balancearse mientras ex-

traen el dulce néctar, sin que ello les impida levantar el vuelo libre cuando su misión sobre la flor ha terminado. Hay que advertir no obstante, que muchos obstáculos se presentarán en el camino y para ello es necesario no mirar hacia atrás, pues en los abismos del pasado se cogen vértigos.

Algunas de las obras de Galdós no fueron juzgadas en cuanto a su valor artístico dijo Menéndez y Pelayo: "fueron exaltadas y escarnecidas con igual furor y encarnizamiento por los que andaban metidos en la batalla de ideas de que ellas eran trasunto".

No obstante el entusiasmo que despertaba en muchos de sus lectores y oyentes coronando con el aplauso, la cabeza privilegiada de nuestro novelista y las críticas mordaces algunas veces injustas de otras personas, crecía la fama del autor de modo insospechado y al mismo tiempo que le apasionaba la idea que daba vida a sus libros, le estimulaba a trabajar con verdadera fiebre. Así dice don Benito "interrumpí la segunda serie de los Episodios con nuevo trabajo, sin dar descanso a la pluma, escribí Doña Perfecta, Gloria y la Familia de León Roch... después y sin respiro... La desheredada, enseguida me metí con el Centeno, Torquemada, La de Bringas, Lo prohibido. Hallábame ya entonces en la plenitud de la fiebre novelesca."

Si la esencia de la lucha, es obstáculo y dificultad ¿por qué no hemos de amar bellamente los obstáculos, siendo un enamorado de la lucha?

La juventud no sólo no debe temer y odiar las dificultades, sino que debe acariciarlas y adornarlas. Las dificultades muchas veces, tienen una gracia infinita, que sólo sabe saborearlas el luchador enérgico. Es el fuerte vino de los héroes que infiltra la inmortalidad. Y a este propósito he de sacar a colación, que las cosas no cuestan lo que valen, como es de ciencia vulgar y corriente, sino que valen por las luchas que provocan.

Además de no mirar para atrás pues en los abismos del pasado, dije antes, se cogen vértigos es necesario también no ser impacientes

Ya sabemos que las grandes obras no han sido cosa de un día y así observamos cómo los terrenos de sedimentación, la masa enorme de tierra sólida, no es otra cosa sino una paciente y eterna disposición o depositación de partículas pequeñísimas de la misma manera los millones de casas que pueblan el universo, como las innumerables y sublimes obras de arte, no son otra cosa que pequeñísimas acciones infinitas en número y en pequeñez.

Una casa necesita para edificarse la apertura de las zanjas que sirvan de molde a los cimientos, éstos se prolongan ascendiendo en las paredes maestras las cuales sirven de apoyo a los techos y azoteas y todo ello no es obra de un día.

Conferencia dada en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza Pérez Galdós.

ESBOZO HISTORICO EN EL CENTENARIO DE LA FILARMONICA

Bien quisiera marcar uno a uno los pasos andados por la Filarmónica a través de esta crónica para poner de manifiesto sus perseverantes aspiraciones, en espíritu fecundo en pro del adelanto musical, y sobre todo, la abnegación y desinterés de todos sus miembros estimulados solamente por el acendrado amor al arte y el sentimiento que mueve a estimar el beneficio recibido para corresponderle de alguna manera. Bien quisiera hacer un bosquejo histórico de su vida para darnos cuenta de lo que ha hecho sin desmayo alguno ante los inevitables obstáculos presentados, pero ello me llevaría muy lejos en el breve espacio señalado y no haría otra cosa que ofender su historia al dejarla incompleta. ¡Bien merecen, pues, su vida y su obra un estudio acabado que en publicación adecuada recordase a los habitantes de las islas cuanto llevó a cabo en beneficio de la cultura musical y cuanta ayuda prestó al bienestar espiritual de la ciudad, proporcionándonos con su Orquesta las más dulces emociones y estados afectivos!.

Así, pues, sólo haré un esbozo de la fecunda labor efectuada por ella y de la magnífica contribución puesta en tensión permanente por sus músicos hasta llegar a alcanzar el prestigio de que hoy goza, sin olvidar que dos años antes de su creación dos hombres ilustres de Las Palmas don Agustín Millares Torres y don Manuel Sánchez consagraron su vida al divino arte, escribiendo y dando lecciones de armonía y melodía y celebrando con su orquesta y banda respectivamente, conciertos en público y en la intimidad de los hogares.

En el año 1866, hace en estos momentos un siglo, un grupo de aficionados entusiastas concibió la plausible idea de formar una asociación que bajo el título de Sociedad Filarmónica de Las Palmas difundiese la enseñanza de la música, celebrara certámenes, verificase conciertos, en una palabra, revelara y diera evidentes pruebas de adelanto, cultura y civilización de

nuestro país. Este grupo de aficionados constituido por don Diego Mesa de León, Fernando Peñate Hernández, Francisco de Paula Quesada, Severino Lorenzo Bethencourt, Néstor de la Torre Doreste, Domingo Caballero y Bruno Pérez Hernández ligados por lazos de buena amistad, emprendieron la realización de tan bello proyecto.

De más está el decir, que uno de los fines principales de su creación se basaba en la fundación de una Academia pública, que sin remuneración de ninguna especie, defendiese la enseñanza del arte musical en la ciudad, ya que era la base sobre la que había de asentarse la formación de una orquesta que celebrando conciertos vocales e instrumentales, diese a conocer en nuestro país las más notables composiciones de afamados maestros nacionales y extranjeros. Establecida, pues, la Academia bajo la dirección de don Fernando Peñate, sin mayores contratiempos, no corrió la misma suerte la constitución de la Orquesta, pues al no contarse con los recursos precisos para la adquisición de un buen instrumental y para constituir una biblioteca a base de las obras de autores eminentes en el arte, encaminaron los primeros pasos a solicitar la correspondiente ayuda de Corporaciones y particulares, sin perjuicio de celebrar conciertos públicos en el Teatro Cairasco, para sufragar, con sus productos, las primeras y más imperiosas atenciones. De esta manera se obtuvo que el Ayuntamiento de Las Palmas consignara en sus presupuestos la cantidad de 4.000 reales de vellón al año, y de que el Cabildo Catedral destinara 8.000 en concepto de subvención para que la Orquesta contribuyera al mayor esplendor de las funciones religiosas.

Con estas ayudas económicas y la pequeña que se obtenía de las cuotas de los socios, contaba la Sociedad con base para organizar su Orquesta, pero no así con la persona que reuniendo las condiciones necesarias para el estricto cumplimiento de su deber, supiera y pudiera disciplinarla y amarla, bajo la égida de una batuta eficiente.

Hechas las pesquisas indispensables, fue nombrado su primer director don Manuel Rodríguez Molina que tomó posesión de ambos cargos el 10 de septiembre de 1867 y estuvo de-

sempeñándolos sin interrupción alguna, hasta diez años después, fecha en que tuvo lugar su fallecimiento.

Durante los primeros años de su actuación, los 12.000 reales que recogía la Sociedad de aquellas subvenciones, se invertían en pagar el sueldo del Maestro, pero cinco años después, el Cabildo Catedral por la precaria situación económica que atravesaba, retiró la suya y con ella sobrevino un cambio total en la organización, que obligó a la Sociedad a clasificar sus socios, hasta la fecha gratuitos, en de mérito y de número, subdividiendo éstos a su vez, en activos y pasivos, según forman parte de la Orquesta como ejecutante o contribuyeran mensualmente con la cuota fija de 2 pesetas y cinco más en concepto de entrada. Sin embargo, este colapso fue sobrellevado gracias al rasgo de elevado patriotismo de doña Jerónima Torrens de Ripoche que con generosa iniciativa promovió una suscripción que permitió dar vida a la Sociedad durante un año y a la llevada a cabo por don Diego Mesa de León, maestro de muchas generaciones que la hizo subsistir durante algunos meses más.

Mientras duraron estos afflictivos tiempos, en los que casi no pudo llegar a cubrirse el sueldo del director, no fue posible aumentar el instrumental, enriquecer la biblioteca con obras nuevas musicales, ni atender a las múltiples necesidades indispensables para su decoroso sostenimiento. No obstante ellas, la Orquesta estaba constituida por 24 músicos distribuidos en 3 violines primeros, 2 segundo, 2 violas, 2 violoncelos, 2 contrabajos, 1 flauta, 1 oboe, 1 fagot, 2 clarinetes, 2 trompas, 3 trombones, 1 timbal.

Pasado algún tiempo, al renovarse el contrato con el Cabildo Catedral, mediante el cual quedaba subvencionado con la cantidad de 7.000 reales de vellón, la Sociedad logró continuar su labor cultural dando los nueve conciertos reglamentarios por año, algún extraordinario en obsequio de sus socios y los que celebraba en favor del nuevo teatro en construcción, solemnidades religiosas, funerales por los Papas, nacimientos y bodas de nuestros reyes, festival de San Pedro Mártir, exposición provincial de 1880 y tantos otros que haría interminable la relación.

Muerto el director Rodríguez Molina, difícil fue en verdad llenar el vacío que dejaba, pero dada la absoluta necesidad que existía de proveerlo, fue nombrado con carácter interino don Santiago Tejera Ossavarry, nombre que está en la memoria de todos por su producción musical en favor del folclorismo canario (Folías Tristes, El Indiano, La Hija del Mestre) y por su descendencia respetable y estimada. Nombrado en propiedad más tarde don Eduardo Barrejón por poseer los títulos que le autorizaban como maestro en el arte, sólo estuvo cuatro meses al frente de la Orquesta, siendo nombrado en su lugar, y con carácter interino, don Francisco Rodríguez Maiquez, hijo del ya citado don Manuel Rodríguez Molina, hasta tanto se encontrara la persona que reuniese los conocimientos teóricos-prácticos de todos los instrumentos de una orquesta, supiese componer, instrumentar, ensayar, dirigir y enseñar armonía y piano. En esta situación el azar quiso que el Director del Conservatorio y Escuela Nacional de Música, profesor don Emilio Arrieta, enterado de la afición decidida y de los rápidos adelantos que el arte musical hacía en nuestro país, diese el nombre de uno de sus discípulos predilectos para que dirigiera la Orquesta y la Academia en la seguridad de que serían desempeñadas a gusto de todos. Este discípulo predilecto se llamó don Bernardino Valle Chiniestra, que tomó posesión el 8 de mayo de 1978.

Padre de una familia prestigiosa que ha dejado huella en los anales de la isla, ocupó un lugar destacado en la cultura de la ciudad, enseñando música a muchas de las mujeres aquí presentes. Don Bernardino, maestro en diversos Centros de enseñanza, supo despertar en quienes fuimos sus alumnos esa virtud que nos hace encontrar en el arte el desquite de las horas entristecidas por el dolor humano, y desvirtuado por el contacto de la miseria fisiológica. Después de 42 años al frente de la Orquesta y de servicios permanentes en la ciudad, presentó su dimisión, el 28 de octubre de 1920.

Durante su maestría fue aumentada la orquesta con 3 violines primeros, 2 segundos, 1 viola, 1 violonchelo, 1 contrabajo, 1 flauta, 1 oboe, 1 fagot, 2 trompas, 1 flautín, 1 fígle, 1 bombo, es decir, 16, que sumados a los 24 anteriores, hicieron un total

de 40 músicos. Con ella acudió a cuantos sitios fue requerido celebrando inmensos conciertos para solaz y cultura de sus socios acompañando a los artistas más famosos de la época, atendiendo a cuantos festivales tenían lugar en la población en honor de personajes eminentes y cuantas veces fue solicitado por las restantes entidades culturales de la ciudad. De esta época nació la relación de amistad y simpatía que se mantuvo durante algún tiempo, con el gran compositor francés Saint Saens, cuyo recuerdo perdura en el salón que lleva su nombre en este mismo teatro. Ninguno de los que fuimos testigos de aquellos tiempos y tenemos aún la dicha de vivir, podrá olvidar los solemnes momentos en que el maestro con su batuta en tensión dirigía la orquesta de la cual formaban parte algunos, muy pocos, de los que hoy nos acompañan, bien celebrando los conciertos de la Filarmónica o al frente de las que constituían parte de aquellas inolvidables temporadas de ópera y zarzuela que tuvieron lugar en nuestro teatro Tirso de Molina primero y más tarde Pérez Galdós.

Poco después de la renuncia del Maestro Valle y de don Agustín Hernández Sánchez que le sucedió, la vida de la Filarmónica con su Orquesta y Academia fue languideciendo paulatinamente hasta quedar relegada en la mente de los canarios como sociedad cobijo de la Música. No bastaron las frecuentes incitaciones de la Junta Directiva a sus socios para que acudieran a los ensayos y conciertos, ni los recursos puestos en acción para combatir la indiferencia que a todos dominaba. Llegó incluso a olvidarse que la Filarmónica había sido orgullo de la ciudad y centro de enseñanza pública y gratuita para la que fue creada, y a serle retiradas por las Corporaciones y entidades las subvenciones que recibía.

En esta situación, transcurría el año 1944, la isla atravesaba un período de notoria y lamentable decadencia musical, que hizo intervenir al Gobernador civil de la provincia don Plácido Buylla y López Villamil, después de recoger el anhelo popular concentrado en pequeños grupos que se reunían en distintos domicilios particulares. Para levantarlo y animarlo, congregó a las autoridades de la isla, presidentes de sociedades culturales y personas amantes de la música, con el fin de consti-

tuir una, con nuevo y moderno impulso, tendente a renovar nuestros valores y posibilidades artísticas, propulsando la afición, facilitando las enseñanzas y reviviendo días no lejanos que dieron ornato de positiva cultura musical a nuestra isla. Encargada una comisión compuesta por los señores Pedro Cullen del Castillo, Antonio Mesa López, Miguel Benítez Inglott e Ignacio Pérez Galdós Ciria, de aunar voluntades con los representantes de aquéllas. Después de un detenido estudio elaboró un proyecto de Reglamento, en el que quedarán fundidas todas las asociaciones de esta índole en una sola que atendiera cuidadosamente las enseñanzas del divino arte. De este acuerdo nacieron el Patronato y la Junta Rectora de nuestra sociedad, firmados por el Gobernador Civil, Presidente del Cabildo Insular, Alcalde de Las Palmas, Presidentes de entidades culturales, representantes de los socios y de los músicos de la orquesta. Fueron Presidentes don Plácido Alvarez Buyla y don Antonio Mesa López, Secretario nuestro Luis Dorreste Silva, que constantemente da pruebas de su cariño y entusiasmo desde las columnas de la prensa local y Miguel Benítez Inglott que intervino apasionadamente y de una manera destacada, en el resurgir de nuestra Sociedad.

Como consecuencia de esta nueva organización, comenzaron a recibirse subvenciones del Sindicato de Iniciativas, Club Náutico, Círculo Mercantil y Ayuntamiento de Las Palmas y fue nombrado director de la orquesta don Luis Prieto García, miembro destacado, por haber llevado a cabo en ella y fuera de ella, una obra ingente traducida en su competencia y amor a la enseñanza del piano, unas veces acompañando a los numerosos artistas que pasaban por la ciudad y otras, instruyendo en el aprendizaje del mismo a muchas señoritas y jóvenes.

Los socios aumentaron de un modo extraordinario hasta llegar a 3.000 y los alumnos de la Academia alcanzaron la cifra de 260. Ello dio lugar a que los primeros fueran divididos en dos grupos para poder participar en los actos programados y a que se reiterara la petición hecha en fechas anteriores por don Juan Francisco Apolinario Navarro, a la Superioridad, de que se fundara en esta ciudad un Conservatorio Provincial, de la que sólo se pudo obtener su grado elemental. El entusiasmo

e interés que se despertó con esta reviviscencia, se amplió a la creación de la Masa Coral que estuvo dirigida, con idoneidad digna del mayor elogio en tiempos distintos, por las señoras doña Francisca Sofía de la Torre Millares, doña María Suárez Fiol y doña Isabel Macario Brito.

Más tarde, el Cabildo Insular asignó en sus presupuestos una subvención y el Ayuntamiento acordó aumentar la que sostenía, hasta que igualadas fueron siendo mantenidas en el transcurso de los años. Gracias a ellas y a las cuotas de los socios, pudo la Filarmónica dirigida en sus distintas etapas por don Emilio Ley Arata, don Antonio y don José Mesa y López, figuras prestigiosas de la ciudad, que lucharon denodadamente contra todos los impedimentos surgidos, darnos a conocer los más famosos solistas del mundo y los mejores cuartetos y sextetos sin excluir a nuestros legítimos valores que aquí y lejos de aquí, han dado fe de su fama para orgullo de nuestra isla y como no es posible citarlas nominalmente, basta sólo decir que oyéndolos hemos pasado momentos solemnes en la vida y que su arte como luz de un tono indefinido e indefinible, pero delicioso, sigue meciéndonos en un crepúsculo de ensueño del que nunca quisiéramos salir. Recientemente nuestro Presidente actual y celoso Alcalde don José Ramírez Bethencourt, ha logrado de la Corporación que preside, una subvención que permitirá a la Sociedad extender y perdurar su obra.

Durante estos 22 años han sido Directores de su Orquesta, los maestros Obradors, Alvarez Cantos, Pich Santasusana, Bernhard, Rodó, García Asensio y Marçal Gols, nombres que van unidos a la historia de la Filarmónica con todo el pasado prestigioso de una limpia ejecutoria de nobleza que impuso la idea del sacrificio como una absoluta necesidad, pues nunca olvidaron que la Orquesta fue y continúa siendo la obra de varias generaciones canarias, que durante muchos años han venido manteniendo un espíritu musical y logrando cooperaciones inestimables que han llegado a colocarla en el lugar destacado que hoy ocupa.

Conmemoramos ahora el primer siglo de su existencia. Cien años no son una cosa baladí en ninguna aventura humana. Sólo en la vida de los astros un siglo apenas se cuenta, pe-

ro cuando los hombres andan por sus años, con sitio de permanencia en cualquier empresa supone una marcha acreedora a toda suerte de conmemoración. Sería pueril, por lo tanto, ponderar el número y calidad de los hechos artísticos acaecidos en este lapso de tiempo, pero sí puede afirmarse que la historia de la Filarmónica va unida a nuestra propia historia, y ello basta para dedicar a sus Presidentes, Juntas Directivas, Maestros Directores y miembros de la Orquesta y Masa Coral y a cuantos han formado parte de su vida artística, sacrificando horas, resolviendo obstáculos y proporcionando a sus socios muchos momentos gratos, un recuerdo fervoroso y un homenaje de admiración. ¿Qué otra cosa podemos dar a los que con sus esfuerzos desinteresados han logrado hacerla centenaria, después de haber despertado y sostenido el arte mágico de la música, que nos ha dado a la vida una visión hermosa y jovial, noblemente romántica y líricamente apasionada?

Al abrir las puertas del Segundo Centenario con la emoción de lo desconocido y ante el largo camino que brinda, demos paso a la Orquesta y Masa Coral con su Director al frente, con un férvido aplauso de gratitud por cuanto ha hecho y sigue haciendo para que nuestra Filarmónica siga siendo honor de la ciudad y alcemos la voz para que este siglo que empieza musicalmente espléndido, siga haciéndonos sentir el placer profundo y la honda sensación de bienestar, manteniendo en nosotros ese artista que llevamos en nuestro interior y del cual no quisiéramos despertar, porque nos hace constantemente soñar.

(Conferencia leída en el Teatro Pérez aGldós).

PANCHO GUERRA; SU VIDA Y SU OBRA

Alejado desde hace tiempo del mundanal ruido y sin seguir la senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido, confieso que he experimentado y sigo experimentando una agradable complacencia al ser invitado para intervenir en este ciclo de charlas organizado por la peña "Pancho Guerra" de Madrid, con motivo del traslado de sus restos desde la capital de la nación donde reposaron durante diez años, a este cementerio que forma parte de la tierra que él tanto quiso y glorificó en sus escritos.

Me animaron a contribuir a este homenaje el ser socio de honor de la citada agrupación, el ser su presidente, mi compañero y discípulo Antonio Arbelo Curbelo y el ser amigo y admirador, en el más amplio sentido de la palabra, de su producción literaria y de cuanto aportó al desarrollo del arte en estas islas, entendiéndolo por arte la virtud, poder, eficacia y habilidad para hacer alguna cosa.

Transcurría el último tercio del siglo XIX tan distinto al actual en costumbres, modos de vivir y demás manifestaciones del alma popular, cuando el pueblo de San Bartolomé de Tirajana, situado dentro del cráter de su nombre y en la parte superior del valle, lindaba por el norte con Riscos Blancos, una de las porciones más elevadas de la cordillera central. Por entonces su parroquia, de tres naves estaba consagrada a dicho santo y aún hoy se venera, bajo sus bóvedas, la efigie de Santiago que antes estaba en los cercanos pinares de dicho pueblo. Constituido éste por una población de 3.600 habitantes diseminada en una extensión larga y escabrosa, contaba con numerosos restos de antigüedades canarias que poco a poco fueron explorados y conservados para riqueza de nuestra historia.

Al llegar el 24 de julio de cada año, tenían lugar los festejos patronales con la colaboración de las autoridades y vecinos que daban a la referida fecha, muestras de encendida re-

ligiosidad alternándolas con los dedicados a la feria de ganados, paseos en la plaza, exposición de fuegos artificiales y las consabidas cajas de turrón para engolosinar las bocas de los asistentes.

En esta hora, el principal acto programado para llevar a cabo la festividad del santo patrono fue la celebración de la Misa Mayor a cargo de tres sacerdotes, ayudada por un joven seminarista elegido entre los que estudiaban la carrera, tal vez por la proximidad del lugar en que había nacido. El templo abarrotado de fieles no permitía la entrada a los que esperaban por los alrededores, y el altar encendido con velas de sebo, parecía, desde los numerosos sitios de las tres naves, velado por las nubes de humo que se desprendían de los incensarios. Los cantos y rezos del pueblo lanzados con el más sublime de los respetos al supremo hacedor y la emoción que a todos embargaba, dieron al ambiente un tono de misticismo traducido en muchos de los presentes, por lágrimas que brotaban espontáneamente sobre sus mejillas. Todo este suceder durante el tiempo que duró la Santa Misa, dio lugar a que la temperatura del interior aumentara en términos no previstos, hasta el punto de que el calor que se sentía dentro y fuera dada la estación del año que se vivía, hizo que el joven estudiante se sintiese dominado por una sed sin límites y un deseo irresistible de saciarla.

A poca distancia de la Iglesia, estaba situada una de las casas más vistosas y cómodas del pueblo. Perteneciente a una de las personas influyentes del mismo, poseía un patio embaldosado lleno de plantas verdes y olorosas que invitaba a todo transeúnte a pararse para recrear la vista y gozar del espectáculo. En una de sus esquinas se levantaba una hermosa pila canaria empotrada entre sus paredes, donde el agua encerrada en ella, caía gota a gota cantando su canción monótona dentro de la talla que a poca distancia la recogía. A ella fue dirigido el sediento, por lo que no es de extrañar que al encontrarse en el portal, solicitara un vaso de agua, de aquella agua límpida y fresca, que le fue servida, sin pérdida de tiempo, en un jarro de barro colorado sostenido por un plato de la misma sustancia, en las manos blancas y tersas de una dama haciendo-

sa y de hablar dulce. El futuro sacerdote bebió de una vez y sin respirar el contenido del vaso que le brindó y yo no sé si fue el bienestar indescriptible que experimentó, o por otras causas siempre difíciles de explicar, quidó establecido entre los dos, una viva simpatía, un sentimiento afectivo que mueve a los seres humanos a buscar lo que se considera bueno para gozarlo o poseerlo. Huelga decir, que desde aquel momento menudearon los encuentros y que pronto, muy pronto, Miguel Guerra Marrero y Carmen Navarro Falcón se hicieron novios.

Dejado por lo tanto el seminario, el joven estudiante al carecer de medios económicos para dedicarse a otras carreras, se trasladó a Las Palmas con el único fin de cursar la del Magisterio, que terminó pronto y con buen aprovechamiento. Y mientras esto sucedía la joven enamorada esperaba en el transcurso del tiempo, a que llegaran los domingos, días de fiestas y vacaciones reglamentarias, para recibirle en aquel patio maravilloso donde seguía cayendo la gota de agua cantando su monótona canción de amor.

Obtenido el título, marchó a la Gomera donde una escuela vacante le esperaba, llevándose consigo el recuerdo de lo que dejaba y la esperanza de que pronto pudiera trasladarse a esta isla. Su estancia duró poco, pues no habían transcurrido unos meses vino a ocupar la que estaba sin propietario en San Bartolomé de Tirajana, con gran contento y regocijo de todos. De más está el decir, que estuvo al frente de ella durante muchos años y que una vez unidos en matrimonio, vieron nacer bajo el mismo cielo azul que los cobijaba, y bajo la serena tranquilidad campestre del pueblo, los doce hijos que formaron su hogar. De ellos, Francisco, nuestro Pancho Guerra, ocupó el undécimo lugar y el último de los varones. Alumno de la escuela que regentaba su padre, aprendió en ella las primeras letras sin que en su aprendizaje interviniera el autor de sus días, hecho que le causó gran alegría al darse cuenta de que sólo por espontánea y gran curiosidad había dado esos pasos, el más pequeño de sus descendientes.

En esta situación fueron creciendo, hasta que las circunstancias que imponen la vida y la educación superior, le obligaron a solicitar una de las cuatro plazas que constituían la

plantilla de maestros del grupo escolar anejo a la escuela normal de maestros de esta ciudad, cuya dirección desempeñó más tarde hasta su muerte ocurrida hace treinta y tres años. Cuando este acontecimiento tuvo lugar, Pancho Guerra cumplía los siete años y si bien no era muy estudioso, se dispuso a adquirir los conocimientos necesarios para comenzar los correspondientes al bachillerato. Hay que advertir, sin embargo, que durante su estancia en el pueblo natal, Pancho no llegó a sospechar que en la vida de Las Palmas pudiesen existir manifestaciones culturales distintas en un todo a las de sus convecinos. No obstante ello, cuando arribó a la ciudad oyendo y viendo cosas distintas a las que alumbraron su inteligencia durante el tiempo que vivió encerrado en aquella tierra del sur, de espaldas a los alisios y caldeadas por el aliento de Africa, comenzó a captar desde los distintos lugares que forman la flor y nata de la vida de un pueblo.

En ese mismo ambiente en que vivió no quiso someterse para iniciar sus estudios secundarios a la disciplina y rigidez de un colegio religioso y optó por matricularse en el situado en la calle Dr. Chil, regentado por aquel sacerdote llamado en vida don Pedro Santana Artilles, constituido por dos pisos al que se daba entrada frente a la calle de Agustín Millares por una escalera de piedra ancha y ventosa donde las pisadas de los alumnos no retumbaban en el ámbito a pesar de la fuerza con que dejaban caer las suelas de los zapatos. Allí pasó varios años inquietos y en rebeldía aún a costa de su timidez, porque Pancho no gozaba con el estudio y se resistía a cumplir con sus deberes, no obstante las amenazas y las voces altisonantes de don Pedro, que trataba de imponer su autoridad en todos sentidos, para que alcanzara el necesario prestigio su establecimiento de enseñanza, dada la competencia que existía con los demás centros que funcionaban en Las Palmas.

Sin embargo, le gustaban las matemáticas y se esmeraba en seguir con atención las explicaciones que daba don José, hermano del director, que tenía fama de enseñarlas con claridad, cariño y paciencia.

Ya bachiller a los 18 años, estableció contactos con la escuela Luján Pérez, sociedad constituida por un grupo de artis-

tas que en sus diversas manifestaciones de pintura, escultura y literatura, influyeron de una manera decisiva en la constitución de su personalidad. Al mismo tiempo visitaba con frecuencia la Plaza de Santo Domingo que era lugar recoleto, remansado y tranquilo, lleno de bellas escenas y en la que junto a las puestas de sol en las tardes de verano, el murmullo de la fuente, el encantador susurro de las conversaciones sostenidas con la gente que en ella descansaban para solaz y reposo de sus cuerpos y el canto armonioso y dulce de los niños que jugaban a su socaire, fueron despertando su alma de poeta, encerrada aún entre las cubiertas de su timidez.

Estas escenas y el ambiente que se respiraba en las carpinterías por él visitadas con asiduidad, de maestro Pepe Santana ubicada en la calle de Nuestra Señora de los Reyes hoy Reyes Católicos, y de Pepe Quintana en la de Juan E. Doreste, constituyeron las bases de su entrañable conocimiento de cuanto concernía a la pura esencia del ser isleño que fueron el origen de los cuentos, entremeses y memorias de Pepe Monagas, personaje el más popular de cuantos fueron creados por la inteligencia humana y que nadie, fuera y dentro de las islas, supo y pudo superar.

Un salvaje anhelo de libertad, un ansia inefable de seguir conociendo el mundo y sus dirigentes en todos los aspectos de la cultura humana, le hicieron pensar en el deseo de poseer título universitario para así completar su personalidad, ya que las más diversas y devoradas lecturas de su época infantil y de su reservada adolescencia le hicieron bañarse en una tremenda prisa por vivir y tener contacto con todo lo especulativo y tangible de cuanto le rodeaba. Y así a su definitiva resolución y animado por sus padres, marchó a la Universidad de La Laguna donde dio comienzo a la carrera de Derecho, pues a pesar de haber sentido agradable complacencia cuando estudiaba matemáticas, su vocación literaria y artística se canalizó recta y amorosamente hacia el periodismo como primer paso para dar a conocer, desde las columnas de la prensa, todos los modismos, peculiaridades y manera de expresarse el alma popular.

Aprobados los tres primeros cursos de la carrera, empezó, al terminar el tercero, a sentirse divorciado de aquella serie de obligaciones limitadas a su asistencia a las clases, a soportar los caracteres de los profesores, y a sostener conversaciones con sus compañeros alejadas, en un todo de sus aficiones. Ese sentimiento le hizo abandonar sus estudios y regresar a Las Palmas para dedicarse al periodismo. Fue entonces, cuando contando 21 años de edad, ingresó en el "Diario de Las Palmas" como redactor, distinguiéndose muy pronto por sus artículos dotados de una rica sensibilidad para captar las noticias y transmitir las a sus lectores de la forma más brillante y real, pues enfrascado en el conocimiento de lo que constituye el valor intrínseco de un pueblo, supo llevar a la estampa tipos que representaban la sabrosa gracia isleña condensadas y concentradas en aquella figura que inmortalizó con el nombre ya mencionado de Pepe Monagas.

Desde entonces se advierte en sus escritos, su chispeante humorismo, el anecdotario de nuestras costumbres, el palabrerío único y peculiar de los nativos de aquella época lejana que sembró después por pueblos y ciudades con esa alegría y regocijo que tantas veces nos hizo reír a mandíbula batiente.

No obstante ello, Pancho Guerra no era alegre, hablaba poco y permanecía casi siempre serio ante la jovialidad y el bullicio de los demás. Ello no fue obstáculo ni motivo, para que en cualquiera reunión donde se encontrara, su presencia entonaba el ambiente haciendo reír con sus cuentos y narraciones isleñas que aparecían con cierto intervalo de tiempo en el citado diario y en el semanario "El Noticiero" en aquellos tiempos, el primero lo acogió con toda simpatía encontrando en su redacción su primer cobijo, dada la temprana, balbuciente y apasionada vocación periodística que poseía. Y fue un hombre, Antonio Junco Toral tempranamente muerto, el que creyó en él y fue su compañero y amigo fiel sobre todas las borrascas pequeñas de la mocedad y del trabajo. A pesar de ello, aprovechaba los ratos libres entreteniéndose su ocio, poniendo letra a algunas canciones de autores extranjeros en su propio idioma y escribiendo música a otras canarias, que fueron haciéndose populares como la llamada "Los Costeros". Hay que destacar,

no obstante, la pereza que tenía por llevar a feliz término sus ideas y cavilaciones y el tiempo que estaba silencioso mientras pulsaba la guitarra para acompañar a otros cantantes isleños. Su figura cervantina, su corto bigote, el pelo espeso de su cabeza y cejas le daban aspecto de hombre serio, si se le observaba mirando con sus grandes y abiertos ojos. Ello era debido, según muchos de sus amigos, a la enfermedad que parecía padecer, caracterizada por el recato o humildad en el porte y en la conducta.

Fue necesario para despertarle de esa abulia que portaba y para que cumplierse con el deber de dar a conocer los cuentos y entremeses que escribía en su intimidad, los impulsos de un nativo de Escandinavia, de un danés, gran amigo de esta tierra y sorprendente devoto de aquellas populares historietas, el que le sacó de esa pereza, de esa admirable desgana que tenía y de esa dejación por llevar a feliz término sus ideas y cavilaciones. Este danés llamado Tomy Christy, y más tarde Tomás V. Christensen y Agustín Miranda Junco se metieron en su vida emparejada hasta lograr que publicara casi semanalmente en el "Diario", uno de sus cuentos famosos y hasta ponerle en relación con los elementos destacados de la ciudad.

Como consecuencia de ello, comenzó a preparar festivales y espectáculos musicales que sirvieron a las autoridades para recaudar fondos destinados a pagar los gastos ocasionados por la guerra civil, surgida en nuestra patria el 18 de Julio de 1936. A tal fin, dejó escrito antes de ingresar en filas, la letra y el guión de una revista que preparaba la intelectualidad de Las Palmas con el título de Boo-Hoo. Pero bien fuera por su carácter apocado, o por temor a que no gustase el contenido literario de la misma, no apareciera su nombre como autor, en la prensa, ni en los programas de mano.

Sin embargo, en la noche del 1 de febrero de 1938, bajo los auspicios de la sociedad "Amigos del Arte Néstor de la Torre", dirección escénica, ballet y composiciones coreográficas de Paquita Mesa, escenarios, decoraciones y efectos luminosos de Ernesto Durán y parte musical a cargo de Tommy Christy, se presentó por primera vez a beneficio del orfelinato proyecta-

do por el Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas inspirada en las bellas melodías del siglo XX.

El espectáculo constituyó un acontecimiento de primera magnitud, una de las representaciones más modernas que han tenido lugar en el escenario del teatro Pérez Galdós, y uno de los más completos e interesantes que han desfilado por él, incluso por profesionales. Tanto la coreografía, la orquesta, la luz, el equilibrio y la finura de los programas, la belleza de las señoritas que intervinieron vestidas por los patrones más lujosos y avanzados de la ciudad, rayaron a gran altura, hasta el punto de que contando con las tres representaciones que se llevaron a cabo en Tenerife, en el teatro Guimerá, el total de ellas en Canarias alcanzó la cifra de 17, número no superado jamás en aquellos tiempos por esta clase de espectáculos.

Intervinieron, como digo, un grupo de señoritas constituyendo el llamado conjunto femenino y otro de caballeros formando el masculino. Así se expresaba la prensa de aquel año. Por mi parte puedo decir que leyendo sus nombres junto a los de los profesores de orquesta, modistas y sastres que hicieron gala de buen gusto con el desfile de modelos, he de confesar que se me entristeció el alma al darme cuenta de que algunas de aquellas personas han desaparecido para siempre y otras se conservan entre nosotros sostenidas por el peso de los años, los cuales sentirán, como yo, la nostalgia y el dolor del pasado.

Sin embargo, el "Diario de Las Palmas" al dar cuenta del éxito obtenido y de los correspondientes elogios a Paquita Mesa, Ernesto Durán y Christensen, los extendió al colaborador anónimo, modesto en grado sumo, autor del guión complementario de la revista, del que prometía dar su nombre en justo y merecido premio a su labor.

Declarada la guerra civil el 18 de Julio de 1936, Pancho Guerra marchó al frente junto a su compañía pudiendo decir que durante el tiempo que estuvo en él no sufrió la más pequeña herida. Recorrió las tierras de Levante hasta entrar con las tropas en Barcelona una vez rendida esta capital. Es de suponer por lo tanto, que mientras duraron estas marchas, recogiera en su espíritu observador y sagaz, las impresiones recibidas durante ellas, no sin antes figurarnos que alternara su

peculiar fisonomía, su específica bondad y su especial encanto en el decir y narrar con los malos ratos y las sensaciones de recelo experimentadas al oír el silbido de las balas y el trepidar de los cañones y carros de combate. Y como siempre sucede en estas ocasiones, no dejaría de acordarse con la frecuencia debida, de sus padres y hermanos que se quedaron en esta tierra rogando a Dios por su salvación y de una bella muchacha de Lanzarote, que dejó pasar sin pararla, tal vez porque su carácter y corto genio le impidieron hablarle de amores. Por ello y como compensación a esta pasión fugaz, se consolaba pensando en las ciudades, aguas, luces y gentes de su Gran Canaria.

Terminada la guerra regresó a su isla y volvió a pensar en continuar su carrera de abogado. Su padre había muerto y quiso, recordando su deseo, obtener el título universitario, por creer llegada la hora de independizarse. A tal fin, llegó a matricularse en la Facultad de La Laguna y comenzó a oír las explicaciones de sus profesores, pero no sabemos si por haber perdido el hábito del estudio o porque no le interesaban las asignaturas que cursaba, es lo cierto que a los tres meses de reingresado empezó a sentir el mismo desgano que años antes y los abandonó definitivamente.

Entregado por lo tanto al periodismo y a la escritura, sus pasiones favoritas, que había abandonado durante su incorporación a filas, prosiguió su labor literaria detectando el alma de su pueblo con sensibilidad de poeta e inteligencia clarividente, expresándola bellamente en sus decires, en su magnífica pluma llena de colores y trasfondo canario, hasta el año 1947 en que se trasladó a Madrid en busca de más fama y gloria que la obtenida. Pero antes de su marcha definitiva a la capital de la nación, seguía entreteniéndose los ocios que le dejaban libre sus escritos en preparar el texto de otra obra de estilo parecido a Boo-Hoo, ya que continuó en contacto y relaciones con los mismos elementos que le ayudaron en otras ocasiones.

A tal fin, al año siguiente de terminada la guerra, es decir, en julio de 1940, la misma sociedad de amigos del arte Néstor de la Torre, presentó en el referido Teatro Pérez Galdós un

cuento infantil para niños menores de cien años, con letra de Pancho Guerra, música del compositor Christen Joergesensen, ballets y pantomimas a cargo de Paquita Mesa, con el título de "El campo de los Príncipes".

Desarrollada en tres actos con cinco escenas y uno final, nos refiere la historia del viaje que efectuaron Pituso y Pimpinela hasta su entrada en el bosque de los misterios, donde el pájaro revela a Pituso, el peligro y secreto de la arboleda. Ante ellos le enseñó el maravilloso camino del Dui-Don que los pone en la ruta del palacio de los pájaros azules los que bailan en su honor el ballet del amor en el sol de la mañana. Acuden después los gnomos del bosque cuyo jefe les sugiere robar la capa invisible del brujo de la montaña y mientras, Pituso cansado de su largo camino quedó dormido y atormentado su sueño por las sombras de las pesadillas infantiles. En posesión Pituso de la capa parte para luchar con el terrible dragón de las montañas, hasta conseguir que la princesa de Bastos y los diez pastores robados por aquel animal queden en libertad. Una vez finalizada la lucha y como prueba de gratitud, la princesa ofrece su mano al héroe y se concierta una boda real que es celebrada en la plaza mayor del reino de Bastos, en medio de música y vítores mientras va bajando lentamente el telón.

El cuento fue muy elogiado y aplaudido por el público y la crítica, no sólo por las bellezas de su prosa, sino por el trabajo de sus intérpretes a cuyo frente se puso Paquita Mesa, Destacáronse particularmente los ballets y las pantomimas que en distintos momentos surgieron, así como los coros de señoritas ya conocidas por ser las mismas que intervinieron en la revista Boo-Hoo y que en todo momento dieron muestras de gracia y distinción, hasta alcanzar el alto estilo de estas representaciones por su moderna técnica, luz y decorados.

Mientras esto tenía lugar, no perdió el tiempo en seguir publicando sus cuentos en los semanarios "Canarias Deportiva" y "El Noticiero del Lunes" con tal éxito, que las gentes esperaban sus salidas con curiosidad e interés, pues sus lecturas iban acompañadas de risas y carcajadas que se contagiaban a los que eran simplemente testigos. De esta manera fue Pancho Guerra acumulando material suficiente para, una vez fijada

su residencia en Madrid, proceder a la publicación de cuentos, entremeses, memorias y el léxico, tesoros que debemos poseer y poseemos gracias a la iniciativa y resolución de la Peña Pancho Guerra que continúa desde la capital de nuestra nación, dando a conocer su producción con una devoción y cariño pocas veces superado.

Una vez fijada su residencia en Madrid en el año 1947, hago punto para que los amigos y admiradores que hablaran en este ciclo continúen dándonos a conocer la personalidad de este ilustre paisano, contribuyendo a este ferviente homenaje que le dedicamos, con motivo del traslado de sus restos desde donde murió a esta isla que tanto quiso y amó como supo demostrarlo en toda su producción literaria y lingüística.

Articulos en recuerdo de varios médicos que han ejercido su profesión al mismo tiempo que la mía y que han estudiado su carrera en distintas facultades españoles y francesas. Así mismo se insertan tres artículos en recuerdo de tres Catedráticos Numerarios de la Facultad de Medicina de San Carlos de Madrid.

LUIS DORESTE SILVA, MEDICO Y LITERARIO

Cuando acaba de cerrar definitivamente los ojos en esta tierra que él tanto quiso, cuando Dios ha dispuesto que empiece a dormir ese sueño que no se acaba y cuando vámonos dando cuenta, sumidos en el más triste de los dolores, que Luis Doreste Silva, nuestro entrañable y querido Luis Doreste, se ha ido para siempre a ocupar un sitio desconocido en la lejanía, acuden a mi memoria mientras le miro absorto, hechos sucedidos en el pasar de los años que voy estampando en la albura de estas cuartillas como la pequeña historia que me ligó en vida a su nombre famoso y prestigioso.

Y concretándome a su pasado como médico, porque médico soy y aprendí de él a valorar los sentimientos que anidan en el alma y forman parte de nuestro ser, voy recordando que siendo Luis estudiante se desenvolvía con holgura en el ambiente médico literario de Madrid, mostrándose brioso con su pluma en defensa de la personalidad de los canarios que llegaban a la Corte, en tanto compartía su asistencia a las viejas y lúgubres aulas de la histórica facultad de Medicina para sentir de cerca el dolor humano y conocer la belleza de la ciencia. Dolor y belleza que transcribía en sus sonoros y magníficos versos, acompañados unas veces de Tomás Morales, y otras de su gran amigo Gregorio Marañón, a quienes ensalzó y cantó en sus producciones de fácil estilo, llenas de contenido y vigor literario.

Más tarde en el devenir de los años fue alumno interno, por oposición, del Hospital General, en aquellos tiempos en que eran figuras sobresalientes del profesorado madrileño, don Amalio Gimeno Cabañas, más filósofo que médico y don Tomás Maestre más médico que filósofo. Discípulo predilecto de este último, siento avivarse en mi memoria las palabras emocionadas de Luis dándome cuenta del acto imponente celebrado en el Gran Anfiteatro de San Carlos, con motivo de la muerte del

Catedrático don Alejandro San Martín que legó su cadáver para ser autopsiado y servir de enseñanza a sus alumnos, y del éxito obtenido al publicar en la prensa el magno acontecimiento que produjo gran complacencia al referido Profesor Mestre y a sus compañeros de curso. De igual forma me refería su actuación en el Ateneo de Madrid y del Socialato honorario con que fue distinguido cuando ponía en conocimiento de sus lectores, como redactor de la prensa madrileña, las conferencias de tipo médico que tenían lugar en dicho centro cultural.

Ya en plena vida médica y a causa de que en el lustro anterior a la guerra mundial del año 14 sus prolongadas campañas por nuestro país le habían granjeado una alta estimación y popularidad, el Excmo. Ayuntamiento de Las Palmas, como homenaje a su persona, le nombró médico titular y como por entonces la convivencia entre médicos y poetas era completa, por ser Luis el que trajo de Madrid el primer libro de Alonso Quesada, fueron unos y otros agasajados una noche en el Hotel Continental situado en la Plaza de San Bernardo. Este halago, esta respuesta de su tierra a quien tanto quiso, lo hizo asentarse en ella para dedicarse al periodismo, dar a conocer sus poesías y prestar asistencia a los enfermos que solicitaban su consejo. Sin embargo su permanencia duró poco tiempo, pues sus campañas y la elocuencia de su pluma puesta al servicio de la política de la isla en el antiguo "Diario de Las Palmas", le llevaron a un puesto de diplomático en París al lado de don Fernando de León y Castillo, donde prestó destacados servicios a España durante cerca de 18 años.

En esta gran capital, ciudad luz que fue en un tiempo emporio de la sabiduría y centro de la cultura universal no supo olvidarse de que era médico y como tal actuó en aquella guerra europea antes citada, desempeñando la secretaría del Patronato Real que regía el Hospital Español creado para atender a los combatientes hispano-americanos que luchaban en las filas de los ejércitos aliados.

Implantada más tarde en el año 31, la República, Luis Doreste regresó a Las Palmas y desde entonces se afianzó nuestra amistad hasta el punto de que nos queríamos como hermanos. Ya en esta ciudad, su labor de escritor admirable por su cons-

tancia, juventud y entusiasmo, su presidencia de El Gabinete Literario, su nombramiento de Socio de Honor de este Colegio Oficial de Médicos por su inteligencia puesta al servicio de nuestras tareas, figurando siempre con nosotros en cuantas alegrías y dolores nos tocara, bien interviniendo con sus escritos en las veladas necrológicas que celebramos, o acercando su voz al micrófono para rendir emocionado y reverentemente homenaje a tantos compañeros que duermen, como él, el sueño que no tiene fin, fueron hechos destacados en su preciosa y finalizada vida.

Y dentro de esta actividad, de ese dinamismo de hombre desinteresado, no es posible echar en olvido su conferencia en nuestro Colegio con motivo del Centenario Cervantino y la que pronunció en El Museo Canario durante la exposición de Arte médico, en la que hizo el panegírico del médico y de su historia.

Por todo ello, la Asociación de la Prensa y el Colegio Médico que yo presidía en íntima compenetración, rindieron un homenaje cariñoso, pletórico de admiración y afecto al que fue nuestro Luis Doreste, acto que hizo vibrar a la ciudad, porque ella le había nombrado cronista, concejal honorario e hijo predilecto.

Y este hombre bueno, este caballero en toda la acepción de la palabra, que hizo versos y escribió prosa derramando luz entre nosotros, prodigando palabras de ternura y lealtad y predicando el amor entre los hombres, se ha marchado definitivamente hacia lo ignoto. Y en tanto van pasando en estos momentos de angustia por mi cerebro recuerdos y recuerdos de tiempos viejos, me he quedado de pronto, triste y absorto, mirando por última vez su cara dulce, apacible y serena, como miramos ensimismados las de los santos.

HOMENAJE A DON ALBERTO GARCIA IBAÑEZ

Sólo un derecho que dan los años y que ahora recabo con todo alborozo, me alienta y me anima para ser el portavoz de las clases sanitarias de la provincia, en el homenaje que a nuestro don Alberto García Ibáñez, ofrendamos sus amigos y colaboradores hasta hace poco convivientes en el centro de Conservación de la Salud. Y digo derecho que dan los años, porque tengo la impresión, por no decir la seguridad, al mirar a todos los reunidos bajo este marco severo, pero lleno de cordialidad y franqueza, que he sido yo el profesional que más motivos tiene para dar cuenta y certificar su labor sanitaria durante los treinta y cinco años que se han sucedido desde su llegada a esta ciudad hasta que dejó de ser nuestro Jefe Provincial.

Todo homenaje aún el menos merecido, tiene una profunda razón de ser que es juzgada de distinta manera por nuestros semejantes. Y así vemos que cuando surge la idea de su celebración, el comentario se alza sobre el criterio ecuaníme de los más como el aldabonazo que damos a una puerta cuando queremos atraer la atención de los que nos rodean; por ello no tenemos más remedio que establecer diferencia entre la actitud de cierta gente que no encuentra motivo para dar realidad a esa expresión del reconocimiento humano, con la de otras muchas que llegan a comprender, al fin y a la postre, que en el fondo de todo acto apologético, vibra un sentimiento de gratitud, de admiración o de aprobación a una labor que no todos los individuos han podido llevar a cabo. Menos mal que sobre estas dos clases de homenajes, los que requieren una explicación y los que no hemos llegado a comprender porque no se hicieron antes, destaca, como luz esplendorosa, el que no necesita de aquella declaración, porque cada cual y a su manera, ha otorgado de antemano al agraciado, el aplauso tácito, la callada contemplación y el respeto y consideración que nos han merecido su vida y su obra.

Y hecho curioso, suele elegirse frecuentemente como el más destacado para su celebración, aquel en que le dicen al hombre, oficioso y oficialmente, que ha llegado el momento de interrumpir la labor silenciosa y abnegada que estuvo sostenido durante muchos años, derramando a manos llenas los productos de su trabajo e inteligencia.

Y es entonces cuando surge como protesta contra la ley inexorable de la jubilación, la voz cariñosa de aquellos ciudadanos que quieren hacer ver al mundo que no se puede condenar, como si fueran las cláusulas de un contrato, al silencio de las cosas, al que luchó siempre para demostrar que las cosas también tienen su voz. (Y éste es el motivo que nos congrega ,amigos todos, para ofrecer a don Alberto el homenaje de cariño y afecto a que se ha hecho acreedor, por su labor sanitaria y cultural en beneficio de esta tierra nuestra, que es un verde y esperanzado mesón en medio del sendero innumerable, un mesón en soledad, donde en su desolación nos consolamos mirando el paisaje con sus colinas suaves, sus rincones boscosos y la áspera grandeza de la llanura o el espectáculo imponente del mar que se pierde en la lejanía, cantando, llorando y adormeciéndonos en el silencio de la noche después de habernos brindado, en cada hora, un motivo distinto.)

La ancianidad como el atardecer, llega con alegría, para el que supo emplear con fruto la jornada. Desde ella el ser humano, conocedor de lo que es la vida, sabe actuar como amortiguador en el choque recíproco de las ciegas pasiones, mitigando las convulsiones del odio y los delirios de la intransigencia. Por ello debemos procurar entrar en la ancianidad venerando los fantasmas de la tradición, canalizándola con la verdad y conduciéndola por el camino preciso, para que la juventud aprenda a respetarla. No debemos entristecerla porque llegue a viejo el corazón, pues cuando se ha pasado por la vida señalando el buen camino y dejando en él las huellas que han de servir de guía a los que vengan detrás, se tiene bien ganado el descanso, ya que el privilegio de la senectud hay que aspirar a tomarlo como un honor y no como un castigo.

De este camino y sus huellas no tenemos porqué hablar en este momento. Basta repasar su vida sanitaria y hacer recuer-

do de las obras emprendidas y finalizadas durante su Jefatura para afirmar que tanto la morbilidad como la mortalidad en esta isla, han llegado al porcentaje mínimo, que todos conocemos. Su tesón, su perfecta organización de trabajo, su profunda convicción de que más vale prevenir que curar, han sido los baluartes de su campaña, que secundada por todos sus colaboradores, ha llegado a ser calificada de meritoria. Recordemos solamente que estando nuestra tierra amenazada por aire y mar, de sufrir epidemias que podían poner en peligro nuestra salud, goza hoy de la tranquilidad que respiramos, tranquilidad que nos permite contemplar extasiados las maravillosas tardes del otoño impregnadas de una tempestad de colores y la visión seca y áspera de nuestras cumbres que lanzan al aire prominencias toscas o afiladas que amenazan al cielo con su lento crecimiento.

Como ratificación de lo dicho, he de añadir, que hace poco tiempo y con motivo de la imposición de la Encomienda de la Orden Civil de Sanidad en el Salón Dorado de nuestro Excmo. Ayuntamiento, hice una síntesis de la labor sanitaria realizada por don Alberto, que no voy a repetir porque perdura en la memoria de todos. Sí quiero agregar como demostración de su cariño a la isla, que el día antes de entregar su mando sanitario al digno sucesor que nos dirige, vino a verme para hablarme del nuevo centro benéfico después de haberlo hecho oficialmente al Ilmo. Sr. Presidente del Cabildo Insular a quien rogó encarecidamente se buscara un nuevo sitio para edificar el que ha de llamarse con el tiempo, tercer hospital de San Martín y puso tal vibración en sus palabras y tal emoción en sus convicciones, que una vez más y obsesionados los dos por el mismo propósito, nos pusimos a soñar con un moderno establecimiento de caridad, donde siguiera subyugada nuestra alma, observando en su recinto y bajo el tocado de las Hermanas de San Vicente de Paúl y del tintineo de las campanas de su iglesia que en Primavera rien y en Nochebuena cantan, el corretear de la vida y la muerte en su interior, con el mayor de los silencios y el más profundo de los misterios.

La llegada de García Ibáñez a esta ciudad en el año 1.913, representó la aportación a la cultura de nuestra clase médica,

de la Bacteriología sanitaria y análisis clínicos en sus aplicaciones al diagnóstico y tratamiento de las enfermedades, especialidad que cultivó durante diez y siete años, durante los cuales arribaron a esta isla los compañeros que hoy sostienen el prestigio de esta rama de la medicina. Don Alberto dejó de practicarla en el año 1.940 al ser nombrado Jefe Provincial de Sanidad. Y ya que al hablar no puedo olvidar que lo hago también como Presidente del Colegio Oficial de Médicos, debo recordar que a raíz de la publicación de la R. O. de 30 de noviembre de 1.924 organizando las Comisiones sanitarias de los puestos de Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, se produjo tal violenta campaña de prensa censurando crudamente la actuación de nuestro homenajeadó, que hizo vibrar a nuestro entonces Colegio Médico de Canarias Oriental defendiendo briosamente y acordando por aclamación felicitar al Sr. Presidente del Directorio Militar y al Director General de Sanidad por lo dispuesto en dicha R. O., sin perjuicio de publicar una nota protestando de los ataques injustos lanzados contra dicho funcionario, a la vez que se solidarizaba con su conducta estimada de intachable.

No he de ser yo quien haya de hablar de la inmensa labor sanitaria llevada a cabo durante los 14 años que ha desempeñado la Jefatura Provincial de Sanidad, porque, como decía antes, está escrita en las páginas de su vida profesional. Si he de decir que el Colegio Oficial de Médicos queriendo contribuir al conocimiento de esta provincia bajo el punto de vista de la sanidad canaria, le ha encargado la preparación de un libro en el que quede recogido todo lo que se ha hecho en esta materia durante esta primera mitad de siglo, pues enamorado de esta tierra y de sus problemas higiénicos, era el único que con más conocimiento de causa podía ponerlo al día. Enamorado también de su función, nadie se le acercó sin ser atendido con amabilidad y tratados con llana cortesía, siendo condescendiente mientras pudo serlo. A ninguno recató su parecer y cuantas veces estuvo en su mano conceder o gestionar se afanaba en conseguirlo. Hombre modesto, afable y comprensivo, no cesaba de predicar a diario que el funcionario estaba en su puesto para atender bondadosamente al público, sin que ello

significara dar conformidad a los que confundían la bondad con el cumplimiento del deber. De ahí el que sufrieran desengaños los que no comprendían que detrás de su cortesía se encerraba una rara firmeza de carácter puesta al servicio de sus convicciones, diciendo que no, cuando era preciso manifestarlo y razonando serenamente la negativa, cuando alguien lo solicitaba. Esta firmeza de carácter traducida en una voluntad inquebrantable, queda modelada en ese magnífico Instituto Provincial de Sanidad que es orgullo de Las Palmas y en la organización, cada vez más ambiciosa, de la Fiesta de la Flor.

Estos hombres realidad feliz de una generación que tristemente va desapareciendo en esta época en que el egoísmo es la palanca que mueve sus acciones y palabra de pase para sus agrupaciones y afinidades, son como un inmenso corazón que sintió en las íntimas vibraciones del alma el estremecimiento agudo de la congoja, cuando en una profesión como la nuestra, una hada maligna castigó con la ineptitud para la posesión del ideal a los que devorados por un anhelo irrefrenable de arribar, creyeron satisfacer su desmesurada ambición con la misma naturalidad con que las manos toman en el camino la flor que encuentran al pasar. Para que este mal no siga corroyendo al alma y para que la vida sea más justa con los que saben cumplir su cometido, estamos obligados a enseñar a los que nos sigan, que la vida no es un bien ni un mal, sino el lugar del bien y del mal donde nos vemos para dar a Dios lo que es de Dios y al hombre que ha trazado su camino, la recompensa a que se ha hecho acreedor. ¡Ya estamos cansados de soportar los falsos ídolos que nos obligan a gastar media vida en prepararnos la infelicidad de la otra media!

Por todo lo expuesto, dignaos don Alberto, Excmo. Sr. recibirlo en nombre de las clases sanitarias de la provincia, en la seguridad de que cuando os retireis al hogar, testigo de vuestras preocupaciones y amor a esta tierra bendita, alejado del mundanal ruido y junto a vuestra compañera, vuestra santa compañera que ha compartido con los hijos canarios de esta tierra canaria, las ilusiones y contrariedades que nos dejara la vida, este pergamino será testigo fiel de nuestro afecto y cordialidad y de la obra sanitaria que habéis realizado durante los años en que vivísteis entre nosotros.

EL DR. PONCE ARIAS Y SU JUBILACION

Hace más de medio siglo, José Ponce salía de la isla para comenzar sus estudios de Medicina. Yo lo había hecho un año antes y juntos guiados por el mismo afán y por el mismo motivo, emprendíamos la ruta de los que llegaron a conocer el dolor humano, para que nuestra misión en el mundo fuera medida por nuestros semejantes, con la más noble serenidad y el más equilibrado juicio crítico. Pepe Ponce, como el poeta, como todos los que nos movemos por un ideal, pensó en el interior de su alma;

Yo tengo una misión que cumplir en la vida
un camino a seguir y una ruta trazada.

Yo no soy una sombra en la noche dormida
ni un suspiro profundo perdido en la nada.

Y así fue Pepe Ponce. Empezó su carrera en París (una vez terminado su bachillerato en noviembre de 1912) después de haber aprobado el preparatorio en la Universidad de Madrid durante el curso anterior. Pero al comenzar la primera guerra mundial 1914-1918, amenazada la capital francesa por los horrores del bombardeo y el odio desatado y hecho realidad en los frentes, trasladó su matrícula, como otros tantos fugitivos, a la Facultad de Medicina de Montpellier, a la vieja y prestigiosa Escuela creada en el siglo XIII por los Reyes de Aragón, cuya ciudad debió su florecimiento a los árabes y judíos que procedentes de España se establecieron a principios del siglo XII. Por ella desfilaron numerosos estudiantes canarios que dieron, más tarde, como médicos, solvencia científica a nuestra medicina. Basta recordar, por no citar más que a los de nuestra época, los nombres de Rafael González Hernández, Casimiro Cabrera Cabrera, Andrés Alvarado Franchy, Bartolomé Apolinario Macías, Severino de Armas Gourié, Domingo Marrero Guerra y Eustasio Quevedo Rodríguez entre los muer-

tos y los de Francisco González Medina, Miguel González Roca, Zoilo Suárez Cárdenes, Juan Francisco Apolinario Navarro y nuestro José Ponce Arias entre los vivos.

Con sus dos primeros años aprobados en París, cursó los tercero, cuarto y quinto en la Facultad del Sur de Francia, durante los cuales ingresó y trabajó como alumno externo, en el servicio de Urología del Hospital General dirigido por el Profesor Emilio Jeambrau, Catedrático a la sazón de esa enseñanza en el mismo centro científico. Estos estudios en pleno desarrollo, le hicieron dedicar sus actividades a esta especialidad, que iba adquiriendo personalidad destacada en el campo de la Medicina, pero como su objeto fue completarlos y ampliarlos en el hospital Necker de París donde el profesor Félix Legue, sucesor de nuestro Joaquín Albarrán, el maestro por antonomasia de la Urología mundial, contaba con el mejor servicio francés dedicado a estas enseñanzas, tuvo que conformarse con los que estaba llevando a cabo, pues París, la gran capital de Europa, la que en nuestra vida ocupó un lugar preferente por sus maravillosos monumentos, su cultura y tolerancia, continuaba atenazada por aquel célebre cañón del 42 que puso en vil y en retirada a sus habitantes. Por ello José Ponce continuó en Montpellier hasta terminar sus estudios en el año 1918, después de haber obtenido el título de Doctor con la aprobación en su tesis sobre "Contribution a l'étude du traitement des ruptures traumatiques de l'uretère par l'uretrorrhaphie immédiate avec dérivation hypogastrique temporaire de l'urine".

Al año siguiente revalidó su título en Madrid y poco después abrió su consulta en Las Palmas. Cuando regresó a nuestra ciudad no llegábamos a treinta los médicos que ejercíamos en la isla. Todos trabajábamos plenos de entusiasmos e ilusiones, nuestras mujeres seguían siendo nuestras novias y la ciudad tan de lleno adentrada en nuestros cerebros, se mostraba tranquila, risueña y sin problemas, pues sus calles eran lo bastante espaciosas para circular a gusto y mirar a la lejanía y su vida no estuvo jamás atormentada por el duro ajeteo y la tenaz lucha que tenemos que sobrellevar para resistir las tantas emociones e inquietudes que experimentamos día a día, en este torbellino actual.

Pepe Ponce se imponía lentamente y pronto adquirió la fama que nunca perdió. Y sin embargo, ello no bastó. Ayer como hoy, como mañana, si se quiere ejercer bien la medicina, si se quiere ganar la tranquilidad que da la honradez profesional, si se quiere estudiar a conciencia la naturaleza del individuo enfermo y si se quieren aplicar los conocimientos aprendidos en otros centros y libros, es necesario contar con un servicio hospitalario. Y el Excmo. Cabildo Insular que regía los destinos de la isla en el año 1921, creó y puso bajo su jefatura, en el Hospital de San Martín, las salas donde empezaron a ser asistidos los enfermos de la especialidad. En ella llevó a cabo una labor insuperable hasta julio de 1963, en que, por ley inexorable de la vida, fue jubilado con todos los honores.

Ingresé yo en la misma fecha en que lo hizo el Dr. Ponce en el establecimiento benéfico de la isla y fui jubilado en el mismo año. He ahí las razones, por las que junto a mi admiración por su labor constante y elogiosa, recabara para mí las primicias de este agasajo, pues no en vano hemos estado entrando durante cuarenta y dos años en el centro de Caridad antes nombrado, día tras día, sin que nada ni nadie interrumpiera nuestro camino y nuestro trabajo hasta habernos visto las cabezas cubiertas de canas y sentido el corazón henchido de gozo, por habernos concedido Dios la gracia de seguir viviendo.

Y es claro, no podemos evitar que acudan en este momento, como las abejas a la miel, los numerosos recuerdos que han ido pasando por la vida, como las cuentas del rosario, y que lleguen a nuestra mente los fríos y áridos estudios de Anatomía, los emocionados de las clínicas médicas y quirúrgicas, las angustias sufridas con el primer enfermo y el desengaño sobreenvenido ante el fracaso. ¡Qué duda cabe que todas estas sensaciones recogidas de continuo hayan hecho brotar de la exquisita sensibilidad del médico, versos y versos!. ¡Qué duda cabe que ante la naturaleza muerta o la naturaleza enferma, sólo el galeno haya sabido expresar con ellos, lo que éstas nos dicen!.

Respecto a su obra profesional, tanto en su clientela privada, como en la hospitalaria, pues para el Dr. Ponce ambas po-

seen los mismos quilates de amor e interés, nada hemos de añadir a lo que todo el mundo tiene sabido. Pepe Ponce con el cuidado exquisito puesto en sus enfermos, traducido en las numerosas visitas diarias, diurnas y nocturnas, cortas y silenciosas, que dejaban en suspenso a los familiares del operado, pero llenas de pura observación clínica, supo siempre resolver las dificultades que éstos le presentaban, pues dotado de un valioso juicio médico, pudo muchas veces esperar, porque esperando se logra con frecuencia, triunfar en la medicina ya que nunca ha necesitado el arte de curar del ímpetu de los más osados para devolver la salud a los que de ella carecían. Y hay que confesar que a este profesional que tiene en su haber tantas intervenciones quirúrgicas, le ha dado su práctica un juicioso criterio y la suficiente autoridad para no dejarse llevar del ímpetu irreflexivo que tanto daño ha hecho en algunos casos el entusiasmo atrevido de los médicos jóvenes.

José Ponce, como todo médico fue a la vez, confidente y confesor. Confidente por poseer la grandeza de alma suficiente para ejercer dignamente su ministerio. Confesor por estar revestido del carácter solemne que le da la propia confesión. Y si en ese diálogo que sostenemos con el enfermo ejercitando los sentidos, ponemos en tensión el ojo que observa, el oído que ausculta y el tacto que percute a fin de recoger en sus palabras los hechos más importantes no hay duda que ellos nos sirven para poder formar el acertado juicio clínico. Por ello el alma se enorgullece cuando logra descifrar lo que en las entrañas del paciente sucede, orgullo que no hay que confundir con la honda satisfacción y alegría del triunfo experimentado, si se llega al diagnóstico exacto. Tan es ello cierto, que muchas veces ante el éxito logrado, las lágrimas del galeno discurren por sus mejillas, como la máxima expresión de la emoción sentida, emoción que ningún otro profesional sabe comprender, porque el médico es el único, que sabe sufrir y amar de distinta manera que el resto de los mortales, en atención a que sabe valorar el dolor de un modo consciente y humano.

Y si ello añadimos que cuando se actúa como el Dr. Ponce, contando sobre el enfermo inactivo y excluido en aquel momento del sufrimiento por la acción del anestésico, la carne que

cruce bajo el bisturí como los élitros del insecto que tenemos aprisionado en nuestras manos, el espectáculo que se ofrece a nuestra vista es grandioso pero triste, laudable pero doloroso, y no basta para admirarlo la sangre fría del operador ni su destreza y voluntad de llegar al final.

Basta que la luz y la sombra sigan jugando sobre sus brazos y espalda, para que el cráneo y las manos que tantas vidas salvaron, sigan moviéndose y actuando sobre la carne palpitante, convirtiéndola en masa inerte y transformándola en vigor y lozanía, pues siempre tuvo presente que renunciando a tomar como espectáculo el sufrimiento humano su deber estuvo de continuo flotando sin cesar en medio de la luz y de la sombra que le acompaña, para devolver la salud y la alegría al ser que sumido en el sueño, le entregó su vida sin el menor reparo.

En 1925, a propuesta de su maestro Jeambrau, fue nombrado miembro de la Asociación francesa de Urología. En 1929 lo fue de la Asociación Española de la misma especialidad. En 1932 durante las Primeras Jornadas Médicas Canarias celebradas en Santa Cruz de Tenerife, presentó un extenso trabajo sobre "Consideraciones clínicas y operatorias en 102 casos de Litiasis reno-ureteral". En 1946 asistió al Curso Hispano-Portugués de Urología, donde presentó interesantes comunicaciones e intervino en la discusión de otras. En 1947 y a propuesta del comité español de la Sociedad Internacional de Urología, fue nombrado miembro, en la misma sesión en que lo fueron el Catedrático Alfonso de la Peña y los Profesores Cifuentes y Pugvert, nombres que junto al de otros maestros de otras provincias, forman el cuadro de honor de la Urología Nacional.

En los archivos españoles de la especialidad y en las sesiones clínicas de nuestro hospital de San Martín, celebradas con tanto éxito hace 15 años, el Dr. Ponce presentó y publicó trabajos y comunicaciones referidos a estas enfermedades. Pero no termina aquí la labor llevada a cabo durante su vida profesional, pues además de haber sabido prestigiar fervorosamente la medicina de nuestra pequeña patria, pudo llegar su fama a traspasar los horizontes de nuestra España y del extranjero. Por ello el gobierno francés le hizo objeto de dos distinciones

con motivo de su asistencia médica a los marinos de guerra, y nuestra isla en reunión celebrada al efecto por elementos intelectuales y políticos de la capital, le concedió las "Palmas de oro 1963", de esta Ciudad.

Pero José Ponce no es sólo un prestigioso médico que ha dejado señalado en el mundo la imborrable señal de su paso, sino que es hombre que ha logrado encauzar su vida hacia lo que más se quiere, cuando lo que más se quiere vive cerca de nosotros. Para él su compañera, pasión de su placer el más austero que ha sabido compartir sus penas y alegrías, le dio como tesoro, unos hijos a quienes puso el cielo, el más dulce amor y cariño de su vida. Pepe Ponce se recoge hoy en su cálido que luego, como hombre suave, poco ruidoso, risueño, con sonrisa acendrada de humanidad, voz apagada y casi susurrante, como acaba de describir nuestro Luis Doreste, deshilvana con su gracia peculiar los recuerdos de cosas y hechos vividos en esta tierra que tanto queremos.

Por todas estas cosas, nos hemos reunido en torno a su persona, amigos y admiradores, dirigidos por ese incontenible e inquieto grupo del Neotea, no sólo porque este homenaje está lleno de justicia y responde a un deseo de la ciudad, que honra a quien sabe honrarla, sino para que cuando llegue ese

día en que Dios hizo
aparecer la nieve por la altura
mostró la faz las huellas de la vida,
rastros amargos de ilusión batida
y del magno esplendor, caricatura.
Pálido el edificio en galanura,
ya su armazón se hunde carcomida
ya pupila se nubla adormecida
y es el sonido como sombra oscura.
Va encorvando su cuerpo hacia la tierra,
esa beldad en cuyo seno encierra
un tesoro de amor, loco, ferviente.
¡Terrible imán que arrebató poderoso
hasta dar ese brazo cariñoso
que con ella nos funde eternamente! (Elías García Bastos).

para cuando llegue ese día, repito, pueda decir,
Cumplí la misión que me marcó la vida
el camino a seguir y la ruta trazada,
nunca fui una sombra en la noche dormida
ni el hondo suspiro perdido en la nada.

Falleció en la mañana del cinco de Diciembre de 1979 y
una calle de la ciudad lleva su nombre.

JOSE MOLINA OROSA, MEDICO Y POETA

Nació don José Molina el 11 de Diciembre de 1883 en Arrecife de Lanzarote. A los dos años contrajo una parálisis infantil que le dejó acentuada atrofia muscular de las extremidades inferiores para el resto de su vida. En 1894 comenzó el Bachillerato y lo terminó el 9 de Junio de 1899 en el Instituto de La Laguna, al cumplir los quince años de edad.

En posesión de su título de Bachiller, el joven Molina se vio sumido en un mar de zozobras e inquietudes con iguales características a las que hemos experimentado los universitarios y técnicos superiores, una vez llegado el momento de elegir carrera.

Nadie que haya pasado por este mínimo espacio de tiempo, puede darse cuenta del significado que tiene esta decisión y nadie que haya vivido la intranquilidad de esas horas, puede percatarse de la importancia que reviste el tomar esa determinación. Figurémosnos al joven Molina resolviendo su destino, ordenando su vida y encadenándose a la fortuna, favorable o adversa, que en forma de incógnita se dibujaba en su horizonte. Imaginémoslo metido en esa maraña de dudas, por ser este episodio de la juventud vivido en los instantes en que nuestro despertar endocrinológico de la juventud no ha llegado a su madurez y los más llenos de dificultades, toda vez que desconociéndose el hombre a sí mismo, a pesar de los años vividos, mucho menos se conocerá un joven en ese tiempo brevísimo en que, sin ambages ni roedos, tiene que escoger su profesión.

Había una razón de peso que sigue ejerciendo su influencia en el pensamiento de la juventud; la de que siendo bachiller en Junio se hacía necesario estar matriculado en el mes de Septiembre, en cualquier Escuela Técnica o Universidad para comenzar los estudios superiores. Sin embargo, como esta razón con ser importante, no era lo bastante convincente para tomar una decisión de tal envergadura, se buscaron otras que

en algunas ocasiones dieron la solución. En nuestro caso no fue el amigo médico que lo sedujo, porque no lo tuvo, ni la tradición familiar, porque no la hubo, ni los consejos de sus padres que vivían en un ambiente mercantil completamente desconectado de nuestra ciencia, ni los signos externos del profesional rico y prestigioso. Molina, en mi opinión, había elegido ser médico, porque en su juventud creyó descubrir en la Medicina el misterio de un mundo desconocido en el que el dolor humano, como expresión del sufrimiento que hace despertar el amor entre los hombres, fue siempre la principal preocupación que bullía en la mente de los hombres científicos en su lucha contra la enfermedad. Sabía que la profesión elegida estaba poseída de un continuo espíritu de sacrificio al tener el médico hipotecado el tiempo por el accidente que no espera, por las horas repartidas sin su asentimiento y por su descanso a merced de los pacientes. Sabiéndolo así, Molina Orosa decidióse a emprender sus estudios, impulsado por esa voz interior que nos lleva al ejercicio de una determinada actividad y que en este caso respondía a una verdadera vocación.

Resuelto su problema marchó a Cádiz, donde a su llegada lo suponemos extasiado ante la luz del amanecer de sus días dibujando sobre un fondo azul la silueta de sus murallas, las casas blancas de su población y la altivez de su Catedral y más tarde la aurora dando forma y color a los objetos, la Sierra de Ronda a lo lejos y la extensa rada sureña a sus pies poblada de buques. Poco después el sol alumbrándola como si fuera un florón nacido entre la tierra y el mar con sus famosas murallas deteniendo el ímpetu de las aguas y su población cimentada y extendida a lo largo, con sus torres barrocas en el fondo.

Una vez en Cádiz se adaptó pronto a la vida de la capital andaluza y a la amistad de sus compañeros que poco a poco fueron conociéndole como hombre serio y cumplidor de sus obligaciones. El ambiente, la convivencia social, el trato con la gente, le fueron perfilando su carácter y formando su personalidad. En estas circunstancias, después de haber aprobado el preparatorio, adquiere un tifus que le obliga a abandonar sus estudios durante tres años por haberle dejado, como secuela, un cuadro de intensa astenia, falta total de memoria y

un temblor de extremidades superiores, que se tradujo más tarde en una dicriminación de funciones para ejercer la Cirugía con la misma competencia que lo hizo en Medicina. Repuesto al fin, se trasladó a Madrid donde cursó la carrera como alumno libre a fin de terminarla en cinco años, durante los cuales estuvo constantemente en contacto con el enfermo, sin que hubiera servicio en el hospital de San Carlos que no supiera de su andar vacilante.

Es entonces cuando se reunía por las tardes, después de su asistencia mañanera a las clases de la Facultad, con un grupo de amigos, unas veces en el café Varela situado en el callejón de la Ternera cerca de la calle de Preciados, otras en el café Pombo de la calle de Carretas y otras en el Universal ubicado en la Puerta del Sol, que fue durante mucho tiempo el refugio de los numerosos canarios residentes en Madrid. En ellos hizo amistad con Tomás Morales, nuestro gran Poeta, Bernardino Valle, nuestro prestigioso Médico, Luis Doreste Silva, nuestro gran Escritor y Cronista, Eladio Moreno, Pintor y Profesor de Dibujo en las Escuelas Normal y de Comercio de Las Palmas, que le hizo un óleo magníficamente logrado, Valle Inclán, Gómez de la Serna y Carrere entre otros intelectuales y artistas. Fruto de estas conversaciones y de las veladas literarias que celeraban en el domicilio de la célebre escritora Carmen de Burgos, conocida en el mundo cultural con el pseudónimo de Colombine, nacieron sus aficiones poéticas que más tarde truncó al tener que dedicarse por entero a su profesión.

Discípulo de Ramón y Cajal, Recasens, San Martín, Azua, Castro, Madinaveitia, Cortezo y Oloriz, entre otros, frecuentó, compaginándolo con sus obligaciones hospitalarias, un gimnasio donde logró el desarrollo muscular de sus piernas que le permitió, hasta poco antes de su muerte, valerse de ellas para subir escaleras, asistir a sus enfermos del campo y llevar a cabo sus visitas particulares y benéficas.

Una vez Médico y en su propia isla, se dio cuenta de que su profesión exigía el mayor rigor en el cumplimiento de su deber y que para ejercerla era preciso poseer una moral severa que despertara en el pueblo el respeto y prestigio que supieron imprimirle los maestros de los pasados tiempos. La mo-

ral es condición indispensable para dominar el corazón, contener el ímpetu de las pasiones y ser la depositaria de los secretos íntimos del enfermo, que tienen también, para el Médico, un corazón diáfano. Arbitro supremo en graves circunstancias, su honradez nadie puede malearla y si su fin inmediato es contribuir a remediar los sufrimientos de los demás, no puede olvidarse que el paciente además de su dolor físico acusa una reacción espiritual que a la vez influye sobre su sufrimiento. De ahí la necesidad de que el Médico posea ciencia del alma y ciencia del cuerpo íntimamente unidos, pues el hombre no sólo es cuerpo, ni espíritu, sino el ser en el que van aliadas las actividades corpóreas, psíquicas y sociales. Por lo tanto, aquellos que pretenden mecanizarla y reducirla a mera actuación orgánica, olvidan que todo factor nacido de la esperanza, es la confianza y la fe puesta en el Médico y que puede llevarla a la obtención de grandes éxitos o rotundos fracasos.

Digamos además que esta moral debe ser severa en todos sus preceptos y que debe de ser observada con toda puntualidad y constancia, pues el Médico no es sólo un confesor, sino también confidente. Confesor en cuanto tiene de carácter solemne, de lado serio y a veces trágico del ministerio; confidente, en cuanto representa el aspecto contrario de la profesión, porque requiere en ocasiones una grandeza de alma extraordinaria para ejercerla dignamente. ¡Cuántas veces el Médico como confesor y confidente, ha prestado en cientos de veces, algunas provistas de gravedad, grandes servicios al enfermo con sus pequeños consejos, sus palabras dichas en tono familiar y sus gestos y ademanes cariñosos, teniendo presente que esta resonancia puede ser recogida en todo su valor sobre todo si sabe señalar el peligro de una aventura o de evitar un hecho irreparable!.

Ya sabemos que en este sentido el Médico moderno, por las circunstancias en que se desenvuelve la vida, ha dejado de ser confesor y confidente, pues desde el momento en que fue legislado el ejercicio de la profesión y se pusieron frente a frente el Médico y el enfermo, se ha perdido, fría y desesperadamente, el dulce coloquio que ellos sostuvieron en tiempos pasados y el sentimiento de humanidad, valor eterno e impere-

cedero de la mutua relación establecida, al haberse interpuesto entre sus almas, la terrible arma de la incomprensión.

Este papel de consejero y amigo correspondió hasta hace poco tiempo, al llamado Médico de familia, al Médico que conocía en todo momento la historia fisiológica y patológica en sus distintos miembros, sin necesitar extensos interrogatorios para adivinar el secreto que se ocultaba, pues con solo haber vivido entre ellos en los momentos tristes de la vida, porque enfermedad es tristeza, conocía sin incurrir en error, el mal que le afectaba. Médico de cabecera fue siempre Molina Orosa y por ello, a la vez, confesor y confidente. Con sus muerte marchose el último de los largos años, nacido en el siglo XIX, que dio nacimiento a una serie de factores humanos considerados por los modernos como sospechosos y despreciables, en cuanto significa apego a las tradiciones y respeto a las costumbres fundadas en la experiencia.

Cuando salió de la Facultad y se instaló en Arrecife, Molina había rechazado el puesto de Médico de la Embajada española en París que le ofreció la política dirigida por el Conde de Romanones y las sugerencias que sus amigos canarios de profesión le brindaron para establecerse en Las Palmas. Nada aceptó porque sus ilusiones las tenía puestas en esta maravillosa isla. No tuvo pues que permanecer sentado en su despacho días y semanas contemplando el azul del cielo y el movimiento del péndulo, ni pasar por la desilusión de ver la sala de espera vacía como la jaula de pájaros a quienes se les abrió la puerta. Molina empezó bien pronto a recibir y visitar enfermos acudiendo a sus llamadas y compartiendo gran clientela por su ojo clínico, sus cuidados, su competencia científica y su amor a la carrera, pudiendo decir sin temor a equivocarnos, que Molina ocupó lugar destacado entre los profesionales de las islas y que no hubo enfermo grave al que prodigara sus atenciones y consejos. Pues, muy pocas casas dejó de frecuentar aquel hombre enjuto, pequeño, con su andar post-poliomielítico fue querido y respetado por todos los canarios.

Acabo de decir que fue un buen clínico, porque sin Rayos X, sin laboratorios para análisis y con solo una comunicación semanal con Las Palmas, resolvía por sí solo. los casos graves

valiéndose de sus conocimientos y de su fina intuición y sentido de la observación, para enfrentarse y resolver la apendicitis que tenía que operar, o el parto distócico que tenía que asistir y resolver. Cumplidor de su deber, acudía cuantas veces fue necesario al Hospital, o a las casas de sus enfermos, sin mirar la hora ni el tiempo que a todas estas visitas dedicaba. Tuvo fama de no cobrar muchos de sus servicios, o de cobrarlos en cantidades moderadas, y si alguna vez lo hacía, le impulsaba a ello el hecho de que tenía familia a quien alimentar, e hijos a quienes educar. Por eso llevó siempre vida modesta y no dejó a su muerte capital alguno. ¡Ejemplo maravilloso de elegido que sólo se alimentaba de satisfacciones cuando sus enfermos agradecidos le llenaban de alimentos y le colmaban de regalos en el día de su santo! Y era curioso observar que cuando aquel hombre estaba sometido al peso de la preocupación por no poder devolver la salud a quien con mirada suplicante se lo pedía, don José Molina saludaba fría y sin decir palabra alguna a cuantos amigos y conocidos encontraba en el camino.

Toda su vida sin apariencias vanas y sin sentir el artificioso murmullo arlequinesco, estuvo llena de bondad y serenidad magníficas, pues no olvidó jamás que la primera obligación del Médico es la ciencia, la primera condición, la conciencia y la primera necesidad, la paciencia. Ciencia, conciencia y paciencia, que fueron sus atributos y las armas poderosas con que contó siempre para evitar el peligro de la enfermedad y de la medicina, que está a todas luces en lo que se sabe a medias y no en lo que no se sabe, porque el verdadero diagnóstico de la enfermedad de un paciente se lleva a cabo, adivinando lo que el enfermo calla, que es, muchas veces, el silencio más lleno de verdades.

Hablo del Médico y no del político y aunque muchas veces política y medicina vivieron entremezcladas, el arte de gobernar los pueblos le dio muchos disgustos y le obligó a distanciarse de personas con las que tuvo siempre buena amistad. Sé que cuando actuó en política, sin humillar ni negar favores a sus enemigos, lo hizo poniendo en ella su entrañable amor a la isla, esta isla del viento y de los volcanes tantas veces cantada

por sus hijos y por los que sentimos devoción profunda, esta isla donde el aire atormentado mueve apresuradamente las cenizas y escorias nacidas del calor de la tierra siempre en ebullición y donde la feracidad de su extraño suelo, aprisionando en sus entrañas la humedad de la atmósfera, da sustento a su flora tan exuberante en frutos. La política, es de sobra sabido, no puede contentar a todos bajo el mismo raseró; surgen, como es natural, los insatisfechos y resentidos, los que guardan y esperan el momento propicio para satisfacer sus odios. Don José también los tuvo porque no fue un santo y si al pasar los años y llegarles su hora los pusieron en acción, el hombre de ciencia y conciencia echó la política a un lado y trató de salvar o ayudar a bien morir, sin sufrimiento alguno, a los que fueron sus enemigos por las circunstancias y otros menesteres.

Fue un romántico que hizo versos para acallar su timidez. Amigo de Tomás Morales y asistente a las reuniones literarias a que antes hice mención, contribuyó con sus composiciones poéticas a enaltecer el ambiente sentimental que se respiraba en su inolvidable casa de huéspedes, donde alternaba el estudio de la materia y sus misterios, con el bello ideal de la juventud expresado en ilusiones y pensamientos.

El enamorado, para el que cada hora que nace lleva un nuevo triunfo al amor, se complace en repetir el nombre del ser amado, paladeándolo hasta hacer de miel su boca, quizá porque el amor es un sacrificio sin condiciones, inmenso, infinito y anula todo esfuerzo que se le oponga. El amor insatisfecho por timidez o por otras causas, lleva consigo la desilusión del enamorado. Una persona romántica necesita del amor para calmar sus penas, ya que en todas ellas vibra la necesidad de ser correspondido para poder vivir.

Dicen que hay penas que matan
y alegrías que asesinan.
¿Que hay alegrías?... No sé
yo nunca tuve alegrías...
¿Que las penas matan?. No;
es una bella mentira,
¡pues si mataran las penas!

¿qué hubieran hecho las mías?
¿Que las penas matan?. No;
sólo en las penas hay vida;
¡que el que sin penas viviera,
por ellas se moriría!...
¿Que las penas matan?. No;
es una bella mentira,
¡pues si mataran las penas!
¿qué hubieran hecho las mías?.

Por el contrario, cuando el amor nace y se va adentrando en el alma, sintiendo la vida perfumada y el canto sonoro de la voz de la mujer que pasó por el camino en el momento oportuno, la tristeza se convierte en férvido deseo de felicidad que en don José se manifestó, cuando conoció a la que fue después su compañera, dando pruebas de sus aptitudes artísticas en el escenario de un teatrito de la histórica Villa de Tegui-se. Desde entonces no volvió a hablar de penas, ni de mentiras, y así escribía:

La suave caricia de tu mirar suspenso
tiene todo el encanto de ese dormido mar
que en las noches de luna, bajo el azul inmenso,
es de plata fundida su infinito cristal.
Marchaba indiferente, resignado el destino
creyendo ya pasada de mi vida la hora,
abandonado había, a un lado del camino
el estéril empeño de un alma soñadora.

Y añadía entusiasmado:

Bendito sea tu amor que devuelve mi alegría
redentora mujer, ¡mujer del alma mía!
En tus ojos serenos y en tu dulce mirar
brilla la lumbre casta que arderá en nuestro hogar.
Y cada nuevo día nos dará nuestro amor
una nueva sonrisa en tus labios en flor.

Más tarde, a medida que fue introduciéndose en su vida el amor de su compañera, exclamaba satisfecho y gozoso:

Ebrio en mis recuerdos siento,
que mi alma ya no es mía
y que se aleja en el viento,
mi vieja melancolía.

De trato amable y bondadoso, reaccionaba con desagrado ante la hipocresía y la ingratitud, sin palabras ni frases violentas, pero manifestándolo al exterior con su gesto peculiar caracterizado por una fina tremulación de su labio superior asociado a un ligero movimiento de prognatismo de su mandíbula inferior. Esta timidez de su carácter no le impidió ser severo en sus órdenes, pues conocedor de sus deberes que todos los cumplieran, sin excusa alguna, aunque trataba con respeto a sus subordinados.

Feliz y dichoso en su hogar, con su admirable compañera y sus hijos buenos y dignos de sus progenitores, don José fue en él, y frente a sus hijos, un introvertido, sobre todo en las horas de la mesa, hechas, como sabemos, para que las almas se confundan en el pan de cada día ganado con el sudor de la frente, y para que los sentimientos se exalten y arraiguen en esa íntima satisfacción que Dios nos depara. Don José, por sus constantes preocupaciones con los enfermos y por su acción y efecto de contemplar su alma abstrayéndose de los sentidos, callaba y sus hijos hacían lo mismo, sumidos en el respeto y cariño que siempre le tuvieron. Por el contrario, cuando su estado de ánimo gozaba de tranquilidad y les hablaba respondiendo a esos momentos de serenidad del alma, sus hijos quedaban extasiados oyéndole y mirándole.

Culto en extremo, fue un ferviente admirador del gran español don Miguel de Unamuno, cuyos pensamientos hicieron huella destacada en su vida, de Antonio Machado, cuyas poesías recitaba a solas y en reuniones de amigos, de Gregorio Marañón su condiscípulo, de quien aprendió a ser humanista y de Tomás Morales a quien profesó afecto y devoción nacidos cuando fueron compañeros en los inolvidables años de la Facultad y aumentados con el peso de los años y la lectura de sus estrofas maravillosas, que callaron cuando cerró los ojos en plena juventud.

Fue don José un hombre modesto, excesivamente modesto. Su propia estimación le impedía aceptar cualquier homenaje que ofendiera su honestidad y su decencia. Recuérdese, en confirmación de lo dicho, el día en que por acuerdo del Ayuntamiento de esta Capital se descubrió la lápida que impuso su nombre a una de las calles de la Ciudad; don José y su familia marcharon al campo evitando el trance de poner a prueba su recato y humildad. Otra vez, fue el día en que el Cabildo Insular de Lanzarote le impuso la Medalla de Trabajo en su categoría de Plata y la Encomienda de la Orden Civil de Sanidad en el Hospital Insular, sitio que él consideraba el más apropiado para que el acto tuviera carácter de intimidad.

El Hospital de Nuestra Señora de los Dolores, fue su hijo espiritual. Fundado en los primeros años del presente siglo y construido por suscripción popular bajo la iniciativa del párroco don Manuel Miranda Naranjo, fue su primer Médico Director hasta el año 1916, don Francisco Hernández Arata. Al vacar el puesto, fue nombrado para sustituirle, nuestro don José, por estar trabajando en el mismo, como Médico honorario, desde que terminó la carrera. En el año 1931 el Cabildo adquirió un solar colindante con dicho Hospital para proceder a su ampliación, dado que el local donde venía funcionando era pequeño para atender a las necesidades de la Beneficencia Insular. A fines de 1932, se terminaron las obras y entró inmediatamente en servicio como centro benéfico, quedando el primitivo destinado a Casa de Asilo de Ancianos. En este nuevo local continuó funcionando hasta el año 1950, fecha en que fue inaugurado el que hoy existe, gracias a las aportaciones del Cabildo Insular, Mando Económico del Archipiélago, Junta Nacional del Paro Obrero, Dirección General de Sanidad y Dirección General de Regiones Desvatasadas. Toda la vida de don José estuvo unida a la del Establecimiento benéfico, pues desde que se edificó hasta que, ya viejecito, avanzaba silenciosamente por los pasillos, fue dejando la huella de sus titubeantes pasos en un todo acordes con el constante golpear de su inseparable bastón, acompañado de los Médicos, alumnos y hermanas de la Caridad, para visitar a sus enfermos y prodigarles toda clase de consejos magistrales.

En él dejó lo mejor de su vida en holocausto de la Medicina y del doliente. Una calle de la Ciudad lleva su nombre y una de las salas del Hospital, que tanto quiso, lo consigna como reconocimiento a su labor perenne y abnegada. Su recuerdo perdurará para lección de los que aún creemos que la vida hecha inquietud y sacrificio al servicio del bien común, es la única digna de ser aureolada y perpetuada en memoria de la historia. hombre inteligente, humano y bondadoso, ha dejado una huella imperecedera de reconocimiento y respeto, ya que fueron tan grandes las virtudes que adornaron su recia personalidad, que todas ellas encontraron albergue en su noble corazón, sin que ninguna de ellas desplazara a las demás.

MANUEL PARADOS FARINOS, MEDICO ANALISTA

Sólo un derecho que dan los años y una vieja amistad mantenida sin una nube en el horizonte, me alienta y me anima para ser el portavoz de amigos, compañeros y de ese admirable grupo del Neotea, en el homenaje que a nuestro Manuel Paradas Farinós ofrendamos en el día de hoy.

Se ha dicho muchas veces, que todo homenaje llevado a cabo en quien ha hecho méritos para ello, tiene una profunda razón de ser si en el fondo del mismo vibra un sentimiento de gratitud, de admiración o de aprobación a una labor que no todos han podido realizar. Se ha dicho también, que suelen celebrarse estos actos en los momentos que nos dicen oficiosa y oficialmente que ha llegado la hora de interrumpir la obra silenciosa y abnegada que se estuvo realizando con lo mejor de nuestro trabajo e inteligencia, pero lo que no se ha dicho aún es que no se puede condenar al silencio de las cosas, cuando más falta hace la voz cariñosa de los hombres, al que luchó siempre para demostrar que las cosas también tienen su voz.

Este es el motivo, por lo tanto, que nos congrega, amigos todos, para ofrecer a Manolo Paradas el cariñoso afecto a que se ha hecho acreedor por su obra sanitaria y cultural en beneficio de esta tierra nuestra, que es un verde y esperanzado mesón, donde nos consolamos mirando el paisaje con sus colinas suaves, sus rincones boscosos, la áspera grandeza de la llanura o el espectáculo imponente del mar que nos adormece de continuo en el silencio de la noche, después de habernos brindado en cada hora un motivo distinto.

Nacido en Ronda, provincia de Málaga, de padre andaluz y madre canaria, vio la luz del mundo el 20 de octubre de 1895. Llegado a Las Palmas cuando tenía 5 años trasladose poco después a La Orotava, donde su progenitor había emprendido negocios agrícolas. El hogar acomodado y feliz, pues contaba con los medios económicos necesarios para proporcionarle esme-

rada educación, se vio un día en los bordes de la ruina al sufrir las consecuencias de un crac que tuvo que afrontar con su fortuna.

Cuando esto sucedía, iba transcurriendo el año 1911 y cumplía Paradas 16 años. No es necesario decir que su familia pasó de la noche a la mañana por el triste cambio de un desahogado bienestar, a un estado de intensa penuria que fue necesario combatir buscando en el trabajo los recursos suficientes para ayudar a su casa y seguir estudiando el bachillerato que había comenzado años antes. A tal fin trasladose a Santa Cruz de Tenerife donde residió y logró emplearse en un establecimiento de venta de material eléctrico, hasta que fueron llamados por sus familiares de Las Palmas en el año 1912.

Una vez en esta ciudad, en su decisión de no admitir dádivas de sus allegados, comenzó a dar clases de primeras letras a niños y obreros en una escuela que él mismo carpinteó, situada en la calle de Montesdeoca y a explicar las asignaturas del bachillerato que tenía aprobadas, a los que querían seguir estos estudios. Aquéllos le abonaban 2 pesetas al mes, y éstos 12.

En estas circunstancias no dudó en matricularse en el Colegio de la Soledad para cursar el 6.º año, último que le quedaba, y no es para descrita su sorpresa cuando se vio requerido por aquel venerable sacerdote de agradable recuerdo, llamado don Santiago Sánchez Yáñez, para que se hiciera cargo de las asignaturas de Física y Química durante el tiempo que encontrara otro profesor, ya que había enfermado su titular don Isidoro Padrón. Y hemos de figurarnos el gesto, la presencia y la seriedad de Paradas ante sus compañeros y amigos que desde aquel momento pasaban a la categoría de discípulos y habrían de guardarle el respeto consiguiente.

En mayo de 1913 hace la Reválida con notas de Sobresaliente en ambos ejercicios después de haber obtenido matrículas de honor en las asignaturas correspondientes a dicho curso, lo cual no fue obstáculo para seguir dando sus clases a los muchachos y obreros que tan cariñosa y respetuosamente le había ayudado a ir saliendo de aquel mundo que nunca llegó a imaginar. En este suceder de los días, estalla la epidemia de peste bubónica en Las Palmas, el 14 de agosto de ese año, y es

nombrada, desde Madrid, una comisión constituida por los doctores Tello, Falcó y García Ibáñez que a la sazón desempeñaba la plaza de Médico de Sanidad del Puerto de Santa Cruz de La Palma, para estudiar y resolver este problema de contagio que tenía en vilo a la ciudad y a la isla. Paradas fue nombrado auxiliar de la misma con el jornal de 3 pesetas diarias, que le fueron abonadas, sucesivamente, por el Tesorero de la campaña contra esta enfermedad, por no existir consignación presupuestaria en el Ayuntamiento, más tarde con cargo al capítulo de Calamidades Públicas y posteriormente en la nómina de Barrrenderos, aunque sin desempeñar, claro es, esta función. Poco después fue nombrado mozo del Laboratorio Municipal a las órdenes de su director don Andrés Navarro Torrens y Ayudante del Doctor García Ibáñez, ambos de grata memoria por cuanto hicieron en favor de la Sanidad Insular, con el referido jornal de 3 pesetas, viéndose obligado, por lo tanto, a continuar dando sus clases por las noches, ya que las horas del día no le daban tiempo para otra cosa.

A pesar de ello, Manolo Paradas dominado por el deseo de sus padres y por el suyo propio de poseer un título académico superior, e impulsado por esa facultad del alma llamada voluntad, estudia el primer curso de Filosofía y Letras que aprueba con buenas notas, aprovechando la ocasión que se le presentaba con la reciente creación de dicha Facultad en la Universidad de La Laguna. Para ello tuvo que robarle muchas horas al sueño, ya que las suyas del día tenía que dedicarlas a preparar medios de cultivo, esterilizaciones, autopsias de ratas, análisis de alimentos, cultivos bacterianos, inoculaciones a animales de experimentación y todo ese papeleo burocrático que tanto tiempo quita a nuestra vida.

Es entonces cuando conocí a nuestro homenajeador. Recuerdo perfectamente que en mis vacaciones del año 1914 cursando el tercer año de la carrera, visité una tarde el Laboratorio Municipal situado en el Potrero y con fachada a la Marina. Estaba ocupado en colocar frascos, preparar reactivos, lavar pipetas, y tubos de ensayo, en medio de aquella gama que fueron sus eternos amigos y a los cuales debe el prestigio que alcanzó en la ciudad. Al encontrarme con aquel muchacho todo

un hombre serio, digno, responsable de sus actos, al que admiraba desde largo tiempo porque conocía su historia y sus merecimientos, entablé la amistad que nunca perdimos, porque en ella pusimos sinceridad y afecto y en su camino nos hemos encontrado muchas veces pensando de la misma manera. Pero, en fin, no soñemos con los recuerdos y sigamos hablando de este hombre, que por haber llegado a los 70 años ha tenido que dejar sus cargos oficiales.

No parecía lógico ni mucho menos justificado, que el Doctor Paradas dotado de exquisita sensibilidad hecha en el silencio del laboratorio donde el rumor de sedas vibra en cada momento como un eco, y donde los suspiros de las personas enfermas rasgan la tenuidad del ambiente, cortara su diálogo con los matraces y retortas, para continuar estudiando la carrera de Filosofía y Letras.

Surge entonces, y como era de esperar, el consejo familiar y decide abandonar éstos y emprender los de Medicina, en matrícula libre y sin profesorado porque sus medios económicos se lo impedían. Continuó por tanto, dando clases de bachillerato que ahora amplía a los de preparatorio de Ciencias y de Marina, teniendo hoy el orgullo de que algunos de los profesionales que hoy cargan canas pasaron por sus aulas llenos de fe y entusiasmo. De esta manera y con las 150 pesetas que el Ayuntamiento le abonaba por estar incluido en nómina como funcionario municipal, sufraga los gastos de estudios, libros, matrículas y el sostén de su casa. Hace dos viajes al año para aprovechar las convocatorias de Junio y Septiembre, pagando 55 pesetas por el pasaje y tres por día de estancia en Cádiz, en una modesta casa de huéspedes y termina su carrera en cinco años después de haber obtenido notas altas en sus asignaturas. A este propósito conviene recordar que asistió para preparar las clínicas médicas y quirúrgicas, al prestigioso Hospital de San Martín, a las órdenes de aquellos dos profesores, honra de la medicina canaria, que tanto influjo ejercieron sobre su vida, y que se llamaron don Luis Millares Cubas y don Ventura Ramírez Doreste. El primero, mostrando en su cara el contento de verse entre sus pacientes a los cuales prodigaba palabras de consuelo, mientras estrechaba sus manos con la

misma emoción que tocaba su violonchelo o cogía entre sus dedos el bisturí para desprender de las entrañas del doliente el mal que les corroía y destrozaba; el segundo, todo bondad y simpatía fumando su cigarro, porque nunca dejó de fumar, derramando su gracia natural sobre el auditorio que le formábamos compañeros y discípulos, oyéndole sus comentarios justos y verdaderos mientras nos alentaba a perseverar, sin cansancio, en el estudio.

Licenciado en Medicina y Cirugía en 1920, título que le regaló el Ayuntamiento, doctorose el año siguiente en Madrid, después de haber visto pasar su juventud, sin juventud, entre privaciones, estudios, clases y sinsabores. Pero triunfó y éste fue su mayor orgullo. Llegó a la meta de sus aspiraciones y esta fue su mayor satisfacción, salvó la penuria de su hogar y esta fue su mayor alegría. Sirva de ejemplo su vida honorable a los que teniéndolo todo, no han sabido aprovechar ni conseguir lo que es capaz de hacer una voluntad indomable y una clara inteligencia.

En posesión de su título de doctor, con las enseñanzas que recogió del Doctor García Ibáñez y las que aprendió en los mejores libros de aquella época sobre bacteriología, análisis generales y de alimentos, abrió su laboratorio al público cuando esta rama de la investigación se manifestaba pujante en la Península contribuyendo en gran escala al diagnóstico y tratamiento de las enfermedades. Puedo decir, sin temor a exageraciones, que fueron muchas las casas de la ciudad donde entró el Doctor Paradas para hacer extracciones de sangre, líquido cefaloaquídeo, jugo gástrico y otros productos humanos.

Una incidencia entre el Ayuntamiento de Las Palmas y el Doctor García Ibáñez elevó al Doctor Paradas a la Jefatura de Bacteriología del Laboratorio Municipal con el sueldo de 3.500 pesetas anuales. En él creó el servicio antirrábico que tan gran papel desempeñó en los mordidos por animales rabiosos, evitándoles sus viajes y estancias en la capital española. Y por si esto fuera poco, el Hospital Militar le nombró para el cargo de Médico Analista de su laboratorio, puesto que desempeñó durante los años 1920 a 1936.

Por toda su labor sanitaria y científica fue condecorado con la Cruz de Epidemias y con la Encomienda con Placa de la Orden Civil de Sanidad.

He aquí referidas en unas cuartillas, parte de lo que hizo Paradas durante los años recorridos hasta su jubilación y que no amplió, por no cansaros. Hombre modesto, afable, comprensivo y de un mérito extraordinario, ha sabido modelar su figura prestigiosa para enseñanza de los que nos sigan. De ahí el motivo de este homenaje que cada uno de antemano le ha otorgado con el aplauso tácito, la callada admiración y la consideración que ha merecido su obra. Con ella no sólo ha honrado su carrera con competencia, honorabilidad y caridad, sino que la ha adornado con su producción literaria escrita ante la luz de la lámpara amiga, en tanto los días se sucedían como las cuentas de un rosario en un atardecido sin mañana, y con ellos la estufa o el matraz descifrando el misterio de una vida que se resiste a morir.

Y de esta manera junto a su santa compañera y al cariño de sus hijos y nietos, Manuel Paradas ha de seguir siendo el hombre dotado de esa personalidad que no claudicó ante la incompreensión de los demás y que ha de continuar viviendo su historia, sin aislarse del mundo exterior, pues no olvidemos que estamos obligados a hacer cuanto nos sea posible, para no dejarnos dominar por ese complejo de inferioridad, que como losa de plomo, va gravitando sobre algunos organismos hasta hacerles doblar el cuerpo señalándoles el centro de la tierra, sitio donde las raíces no darán más fruto.

DON RAFAEL GONZALEZ Y NOSOTROS

Rafael González Hernández, nació en Arrecife de Lanzarote el 22 de octubre de 1866. Bachiller por el Colegio de San Agustín y el Instituto de La Laguna se doctoró en Medicina y Cirugía en la Facultad de Montpellier el 21 de febrero de 1892, con la tesis "Diabetes broncée" revalidándose al año siguiente en Madrid. Por esta tesis obtuvo el premio de la ciudad de Montpellier, y por su mejor escolaridad el premio Biussion al año siguiente.

Galaronado con el Diploma Oficial de la Academia de París en 1913, fue nombrado caballero de la Legión de Honor en 1914 y oficial de la misma en 14 de abril de 1931. Colaboró en importantes tratados de Medicina como fueron Lecciones Clínicas de Enfermedades de los niños que dirigió el profesor Beaumé y Lecciones de Clínica Médica que dirigió el profesor Gasset, del cual fue alumno externo e interno por oposición.

Obtuvo además Las Palmas Académica y Pública y Oficial de la Orden del Mérito Marítimo en 1934.

Al rechazar un homenaje popular que trató de celebrarse en su honor, el año 1932, se llevó a cabo una suscripción pública que tuvo por finalidad la creación de una beca destinada a costear los estudios superiores a los bachilleres canarios pobres. Esta beca llamada "Rafael González" la administra el Colegio Oficial de Médicos de Las Palmas y se cubre mediante oposición.

Médico honorario del Hospital Inglés de esta ciudad, fue también médico higienista en octubre de 1897.

Gozó de gran prestigio en la isla por sus aciertos clínicos, y fue el primer Presidente del Colegio Oficial de Médicos de Las Palmas creado en 1924, del que ocupó más tarde la Presidencia de Honor. Con este nombramiento fue en:

—Una tarde, vehículo de las cosas que nos envuelven y que se adentran en el alma, dejabámosla expansionarse, porque obedecía al recuerdo de tantas estimulaciones que nos vienen desde fuera. Esa tarde, como otras, unos cuantos compañeros de buena voluntad nos citábamos en el local del Colegio de Médicos para regir los destinos de la insuperada clase. Una mesa de madera de riga, unas sillas dispuestas a su alrededor y unas cuantas piezas de escritorio, constituían el ajuar de aquella habitación, donde Don Rafael, nuestro hermano mayor, saboreaba su pequeño puro con todo encantamiento, en tanto nosotros, buenos hermanos, le estimulábamos chupando de los nuestros, para lograr acabarlos antes.

Y como siempre, filosofamos, porque el médico es el mayor filósofo de la vida. Acaso ¿no queda para siempre en nosotros, prendido en el cuerpo y en el alma, algo de lo que nos penetró durante los primeros años de la existencia? ¿No perdura metida en nuestro interior la esencia misma de las cosas? Aquella tarde, como otras, de inspiración llenas, referíamos hechos de nuestra vida, con la misma fruición del momento mismo en que ellos se sucedieron, y el viejo compañero, poniendo en sus ojos el calor de la palabra, nos contaba amorosamente sus estampas profesionales. Referiéndola, rejuvenecía.

Nadie podrá ser feliz, comentábamos sin el valor, el denuedo y la energía para soportar los males de la existencia. El valor, dice Austregesilo, es bien, porque disipa en nosotros la inquietud; el miedo es mal, porque anticipa los sufrimientos. Nuestro presidente que supo con valor, en sus años mozos, sustituir la carencia de medios terapéuticos por otros más toscos pero más prácticos, nunca se abatió ante el dolor físico de los demás, porque no supo ser cobarde ante la muerte. Impregnado su cuerpo y su alma por los principios inmutables de la moral superior, conoció el camino del deber y tuvo fuerzas suficientes para continuar por él.

Hoy está viejo su cuerpo, pero no su alma y así le vemos asistir a todas las manifestaciones culturales, de nuestra capital con el mismo entusiasmo que lo hacen los preferidos. La mejor manera de considerar la felicidad es la de enfrentarla con las aspiraciones determinadas de la vida y como no podemos vivir

sin los intereses del enamorado. ¡Cuántas veces hemos visto caer por sus mejillas a raudales, sus lágrimas cuando el amor, la música u otro divino arte, le hacían enmudecer la voz y le ahogaba el nudo en su garganta, al no tener valor para expresarse! Más vale un alma con inquietudes, que un cuerpo sin dolor.

Pero en mi fuero interno, tiene este hombre que sigue filosofando con nosotros, una cualidad de que no todos pueden estar satisfechos. Conoce su arte y lo ejerce con honradez y prudencia. Es ante todo, médico. ¡Qué difícil parece ser, para algunos este idealismo! ¡Qué fácil debiera ser para todos! ¡La enseñanza de la ética capacita al médico para la vida en común, inteligente y eficaz y le conduce a su propio bien y al de toda la sociedad.

Y así de esta manera, hemos pasado una hora prodigando nuestra vida, sin percatarnos de que hemos ido consumiendo nuestro tesoro. Durante ella hemos aprendido gestos y hemos desbordado nuestras ilusiones, llenando nuestro corazón de santa alegría y así como por ley biológica nos continuamos en nuestros hijos, expandiendo nuestro vivir en todo lo que vive fuera de nosotros, como escribió el malogrado Novoa Santos, estos ratos de confesión mutua, en torno al hermano mayor, son como los ríos que nos llevan al mar. Miramos el agua que corre, que encanta y que es deseada con ardor y sus lamentos, son recuerdos que quedan en nuestra alma, como hijos de nuestra carne y de nuestro espíritu.

Un silencio de atisbos de compenetración ha dado fin a nuestra charla y con él la junta ha terminado su labor. Vuelve el cuerpo al cuerpo y hemos dejado de ser filósofos para proseguir en la lucha contra el dolor. Solo allí, en aquella habitación, con su mesa de riga, las sillas dispuestas a su alrededor y unas cuantas piezas de escritorio dormidas sobre ella, queda el alma de los concurrentes, presidida por la de Don Rafael, que aún está pletórico de inquietudes juveniles.

Falleció el 11 de enero de 1941 y una calle de la ciudad lleva su nombre.

HOMENAJE A SILVESTRE BELLO

Sólo por ser Director del Hospital de San Martín, centro hospitalario donde Silvestre Bello ha dejado lo mejor de su vida, me corresponde el gratísimo deber de ofrecer el cariñoso homenaje que en nombre de todos estamos celebrando hoy. Y para mi este honor que la ocasión me depara, se yergue en mi ánimo sin fuerza de orgullo. Sois vosotros, queridos compañeros del hospital, los culpables de que pueda amargaros este buen rato pasado, al haberme honrado con vuestra confianza, porque estas palabras no brotan del bajo fondo de la mezquina vanidad humana, sino de una legítima elevación a mayor auge, de la estimación que profesamos al compañero homenajeado que en circunstancias como esta, nos merecemos respeto, por lo que el alma ennoblece. Y son estos momentos solemnes en que estoy obligado a representaros, los que me hacen la ilusión de creer que yo soy vosotros mismos y que hablo en vuestro nombre, como si de antemano todos hubierais nutrido con vuestro pensamiento el mío; así es que me expreso al dictado de vuestra palabra interior que para celebrar los setenta años de existencia del Dr. Bello, tendidos a lo largo en la historia de la medicina canaria, contemplamos desde aquí, con la íntima satisfacción del que llega a buen puerto.

Repasar una vida no es seguirla paso a paso, porque no mide el tiempo la vida, sino su empleo. No es esta pues la ocasión de hacer un estudio biográfico de Silvestre Bello, porque aún nos vive para consuelo de muchos y porque aún su vida puede sentir la gracia transparente, armónica y útil de esas grandes piedras que arqueadas, forman el románico acueducto donde ellas dejan espacio para la contemplación de otros horizontes. Y así vemos que en su vida entregada a su vocación, a su familia y a sus amistades, hubo luz, sana alegría, dolores y también amarguras. Una vida completa que él anda serenamente poniendo comprensión y bondad en los dolores y amarguras de

los demás, pues si los médicos en general nos creemos muy muchos en el conocimiento de las lacras humanas, lo somos mucho más los médicos de los servicios hospitalarios, ya que el nosocomio es libro abierto donde a diario escribe la desgracia con borrones ensanchados por lágrimas, toda la amargura de la pobreza y toda la podredumbre del bajo fondo social donde es más desgarrador el sufrimiento y frecuentemente irreparable el mal. Ya estos enfermos prodigó Silvestre a manos llenas, cuidados y afectos, inmejorable asistencia médica y humanos consuelos henchidos de ternura y piedad, pues en Medicina hay algo que vale tanto y parece más útil que la misma ciencia; la bondad, acaso porque el bien es hermano predilecto de la comprensión.

Bello es uno de los pocos médicos que nos quedan de la solera antigua, de aquellos médicos que no polarizaron sus actividades hacia un minúsculo campo de investigación o del ejercicio profesional; de aquellos médicos que se titulan especialistas sin querer llamarse especializados, y que olvidan, por consiguiente, el cultivo de todas las facetas de su personalidad, prefiriendo ser plantas de estufa antes que las silvestres que crecen al sol del buen Dios, frente al viento de todas las pasiones y de todas las contrariedades. ¡Ultimos ejemplares de aquellos médicos de familia que merecieron más respeto en la tierra que el que hoy se tiene del médico actual, porque lo mismo se desenvolvía en el terreno de la medicina que en el de la cirugía!

Y si me permitís hacer algunas disquisiciones de aquellos médicos que juzgaban y juzgan el caso como médicos, a pesar de que en aquellos tiempos como en los actuales, no obstante los adelantos conseguidos, la medicina interna sufría y sufre una impotencia relativa con respecto a la cirugía, pues confiado y seguro el bisturí dibuja en carnes sangrientas, se hace atrevido, rasga y descubre el vientre en el que hace años una simple abertura daba franco paso al otro mundo, registra, revuelve y separa entrañas, maneja el peritoneo con desenfadada desenvoltura, extirpa trozos de pulmón, rebana lonjas de cerebro, como si quisiera hacer ver que el alma tiene en él sobrado espacio para habitar y demostrar que la Providencia fue con el

hombre tan previsora y generosamente pródiga, que ya no quiso dar órganos de recambio para que los que nos pertenecen se amolden a las nuevas exigencias de la Vida. Todo ello muy hermoso, gigantesco, ante cuya obra tenemos que rendirnos los que no supimos gozar de esas emociones, pero yo creo firmemente que pasado algún tiempo, quizás muchos años, la Medicina Interna hallará medios de evitar las lesiones irreparables que exigen ahora necesariamente el cuchillo.

Esto que acabo de decir y dicho así de prisa, puesto que no es este el momento de filosofar, no basta para conformar a los que piensan de esta o de aquella manera. Si queremos recordar que cuando comenzamos a ejercer la profesión los que ya viejos compartimos fraternalmente el ágape de hoy, nos enseñaron a practicarla tanto o más con el corazón que con la cabeza, pues al poner en el enfermo nuestra compasión, responde él inmediatamente, poniendo en nosotros su fe y sus esperanzas, a tal punto que esta fe, esta confianza, muchas veces no radica exclusivamente en los conocimientos científicos que podemos poseer, sino en la afabilidad, nobleza, generosidad, finura del espíritu y tolerancia para las debilidades y flaquezas del prójimo, dotes y condiciones que no se aprenden en los libros de texto, pero que se nos pegan al alma, a nuestro paso por los hospitales, clínicas y consultorios, que son, sin duda alguna, las mejores escuelas en las que puede aprenderse el ejercicio de la compasión y de la caridad.

Y esto es lo que llevamos ganado los que han llegado a la edad de la jubilación oficial y los que ansiamos poder llegar a ella para vivir más, aprender más y juzgar mejor, aunque los desengaños nos atormenten. El hombre de edad deja en cada palabra que pronuncia, pedazos de su alma y tiembla el espíritu de cada frase al vientecillo amable de la generosidad fruto de los años vividos, que hace de cada viejo una cantera admirable de enseñanzas para una juventud que por serla, tiende al alcañamiento. No se entristezca pues con este motivo el corazón, porque cuando se ha pasado por la vida señalando el buen camino, liberándole de obstáculos y dificultades y dejando en él las huellas que han de servir de guía a los que vengan detrás, se tiene bien ganado el derecho al descanso, ya que como dijo el

clásico francés "la perfecta alegría llega con el atardecer para el que supo emplear con fruto la jornada".

Y nada más amigos y compañeros. Y tu, Silvestre, nuestro hermano mayor has de saber, que en esta hora melancólica de la despedida oficial, puedes tener la íntima satisfacción de que sales por la puerta grande del hospital, con el afecto de todos, puertas que permanecerán abiertas a tu ciencia y a tus enseñanzas, ya que todos tenemos el deber de salvar los cuerpos y de ganar las almas. Constantemente nos lo advierte aquella máxima que grabada en las paredes del centro, vestigio solariego de la caridad humana, termina diciendo

aquel que se salva, sabe
y el que no, no sabe nada.

Y esto es a lo que nos obliga la vida, pues salvando, demostramos al mundo lo que sabemos.

Al cumplir hoy el doctor Bello Rodríguez sus noventa años, en nuestra historia médica (a excepción del venerable don Domingo José Navarro) nadie, dentro de la clase, ha llegado a oír tantas campanadas sonoras, metálicas, limpias y puras, como las que hoy coronan la cabeza del compañero nonagenario. Y como sólo él ha podido tener la dicha de recoger las sensaciones que tal edad producen, dejémosle disfrutar con ellas porque no mide el tiempo la vida, sino su empleo.

No es este el momento, pues de hacer su estudio biográfico, ni cuanto se refiere a su historia, ya que nos vive para orgullo de la ciudad y porque aún sabe y puede sentir la gracia transparente, armónica y útil de esas grandes piedras que, arqueadas, forman el románico acueducto donde ellas dejan espacio para la contemplación de otros horizontes. De ahí que estas palabras escritas bajo la emoción de ver y observar cómo se llega a tan ansiada edad no debemos dejar pasar desapercibida esa fecha, pues (sin más obstáculos que los que se derivan de la propia existencia) sean su manifestación de que no brotan del bajo fondo de la mezquina envidia humana, sino de la legítima y elevada estimación que muchos le profesamos.

El doctor Bello Rodríguez entregado desde la juventud a su

familia, a su vocación y a la amistad, gozó en su hogar de sana alegría mientras le vivieron su santa compañera y el hijo que perdió lejos de la tierra. Lleno hoy de tristezas y amargura, ha sabido andar serenamente poniendo bondad y comprensión en aquél, porque cansado de conocer las lacras de nuestros hermanos en ese libro abierto de la Medicina donde se escribe a diario las desgracias de los demás con borrones ensanchados por las lágrimas, miró para sus adentros con comprensión, ternura y consuelo, ya que en nuestra carrera hay algo más que vale tanto y merece más útil que la misma ciencia: la bondad, acaso porque el bien es hermano predilecto de la comprensión.

Y si es verdad que Silvestre Bello retirado desde hace algún tiempo del ejercicio de la profesión, vive en su intimidad descifrando el enigma de cada día, también es cierto que sigue siendo el médico más antiguo de aquella solera de médicos que no polarizaron sus actividades hacia un minúsculo campo de la investigación o del ejercicio profesional, de aquellos médicos llamados de familia que merecieron más respeto que el que hoy se tiene, de aquellos galenos, en suma que la practicaron con el corazón más que con el cerebro, despertando la fe y la esperanza en cuantos luchaban por poseerlas. Por ello, el doctor Bello ha sabido y podido llegar a ella; después de haber dejado en cada palabra pronunciada, pedazos de su alma y de haber hecho temblar el espíritu de cada frase al vientecillo amable de la generosidad.

No cabe, pues, Dr. Bello, dejar entristecer el corazón por haber llegado a esta respetable edad, pues cuando se ha pasado por esa larga vida que sólo Dios da, señalando el camino que hemos de librar de obstáculos y dificultades, se tiene bien ganado el derecho al respeto y al cariño de los demás, ya que la perfecta alegría llega con el atardecer si se supo emplear con fruto la jornada. ¡Vivir y vivir cuanta vida te de Dios, aunque el hogar esté vacío, porque tienes el consuelo de saber que si en los años vividos salvaste muchos cuerpos y ganaste muchas almas, hoy en que sientes tu cabeza coronada por el peso de los años, ellos oirán gozosas desde lo desconocido, el sonar de las noventa campanadas sonoras, limpias y puras, que pregonan a todo viento tu venerable ancianidad!

MANUEL GONZALEZ ROCA, OTRO MAS EN EL DESFILE INACABABLE

Cuando aún no tenía cumplidos los 72 años y se recreaba en la obra de su vida, Manuel González Roca, emprendió, por primera y última vez, el camino de lo desconocido, después de haber consagrado lo mejor de su existencia al servicio de la humanidad. Padre de una generación de médicos que amorosa y admirativamente le ayudaron a solventar los innumerables problemas diagnósticos y terapéuticos presentados en las salas de su despacho, dea un vacío que sólo el tiempo podrá olvidar.

Canario por antonomasia, una vez terminados sus estudios de Bachillerato en los Colegios La Salle de Arucas y Nuestra Señora de la Soledad de Las Palmas, marchó a Montpellier atraído por la influencia cultural que ejercía su Facultad de Medicina sobre las demás del Mediterráneo, en aquellos tiempos en que los descubrimientos sensoriales transformaron la Medicina con inteligencia y serenidad de juicio puestos al servicio de la Verdad y de la Ciencia. Allí llevó a cabo los estudios necesarios para especializarse en Electrología y Radiología bajo la dirección de los Profesores Pech y Lamarque, Catedráticos a la sazón de Física y Radiología de la referida Facultad.

Una vez en posesión del título instaló su Gabinete en la calle de Triana de esta ciudad, al que prestigió dedicándole los mejores momentos de su vida en medio de las vibraciones eléctricas y el trepidar de los motores que daban al ambiente, en algunos instantes, sensación de sinfonía dantesca, enmudecido ahora por la ausencia definitiva del que se fue para no volver. En él prodigó con su honradez científica y cariño ilimitado a los numerosos enfermos que desfilaron en busca de alivio o curación a sus males, consolando al incurable, alentando la esperanza de los que podían ser recuperados y dando gritos de victoria a los que logró arrancar de la muerte, con la bondad de su carácter y la nobleza de su alma hecha sonrisa.

Enamorado de Guía, su tierra pequeña, de los deportes típicamente canarios y de esta isla a la que tanto quiso, Manuel González encerraba en el archivo de su memoria, cuentos y anécdotas de sabor isleño que daba a conocer con tono patriarcal y dicción clara y preciosa. Con él pasé muchos ratos recordando cosas pasadas y deleitando nuestra atención con la historia de nuestros famosos personajes, de una manera serena y gozosa. En suma y este es el resumen de su paso por el mundo; vivió para los suyos y para su trabajo, porque sólo conoció el amor de su profesión y el de su familia. Por ellos murió serenamente y por ellos tuvo siempre bondad y carácter y nobleza de alma hecha sonrisa.

Se ha dicho muchas veces que la muerte es la cesación de la vida bajo el punto de vista anatómico-fisiológico, y que no lo es en cuanto se refiere a las huellas que cada uno de los vivos ha trazado en los caminos que se extienden entre esos dos extremos, desde que vieron la luz del mundo. Por consiguiente hay una relación directa y proporcionada entre el hombre o mujer que los han surcado y el hombre que ha llegado a la posteridad ganado en buena lid por su inteligencia u otra de las facultades del alma, o por la obra que ha dejado funcionando al cerrar los ojos, después de haber puesto los medios para verla crecer y prosperar.

Por ello, todas las personas que han venido a la tierra para sembrar semilla, plantar árboles y tener hijos, bien espiritual o corporalmente, están obligados a trazar en sus historias, la ruta que ha de servir de guía a los que directa o indirectamente han de servir de colaboradores en la empresa que el destino les marcó. ¡Pobre de aquel que adviene al mundo sin miras ni aspiraciones, limitándose a seguir por el sendero señalado, sin haber sentido las más diversas sensaciones que la existencia depara! Piénsese, por lo tanto, que en estos casos el polvo levantado al cruzarlo es tan ligero y deleznable, que basta una ráfaga de viento para llevárselo sin dejar vestigios de pervivencia.

De ahí que en nuestros momentos de expansión espiritual nos deleitemos gozando con el recuerdo de los que fueron y pasaron al otro mundo, porque junto a sus biografías hacemos desfilar por la mente, la película de unos años vividos junto a los

más altos sentimientos de amistad. Y así hoy, en que se cumple un año de la desaparición definitiva de Manuel González Roca y una fecha en que enmudeció su voz para siempre, siento devivir en mi cerebro aquella época que se marchó para no volver y que como dijo el poeta, fue siempre mejor.

En la historia de la Electro-dinámica, Rayos X y sus numerosas aplicaciones, Manuel González Roca ocupó un puesto destacado en la historia de la medicina de Canarias, pues por su consulta desfilaron muchas generaciones en busca del alivio o de la curación, y por sus numerosos departamentos pasaron lesionados orgánicos en solicitud de la salud, el mejor tesoro que se puede poseer. En ello, bajo el trepidar de los motores, el poder de las emanaciones misteriosas y el chispear de las partículas encendidas, surgidas de aparatos inventados para defensa de la humanidad contra el mal que nos acecha, el compañero dormido en el sueño eterno, se consolaba y daba alientos a los desesperados por el dolor y el sufrimiento, que se asían a sus palabras como tabla de salvación.

Hoy la labor continúa con el mismo entusiasmo y sin interrupción por parte de sus hijos, bajo la mirada alentadora y el cariño de quien supo crear un establecimiento que fue y es prestigio de la terapéutica física de las islas. Y desde lo alto de la pared de su despacho, actualmente solitario y con la misma distribución que tuvo en vida como señal de veneración y homenaje a su memoria, vigila, fija su mirada, y se conforma observando que su obra sigue viva, próspera y merecedora del respeto que siempre le tuvieron. Y entre tanto, oyendo el acompasado ritmo de los sonidos inarticulados y confusos que en loca algarabía pero obedeciendo a inteligencias rectoras, inunda la atmósfera de aquellas dependencias por donde siguen pasando numerosos enfermos, permanezco en silencio mientras le miro en su retrato, estático y mudo, al no poder cruzar palabra alguna con quien siempre, bondadoso y noble, gozábamos escuchando las cosas de nuestra tierra, de esta tierra que él tanto quiso y que llevó adentrada en mi alma, como las raíces de las plantas en la biosfera.

DOMINGO MARTIN YUMAR Y SU PASO POR LA VIDA

Hace años, cuando la vida callejera transcurría sin trabas ni obstáculos, y era grato placer el pasear por sus aceras, sobre todo en esas horas en que el silencio del descanso invitaba a hablar sin aspavientos ni alharacas de ninguna clase, Domingo Martín Yumar, junto al que esto escribe y a mi hermano mayor dormido en la eternidad desde hace años, caminábamos por la vía principal de la ciudad hasta llegar al Parque de San Telmo. En él y sentados frente al mar que se entretenía lamiendo los sillones del malecón dormido, se pasaban sus primeros ratos comentando, discurriendo y haciendo cábalas sobre el porvenir que esperaba al mundo.

Desde entonces la amistad que se estableció entre nosotros fue noble, sincera y entrañable. No en vano su destacada inteligencia, su cordial afectividad y su vasta cultura, le hicieron personalizarse hasta el punto de que mi admiración por su labor llevada a cabo al frente de su cargo sanitario, no hizo más que confirmar el prestigio de que goza el Cuerpo de Sanidad en esta provincia. Basta citar a los que fueron sus jefes durante su permanencia en esta capital, don Alberto García Ibáñez, don Luis Ortega y don Federico Beato González, para confirmar lo que dejo dicho.

Así transcurrieron meses y meses y raro era el día en que dejábamos de vernos. Su puesto en la Junta Directiva de este Ilustre Colegio Oficial de Médicos mientras yo desempeñaba su presidencia, su colaboración destacada en este periódico prodigando consejos sanitarios de un modo atrayente y sugestivo, y la feliz coincidencia de haber sido galardonados en la misma fecha con la Encomienda con Placa de la Orden Civil de Sanidad, contribuyeron a que ese afecto que nace de la misma estimación y, simpatía, se arraigara y afianzara en la conducta diaria tan difícil de entender a veces. Por ello, impresionado por su desaparición definitiva se avivan en mi memoria recuer-

dos que dieron origen al perfecto conocimiento de sus cualidades.

Director de Sanidad Exterior de nuestro Puerto de La Luz, pasó más tarde a ocupar la plaza de Jefe Provincial de Sanidad de Santa Cruz de Tenerife, su aspiración y deseo máximo. Fue también Académico de Número de la Real Academia de Medicina de Distrito de Tenerife y desde dichos sitios continuó labrando con todo entusiasmo en bien de la salud pública, sin que ello fuera óbice para aprovechar sus ratos libres en la preparación de artículos y monografías médico-literarias. Recientemente ha visto la luz pública su última producción, "El Dr. Villalba y la Sanidad Tinerfeña" dedicado a su mujer que fue la bondadosa y eficaz compañera que supo mitigar en todo momento, los disgustos y desilusiones que da el ejercicio de la profesión.

Así fue la vida de Domingo Martín Yumar, tranquila y dulce en aquellos primeros años y áspera, agobiante e inquieta en estos últimos, en los que el quehacer de cada día no deja tiempo para acercarse al campo lleno de verdor o a la orilla del mar, donde sus olas luchan por dominar a la playa o se baten en retirada al huir de la resistencia que éste le opone. Domingo Martín hombre cordial y generoso, lleno de humanidad esplendorosa, cerró por última vez sus ojos sin ver terminada la obra que se propuso realizar al frente de su Jefatura. A pesar de ello, su labor será recordada con todo elogio por nosotros, pudiendo añadir, en holocausto de la amistad que siempre nos unió, que fue en vida un profesional que honró a la clase, y que su muerte, precipitada en sus últimos días ha servido tristemente para volver a añorar, con nostalgia, aquellos paseos que dábamos en nuestras horas vespertinas de descanso, para terminar frente al mar y solazarnos viéndole mover y convertirse en espuma, bajo la luz de la luna o la de las estrellas fulgurante del firmamento.

EL MEDICO SALUSTIANO ESTEVEZ. Y SU CALLE

"No podía faltar en estos momentos la voz del Colegio Médico de Las Palmas a él le pertenece parte del homenaje que la Ciudad de Guía tributa a uno de sus hijos más preclaros. Esta voz como mía, la más modesta, se alza en esta tarde pujante y altanera porque al mismo tiempo que los habitantes de esta hermosa Ciudad norteña quiere destacar la Corporación oficial que en estos momentos representó su más cariñosa y justa adhesión a uno de sus miembros más respetados, al prestigioso médico don Salustiano Estévez.

Hablar de don Salustiano como médico es pintar una figura sugestiva y simpática que por sí misma se eleva entre las miserias que acompañan a la humanidad. Hablar de don Salustiano como médico es adentrarse en lo íntimo de su vida ya que cincuenta años de labor profesional hacen del médico la figura social más discutida por lo mismo que es la más necesaria y es que a los humanos por sí mismos y por sus afinidades con los dolientes no sólo les importa el médico como hombre público, como curador de sus dolencias, sino que les intriga su vida privada, sus gestos, su manera, su elegancia, su sencillez; todo lo de médico en función, se comenta, de todo se hacen cábalas y sin embargo ya no es el personaje fantástico de los remotos tiempos de la Alquimia ni la figura teatral de la época del memorismo en que toda la ignorancia científica se ocultaba con efectos impresionantes a las clases de entonces. El médico de hoy que es en general sencillo y trabajador y más culto que nunca va abriéndose paso en medio de una sociedad que le halaga, por lo mismo que va teniendo conciencia del papel que representa para la humanidad. Por ello es el profesional que goza de más autoridad en los actuales momentos de la historia y por ello también el más perseguido, el más agraviado y el menos correspondido. Es el esclavo de la humanidad, el gran esclavo como dijo Polo.

"Es costumbre en todos estos homenajes halagar, porque los halagos podrían parecer ridículos a quienes los escuchan, pero el interesado casi nunca llega a darse exacta cuenta porque siempre los toma en serio. Corremos hacia el elogio como las moscas a la miel, porque todos grandes y chicos, hombres y mujeres tenemos necesidad de ese estimulante para continuar sin gran fatiga nuestra ruta. De los halagos lo mismo que de la calumnia siempre queda algo. Una palabra ofensiva del indelible huella pero un halago deja señal como el trazo de un buril sobre la roca. El arte de halagar a los hombres, de cautivarlos es la maña de halagarles habitualmente, pero cuando un halago o un elogio es sincero, nos seduce y como la espada de un boyardo va recta al corazón. Esta es la sinceridad de mi halago, este es el significado de mi elogio, es decir, del elogio del Colegio Médico, porque el médico Estévez, como reza la lápida que da nombre a esta calle que nos reúne no mendigaría jamás la menor alabanza ya que por su propia vida de apostolado tiene ganada su pequeña gloria, porque en pureza de verdad, la verdadera dulzura de la gloria es sentir palpar la admiración a nuestro alrededor. De esta manera es preferible ser conocido, estimado y querido por un reducido número de personas que ser célebre entre millones de hombres porque aquellos que miran admirativamente y se saludan con afecto y éstos me inciensan en calidad siendo la calidad del incienso muy relativo. Rumor, que el oído no percibe, dice Richet, sólo es un sueño".

"Todo acto de gran valor o gran virtud realizado en las sombras sin que nadie pueda divulgarlo y comprobarlo es sublime. El poeta que después de haber escrito un drama maravilloso, lo diese al público sin dejar el mínimo vislumbre a la suposición de quien pudiese en realidad ser el autor o el sabio que consintiese en quedar eternamente olvidado después de haber enriquecido al mundo con un descubrimiento capaz de labrar la más preclara inmortalidad, son ejemplos de sacrificios prodigiosos, verdaderos héroes casi sobrehumanos que no justifican el valor de sus actos. Nuestro ardor para el bien no se ejerce en el vacío. El bien por el bien no emociona, mientras que el bien por el elogio, puede suscitar actos de virtud. Don

Salustiano tiene más de cincuenta años de vida profesional plagados de actos realizados en la sombra de bondades repartidos a caudales pero creyéndolos desconocidos se encontró hoy en esta tarde maravillosa de luz llena, una mirada admirativa, una palabra halagadora, una lágrima agradecida y una flor de reconocimiento. Esto es, un pueblo agradecido que sabe hacer justificación a sus hombres, cuando son dignos de ella”.

“El ídolo de la gloria es pues muy hermoso, pero existe algo más bello todavía. Estar absolutamente satisfecho de uno mismo ¡Qué dulce sería poder decirse imparcialmente que se ha sido siempre justo, sincero, trabajador, generoso, que jamás se ha sentido envidia al más afortunado, que nunca se ofendió a nadie, que se ha perdonado las burlas y olvidado las ofensas, que se ha socorrido a los débiles y que se ha observado siempre y en todos los lugares una vida irreprochable!. En resumen que se pensó y obró mejor que no pudiera haberse obrado y pensado”.

“Para ser un prestigio dentro de una profesión no basta ser sabio. El público, la masa se figura que los sabios son de madera distinta que la generalidad de los mortales y olvida que todos son hermanos y por consiguiente que tienen defectos. Algunos sabios son tercos, arrogantes, vanidosos, ligeros, malpensados y por añadidura, como hombres, mediocres. Sin embargo, su obra es superior a toda obra humana y por ello se les llama prestigios dentro del argot científico, pero prestigio es también dentro de cualquier manifestación de la vida actual, el que trabaja honradamente o el que prodiga su inteligencia haciendo el bien a nuestros hermanos. Por eso llamaba a don Salustiano al comienzo de esta adhesión, prestigio médico y vuelvo en estos instantes a ratificarlo, porque se ha resignado como siempre a mantener una limpia ejecutoria de nobleza a ser el hombre magnánimo de todas las edades, el que pudiendo no ha querido rebelarse contra las agresiones de los demás y es que su filantropía es superior al egoísmo que late en el fondo de todos los humanos, la idea del sacrificio se le impone como una absoluta necesidad, con su abnegación sin límites, con un heroísmo de todas las horas, de todos los mo-

mentos y con el renunciamiento en bien ajeno de todos sus deseos, afectos e intereses”.

“¡Bueno y pobre! Esta es la cosecha que ha recogido de tanta semilla sembrada y menos mal que en esta hora de reparación, el sentimiento de la justicia sobreponiéndose a las poderosas voces del interés y de la pasión, hace que rindamos un homenaje cuando todos tenemos la pretensión de ser justos, ¡Buenos y pobre! ¿Qué más virtudes ha podido obtener un hombre que al acudir a su enfermo, que le espera entre anhelos y espasmos derrama sobre él, todo su aliento mágico? Ahito de austeridad trabaja y vive en la oscura sombra como el buen labriego que cantando ara, siembra, siega y trilla, muele el trigo en sus aceñas y cuece el pan blanco, sin importarle el trabajo puesto que esa es su satisfacción y ese es su regalo”.

“Desde hoy en adelante, tu nombre perdurará para aprendizaje del mundo. Honra medicum quia Domines fecit eum. Honra al médico porque Dios lo hizo y si a esa cualidad añadimos la del recuerdo de que el médico Estévez fue digno y bueno y por ser bueno y digno, pobre, hay que decir como el poeta, como nuestro gran poeta.

Tu ambición fue cumplida.

¡RAFAEL O'SHANAHANN HA MUERTO!

Serenadas las almas, vuelto el cauce de la vida a su cauce y sedimentadas las emociones después de haber cesado el ímpetu atormentador de la noticia, escribo estas líneas con mis recuerdos puestos en Rafael O'Shanahann, que fue espíritu y cuerpo durante los años que vivió en esta tierra.

Amigo de toda la vida, el Dr. O'Shanahann supo guardar en la amistad sus exquisiteces y valorar los altibajos que la dura necesidad de vivir pone en su evolución. De espíritu abierto a todas las opiniones y poseedor de ese gran don de la tolerancia que no todos admiten, porque no la conocen, Rafael, media vida deslizada entre la normalidad de las conciencias humanas, y, la otra media, saboreando amargamente las desdichas de los que no pudieron llegar a discernir y comprender que la vida es algo más que la fuerza o actividad interna de los seres orgánicos, supo siempre mantener su personalidad y gozar del respeto que unos y otros le debían. Y precisamente por ser sabedor de esos dos mundos que hacen al psiquiatra sentir las emociones de uno y otro lado, aunque con reacciones distintas, Rafael supo gozar del arte maravilloso de la música, pintura y literatura, que es tanto más necesario cuanto más necesitamos apagar ese mundo atormentado de los que no pudieron degustar la aplicación del entendimiento a la realización de una concepción. Sintió esa virtud y la sintió hondamente, porque en ella buscaba el consuelo de las horas angustiosas que nos hablan del dolor físico de los demás. Y el médico, ya lo sabemos, es el profesional que mejor sabe interpretarlas a pesar de tener el alma endurecida por la congoja y la aflicción.

Director del Hospital Psiquiátrico de esta provincia, a él consagró sus principales entusiasmos y sus inquietudes para hacerlo digno de la ciencia. Pasaron miles de enfermos por su profesorado y a todos trató, con la pureza propia del que

desea el bien ajeno, de devolverles la salud. ¡Cuántas veces encerrado con ellos, buscando las terribles incógnitas sin solución que presentaban, hablaba y hablaba para hacerles ver que en todo mal hay un punto misterioso que encierra un secreto y tras del cual camina la Ciencia y el médico. Pero otra tarde, la última, en su postrer visita al hospital, ya sin vida y dentro de su féretro empezando a dormir el sueño que no se acaba, el silencio de los que fueron sus amigos en el dolor, se truco en emoción y escalofrío. En aquel sitio donde tantas veces hizo acto de presencia, su ausencia definitiva logró anudar la garganta de los que conocieron sus virtudes y debilidades.

Psiquiatra e internista, porque no se puede ser buen psiquiatra sin ser antes buen internista, tuvo una numerosa clientela que miraba en él al psiquiatra y al psicólogo, ya que es de todos conocido que las enfermedades mentales tienen un alma que actúa sobre la conciencia. Enamorado de su especialidad supo imprimirle en todo momento, la personalidad que hoy alcanza en el mundo, porque Rafael buscaba de continuo, en cuantos libros y revistas se publicaban, el último adelanto para andar al unísono con la Medicina, que al avanzar a pasos gigantados, hace imposible el descanso en el camino.

Escritor ecuánime y sereno, prendado de las cosas de su tierra, propulsor de cuantas manifestaciones artísticas tenían lugar en la isla, Rafael O'Shanahann ha muerto sin haber podido terminar su obra. Y si es verdad que sólo muere a tiempo quien sucumbe saciado de la vida, y que sólo el que la deja, hartado y cansado de vivir, cumple dignamente con el último deber de acogerse al abrigo y al cariño de la tierra fecunda, Rafael faltó a este deber porque murió antes de pronunciar su última palabra y de haber finalizado su labor. Y si es verdad que el morir no es cerrar los ojos cuando el corazón termina, ni dejar al alma en libertad suspendida, y que sólo muere el que no ambiciona dejar escrito en la historia lo que le enseñó la vida, Rafael perdurará en nosotros, porque su obra incompleta, forma parte de nuestra propia historia.

Y esta es para mí la más triste de las tristezas de este mundo, porque cuando se dio cuenta de que se derrumbaba el edificio de su carne, aún forjaba su alma ilusiones y se encen-

día su fantasía en proyectos irrealizables. Más tarde, los dos mundos que habían constituido esa obsesión, fueron difuminándose con el pasar de los días hasta llegar a hacer el suyo, en sus meditaciones e imágenes deshechas, pensando siempre en los que unidos a su existencia, quedaban solos y juntos en el sufrimiento y los recuerdos. Y mientras éste en que vivía le ahogaba y se convertía en otro misterioso, fue alzándose en su horizonte espiritual, ese ilusorio sentimiento de bienestar, ese estado de euforia, esa vaga alocación que hace apartar el pensamiento del fin que se avecina, para dar entrada a la muerte, trágica en su forma y en gesto, pero suave, mansa y dulce como una novia.

Rafael luchó contra la Intrusa mientras pudo, y hoy descansa en silencio, como dijo el poeta, en un pedazo de tierra que es su tierra, después de haber dedicado lo mejor de su vida a la vida de los demás.

Una plaza de la ciudad, como recuerdo imperecedero, lleva su nombre.

HA MUERTO UN CABALLERO

Como la huella viva de un pasado dichoso que estando todavía tan cercano en el tiempo, nos parece ya remota en esta zozobra actual que es el Mundo, van inclinando su cuerpo hacia el centro de la tierra donde sus raíces no volverán a dar más frutos, hombres ejemplares, de corte antiguo, que durante su vida jamás vacilaron entre el necesario reposo después del día fatigante y las largas e interminables caminatas en una noche helada, o en un ardiente día de Sol.

Estos hombres, realidad feliz de una generación que tristemente va desapareciendo en esta época, en la que el egoísmo es la palanca que mueve sus acciones y palabra de pase para sus agrupaciones y afinidades, son como un inmenso corazón que sintió en las íntimas vibraciones del alma, el estremecimiento agudo de la congoja, cuando en una profesión como la nuestra, una helada maligna castigó con la ineptitud para la posesión del ideal, a los que devorados por un anhelo irrefrenable de arribar, creyeron satisfacer su desmesurada ambición con la misma naturalidad que las manos toman en el camino la flor que encuentran al pasar.

Cuando estos hombres marchan por la vida, deleitan nuestra imaginación y entonan nuestro ánimo. Ello no quiere decir que por serlo, quedemos eximidos de la imperiosa obligación de evocar su pasado glorioso, ni de conducirnos a una pasividad contemplativa que pudiera ablandar y disolver nuestra voluntad, pues no hay que olvidar que si bien el presente se apoya sobre los cimientos del pasado, sirve al mismo tiempo de abordable para sostener el futuro. Y cuando su marcha ha terminado, el camino se llena de recuerdos y vivencias, elementos de juicio que nos sirven para definir su personalidad, después de que las horas, al sucederse, han ido dejando tras de sí los errores del pensamiento y las impurezas del corazón. Errores e impurezas que conducen a su purificación, cuando

en la vida se impone la Verdad, que es al fin y a la postre, infinita y eterna.

En este siglo de especialización no es fácil ser simplemente un hombre, pues un ser que vierte su vida en un solo cauce, no despierta la curiosidad que es esencia misma de lo humano. Si en nuestra profesión, por circunscribirnos a lo nuestro, ya que el tema se refiere a todos los humanos, no llega a comprenderse lo que es el espíritu médico, hay que convenir en que no se puede ser discípulo de Galeno, pues esa maravillosa institución que es el médico, se verá desplazada por un producto del progreso y de la civilización, como lo es el técnico. No es preciso para confirmarlo, detenernos en argumentaciones, pues de sobre sabemos que cada vez que la Medicina ahonda más en lo puramente científico, el profesional se aleja de la Filosofía, dejando dominar su ejercicio por lo puramente cerebral y frío, ya que la humanidad, reflejada en generosidad, caballerosidad y nobleza, va perdiéndose paulatinamente, porque todos queremos ser cerebro y nadie corazón, a tal punto que en los tiempos actuales también la poesía va haciéndose fría, cerebral y calculada.

Ha muerto un caballero. Ha muerto don Manuel González-Jaraba y su cuerpo ha sido cubierto por la tierra silenciosa y calladamente. Durante los años en que pudo realizar el bien, fue cerebro y corazón, desempolvando la trayectoria de su vida con el arma de su dignidad y esto que parece tan sencillo, constituyó su mayor tesoro, pues si en el transcurso de los años se va desdibujando en nuestra mente la expresión de su cara, el timbre de voz, o la marcha apresurada de su cuerpo a través de las calles de nuestra ciudad, aquel atributo que pudo conservar durante su vida, quedará como el elogio justo de su paso por el mundo tan lleno de zozobras.

Ante su recuerdo inclinemos nuestra frente con modestia y sin envanecimiento, cruzando la divisoria convencional trazada por los hombres en el tiempo que es inextinguible, a pesar de lo efímero de nuestra vida. Tengamos esfuerzo perseverante y pongamos en tensión nuestro espíritu con íntima satisfacción, avanzando cada vez más en pos de la verdad, sin desaliento ni vanidad, pues cuando vuelvan las aguas a su cauce,

sólo quedarán grabadas en las páginas de la Historia, los atributos que definen la personalidad, si ésta fue lograda mirando a lo alto y con serenidad gozosa.

EL INSTITUTO LLORENTE DE MADRID

Situado en la calle Ferraz núm. 9, fue su creador don Vicente Llorente Matos, amigo de mis tíos y conocido de mi padre. Oriundo de Las Palmas, dedicó sus primeros años de vida activa a ser inspector de alumnos del Colegio de San Agustín hasta que ambicionando puestos que le permitieran luchar para lograr tener un título, se hizo preceptor de niños ricos en Barcelona, en tanto en cuanto iba cursando sus estudios de Medicina. Pasado el tiempo y sin conocer detalles de su vida, le vemos en París aprendiendo intubación laríngea y preparación del suero antidiftérico con Behring y Roux hasta fundar con la ayuda oficial su famoso Instituto que es actualmente uno de los más prestigiosos, científica y económicamente de España. Cuando asistía a sus laboratorios, en este curso de mi carrera el edificio era pequeño. Hacíamos los análisis que se practicaban con arreglo a los adelantos de la ciencia y se preparaban los sueros contra la difteria y el tétanos, base más tarde, durante la primera guerra mundial, de su riqueza y respeto. Nos reuníamos Jacinto y Jerónimo Megías, sobrinos de don Vicente y herederos de toda la fortuna, Florencio Moreno de Vega, compañero de toda la carrera y buena persona, César Sabucedo, estudiante también de Medicina, que fue víctima años después, en La Habana, de un accidente de circulación, Antonio Duque Sanpayo que desvió sus aficiones a la Cardiología haciéndose colaborador de Marañón, Antonio González Suárez, canario y siempre entrañable amigo y yo, que vibraba de curiosidad y de interés por conocer aquella parte de la Medicina que tanta importancia adquirió en el conocimiento y desarrollo de la Ciencia Médica.

Acudíamos todas las tardes al Centro con todo entusiasmo y afán de saber, permaneciendo en él dos y tres horas para continuar en casa hasta las nueve de la noche preparando las lecciones del día siguiente. Una vez dispuso don Vicente que

celebráramos sesiones científicas cada siete días aprovechando el material que se analizaba y el que nosotros podíamos obtener de las clínicas del Hospital de San Carlos ya que éramos algunos alumnos interinos. Fijada la fecha, se reservó para la inauguración una charla sobre la peste que me causó asombro por la escasez de conocimientos que poseíamos. Don Vicente en los años que le conocí era un hombre dotado de un gran corazón y en posesión de una gran suerte, pues se cuenta que recién regresado de París implantó o trajo de esa Capital la novedad de la morfina. Fue Médico de la Casa Real y Académico de la Real Medicina. En esta primera sesión presenté un trabajito titulado "La fórmula de Arneth en las infecciones quirúrgicas", que fue publicado en una modesta revista llamada "Farmacoterapia Española" y que me produjo la primera satisfacción como publicista investigador, al ver mi nombre y apellidos avalando un trabajo científico. Sabía pensar y discernir con la esperanza además de ser alguien en el futuro y por ello sólo me animaba el deseo de que desde fuera conocieran lo que hacíamos y de cuánto éramos capaces.

Escribía yo en aquellos tiempos, que fue hace ya muchos años, cuando aún esta clásica tragedia que asola al mundo, no podía siquiera concebirse, un hombre genial, el gran Koch, reunía ciertos días en el mes a sus discípulos para que el estímulo de los mismos fuese creciendo por medio de comunicaciones científicas que él hacíales presentar. De aquellas reuniones familiares, nació la luz para muchos problemas ya resueltos, y hoy, sin duda, algunos de los que luchan, deben su vida amenazada en estos instantes, a la labor admirable que muchos de los que han seguido las huellas del maestro, han llevado a cabo.

Es don Vicente un hombre bueno, uno de esos hombres que siempre tienen una sonrisa jovial, para todos los quehaceres de la vida. Para él, no hay más estímulo, que el de estimular al que quiere aprender, y por ello abre las puertas de su laboratorio con el fin único y exclusivo de servir de provecho a los que ahora empiezan. El alienta, él consuela; no en balde ha subido tanto, para que ello mismo le haga acordarse de los que quieren saber. En su Instituto, no se pasan las horas silenciosamente, no es el alma el que descansa en su ambiente.

¡Existen allí tantos medios que culpables seríamos si no lo agradeciésemos!

Hoy comprendemos que no somos tan poco. Los medios de que disponemos en nuestra ciencia, pueden llevarnos al fin, pues para el trabajo científico que allí se realiza nada falta y nada sobra. Dentro de aquel Instituto; todo lleno de luz y todo lleno de sol, no parece ser la vida tan misteriosa, ni asombra el mundo con su grandeza, pues allí viven seres pequeñísimos, tan grandes dentro de sí mismos, como lo es la Naturaleza dentro de Dios.

Son ratos de conversación amenísima; allí están los aparatos para confirmar lo dicho, cerca de nuestro núcleo, los microscopios aseguran la certeza de nuestra labor y muy cerca a nosotros duermen los conejillos, como aprovechando aquellos instantes, en que no trabajándose en ellos, se les discute aún la vida.

Parece en fin todo aquello una ilusión que sobrevive en la discusión de nuestra ciencia.

Fueron sucediéndose los años y con ellos las muertes de don Vicente Llorente y don Jerónimo Mejías y en el mes de diciembre del año 1956 tuvo lugar el fallecimiento de don Jacinto que murió inesperadamente, en Madrid, y nos duele expresarlo así, en la blancura de las cuartillas, como españoles y como canarios, por ser este Médico isleño un gran español y un gran hijo de esta tierra que tanto contribuye a la cultura nacional. Discípulo de aquel otro prestigioso Médico, don Vicente Llorente Matos, que fundó hace años en la capital de España, un modesto Instituto de Investigaciones Clínicas, los hermanos Mejías, Jerónimo y Jacinto, hoy juntos en la lejanía, supieron convertirlo en uno de los centros más famosos de nuestra nación. Y hoy, en que la Ciencia tanto se debate hasta lograr alcanzar los más admirables descubrimientos, el Instituto Llorente forma parte de ese núcleo abigarrado en el que la verdad se impone porque la verdad es la base de la investigación.

Como español, don Jacinto Mejías supo engrandecer a la patria contribuyendo con su fortuna particular y con el plan-

tel de colaboradores que trabajan hasta pestañear, ante el microscopio, sin cansancio ni decepciones, a la instalación y funcionamiento de las grandes fábricas de antibióticos que abastecen al mercado. Fundó también, cerca de su Instituto, otra para la obtención de productos químicos y estableció sucursales en América para la venta de sus famosos sueros anti-infecciosos que tanto ayudaron a las naciones beligerantes durante las dos guerras europeas, a resolver el problema de la profilaxis de las enfermedades infecto-contagiosas. De esta manera lustro tras lustro, nuestros productos medicinales fueron dándose a conocer fuera de España y los estudios llevados a cabo por los profesores que diariamente han visto pasar sus años en el silencio de los laboratorios, han sido dados a conocer, en las páginas de su Revista, a todos los centros de investigación extranjeros. De esta manera sus trabajos sobre la toxina diftérica han merecido los más cálidos elogios de los maestros europeos y americanos y ellos le valieron el acceso a la Real Academia Nacional de Medicina donde ocupaba su silla con el respeto y cariño de sus compañeros.

Como canario, siempre tuvo para su isla, el más cálido recuerdo que hizo patente en cuantos asuntos conciernen a la vida científica de esta tierra. Don Jacinto Mejías abría sus brazos a cuantas personas se le acercaban porque la bondad no admite prejuicios y dejaba las puertas abiertas de aquel maravilloso centro, a cuantas personas querían estudiar y aprender lo que tanto se ansía y desea, para vencer en esta lucha por la existencia. Su casa, museo de antigüedades valiosas, fue mostrada a los que por ella desfilaban, con un entusiasmo indescriptible porque cada objeto de los que en él se guardan, le servía de lenitivo y recreo al terminar la jornada del día. Por ello la isla vibra de pesar al verle desaparecer para siempre, pues ha perdido a un hombre que supo prestigiar a su tierra desde que se hizo cargo de la dirección de aquel modesto Instituto que fundara hace muchos años el Doctor Llorente Matos.

DIEGO MESA, AUSENTE

Llevó cuarenta años acudiendo diariamente al viejo hospital de San Martín y durante ellos, el dolor de los que sufren ha sabido exaltar el sentimiento de la piedad, ayudando al moribundo a franquear silenciosamente y con dulzura las puertas de la muerte, cuando la agonía es larga y tormentosa, o ayudando al que pueda salvarse, a sentir el inmenso deseo de vivir para cuando llegue el momento deseado, saber amar también la muerte.

¿Quiere ello decir que los médicos del hospital traten de endurecerse frente al dolor, de mantenerse impassibles ante el mismo, o de crearse un clima de anestesia que les permita aislarse del mundo exterior? No; de ninguna manera: Nuestra constante preocupación estriba en procurar aminorarlo o excluirlo, o conducir al organismo enfermo a través de las conquistas admirables de la ciencia, por cuyo motivo nos atrae y sentimos como algo nuestro, cuanto se refiere al viejo hospital.

En él hemos aprendido a conocer las sensaciones recogidas en el curso de la vida profesional, conservando en nuestros momentos románticos el dolor de lo observado, las angustias de nuestros hermanos enfermos y la terrible tragedia del sufrimiento expresada en escenas patéticas impregnadas de contenido íntimo. En él también, hemos apreciado con nuestros sentidos, la descarnada y dura presencia del mal recogiendo en el alma la necesidad de grabar en nuestro propio diario, el efecto que sobre ella han ejercido y ejercen todas las manifestaciones de esa sensación molesta y aflictiva que se apodera del cuerpo humano.

Hoy al acudir, como siempre, al benéfico establecimiento, he sentido, como nunca, la angustiosa pena del sentimiento, al cruzar por los oscuros pasillos, solitarios y mudos, sin que nadie despertara mi atención. Subí las escaleras arrastrando con

mi alma la congoja que me dominaba y al entrar en la sala esperé, al que ya no podía esperar. Allí estaba la silla, donde descansaba, vacía y sin alas para volar, y allí rodeado por el silencio que dominaba el ambiente se fue extendiendo el dolor a los que también esperaban oír la voz de aquella figura inquieta y espigada, que anunciaba así su aparición, para compartir conmigo, la grave responsabilidad de salvar al que sabe hacerlo, o de ayudar al que luchando y siéndole indiferente lo que le rodea, sólo siente hastío de vivir y anhela recibir cuanto antes la última caricia.

Diego Mesa Bosch, gran clínico y con nobles sentimientos, quería a su hospital fervorosamente. Su rebeldía, sus protestas contra las injusticias e inmoralidades que van aumentando con los años le hizo ganar un puesto destacado en el ejercicio de la profesión, donde fue respetado y querido, porque pudo hablar clara y apasionadamente y porque se desvivía en servir cuando alguien se le acercaba. Supo levantarse contra la hipocresía y la maldad, porque no fue malo ni hipócrita. Colaborador leal y enamorado de la medicina, siempre nos propusimos ir por el mismo camino, sin otro guía que la búsqueda de la verdad. Supo ser médico en el justo sentido de la palabra, procurando en todo momento prestigiarla y dignificarla. De aquí su recia personalidad, su indiscutible personalidad que no le discutieron sus oponentes.

Y cuando todas estas circunstancias le granjearon el respeto de los más y el mundo de las ilusiones comenzaba a sonreírle, este hombre tenaz, inquieto y espigado, cerró sus ojos dulcemente, sin que su voz impetuosa y vibrante exhalase el más tenue dolor y sin que su compañera y sus hijos le viesen sonreír o sufrir por última vez.

Mientras tanto la silla donde descansaba permanece vacía y el viejo hospital que subyugó su alma porque en su recinto y bajo el tocado de las Hermanitas de San Vicente de Paúl y del tintineo de las campanas de su iglesia, que en primavera ríen y en Nochebuena cantan, sigue sirviendo de escenario a la Vida y la Muerte, que corretean en su interior, con el amor de los silencios y el más profundo de los misterios.

FRANCISCO GONZALEZ MEDINA, UNO MAS EN EL DESFILE FINAL

Del grupo de médicos nacidos en los finales del siglo XIX, ha doblado definitivamente la cabeza sobre su corazón, cansado de andar y de luchar contra el Destino, el que en vida se llamó Francisco González Medina. Unido por lazos entrañables de amistad durante los años que constituyeron el Bachillerato y los vividos, día a día, en las inolvidables salas y galerías del actual Hospital de San Martín hasta que nos separó la ley inexorable de la jubilación, su despedida, sin retorno, ha dejado en el alma un sentimiento de tristeza, que no logrará amirnorar el paso del tiempo.

Doctorado en la Facultad de Medicina de Montpellier el año 1921, con la lectura de su tesis "Contribution a l'etude du rheimatisme tuberculeux", fue Paco González alumno destacado y distinguido de la misma, pues obtuvo, por su excepcional expediente de estudios, el Premio Buisson, galardón que también logró su respetado y prestigioso padre, don Rafael González Hernández. Revalidado en Madrid en 1923, fue miembro honorable de este Ilustre Colegio Oficial de Médicos y más tarde inspector médico de la Caja Nacional de Accidentes de Trabajo que desempeñó con la estima y consideración de todos pues supo siempre anteponer la imparcialidad y serenidad de su juicio clínico a las aseveraciones de las partes litigantes. Poseído de la responsabilidad que en todo momento tiene el buen desempeño de la misión que se ha de cumplir, a ella se ajustó sin miramientos y por ella luchó con toda fidelidad. Por esta labor callada y silenciosa, por esta manera de actuar en ayuda de la justicia social, fue condecorado con la Medalla de Plata del Trabajo en sesión solemne y afectuosa tenida lugar en el salón de Juntas del Instituto Nacional de Previsión; hace unos pocos años.

Educado durante su juventud en Francia, no perdió en el resto de su vida, a pesar de la distancia, su admiración y sim-

patía a la nación vecina a la que estimaba como su segunda patria.

Así lo demostró desempeñando durante algún tiempo, la presidencia de la Alianza Francesa de esta ciudad, entidad cultural que apreció su gran labor, testificando su afecto en un homenaje público celebrado en el R. Club Náutico de esta ciudad. De igual manera, el Gobierno de la República Francesa le condecoró en el año 1966, con los títulos de Caballero de la Orden Nacional del Mérito Civil y de Oficial de Palmas Académicas y de la Salud Pública Francesa.

Paco González, como otros tantos médicos que formábamos el Cuerpo de la Beneficencia Insular dejó la mejor y mayor parte de su vida en holocausto de los servicios benéficos de nuestro viejo Hospital de San Martín prodigando a manos llenas su amor al desvalido, sus conocimientos clínicos en pro del enfermo y su participación constante y entusiasta al sostenimiento de la atmósfera de prestigio y respeto a la ciencia del curar que siempre se mantuvo en el recinto de aquel centro de caridad. Primeramente como médico ayudante, y jefe más tarde del servicio de Cirugía General y después como Director de la Beneficencia hasta su jubilación ocurrida hace dos años, desempeñó sus puestos con todo elogio y merecimiento. En las sesiones clínicas celebradas durante el tiempo de mi Dirección, y en el trato diario con el resto del personal sanitario supo dar siempre normas de su competencia, bondad, cariño y amor a la profesión. Católico práctico y ferviente, fue, en todo tiempo, un convencido.

Sus trabajos médicos fueron varios. De ellos y por referirse a nuestra patología regional, recordamos, "Un caso de leucemia mieloide" y "Adenoiditis prolongada", presentados en las Primeras Jornadas Médicas de Canarias, celebradas en Santa Cruz de Tenerife el año 1932, el trabajo sobre "Lesiones en los obreros del Puerto de La Luz", leído como ponencia en el I Congreso de Medicina del Trabajo verificado en Madrid, y "Contribución al estudio de la litiasis salivar en Canarias", publicado en los "Archivos canarios de Medicina, Cirugía y Especialidades".

Paco González dedicado durante sus últimos años a los suyos porque ellos constituían su más valioso tesoro, huyó del mundanal ruido para entregarse a los recuerdos del pasado. Caballero en toda la significación de la palabra, caminaba por la calle para dirigirse al hospital y a la iglesia, en busca de la tranquilidad que tanto ansiaba. Y sin embargo, no pudo dar su último paseo al centro de caridad, como fue siempre regla en otros dormidos en la eternidad, porque marchó lejos de su pequeña patria en busca de la salud que no obtuvo. Los que aquí quedamos, seguiremos recordando a los que se fueron después de haber trabajado afanosamente en bien del beneficio común, sin pensar que ha de llegar un día en que nuestras cabezas se doblarán sobre el corazón cuando sus latidos, como las ondas del mar, dejen de oírse en el misterio de la muerte.

EL DR. EMILIO LEY GRACIA

Después de una larga enfermedad seguida paso a paso sin que asomara a su cara la más ligera protesta, dejó de pertenecer a este mundo, el que en vida fue médico inteligente, bueno y enamorado de su profesión. Canario por excelencia y amante de su tierra, Emilio Ley desvió el camino que tenía trazado en esta isla ejerciendo su carrera con la consideración y estima de todos, cuando nuestra nación se vio amenazada en su existencia por la honda división que se estableció entre todos los españoles, hace veinte y cinco años.

Médico de número de nuestro hospital de San Martín, donde dejó huella de su buen criterio clínico fue especializándose en Cirugía en perfecta compenetración con el Dr. Pablo León, cuya labor se recuerda cada día con el mayor afecto. De esta convivencia científica, de este trato diario, Emilio Ley adquirió los mejores conocimientos quirúrgicos para regentar su equipo durante nuestra guerra civil, logrando resolver los casos más complicados que de continuo se le presentaban. Y cuando nuestra lucha fratricida terminaba y retornó la paz a nuestra Patria, Emilio Ley había creado una situación profesional y psicológica que le inclinó y decidió a seguir ejerciendo en la Península al lado, primeramente de su hermano Adolfo, en Barcelona, y más tarde después de haberse especializado con los maestros de la Neurología de Norteamérica y Suecia, en la capital de España.

Basta solo esta decisión tomada cuando los años van encaneciendo la cabeza, para demostrar el cariño y entusiasmo que sintió siempre por su carrera, pues no temió jamás descubrir lo desconocido, ni establecerse en un lugar sembrado de prestigio donde la Neurocirugía empezaba a iluminar con luz propia, Emilio Ley, poco a poco fue dándose a conocer en el Hospital Central de la Cruz Roja del que fue médico jefe de este servicio y en la clínica médica del profesor Jiménez Díaz,

llevando a cabo numerosas intervenciones quirúrgicas que plasmaron en dos obras no hace mucho tiempo publicadas, una en colaboración con su hijo sobre Tratamiento de las epilepsias y otra en colaboración con el profesor Obrador y su escuela sobre Tumores Cerebrales.

Fue además conferenciante versado en interesantes temas de su especialidad en varias capitales de la Península y no hace mucho tiempo, pronunció una sobre Parasitología nerviosa en el Salón de actos de nuestro Colegio Oficial de Médicos. La última vez que os visitó, acudió, como siempre, al Hospital de San Martín, su hospital inolvidable y allí, minada su naturaleza por la enfermedad que le llevó a la tierra, nos confesaba las ilusiones puestas en sus hijos y su amor a la patria chica, donde constituyó su hogar y vio hechos realidad sus primeros pasos dados con la incertidumbre del que empieza, hasta alcanzar el respeto y personalidad que como médico y canario logró en vida. Esa fue su mayor alegría y ese fue el fruto de su trabajo. Dejar una familia perfectamente orientada en las distintas facetas de la labor humana, que le proporcionó extensas satisfacciones y tranquilidad de espíritu cuando se dio cuenta de que su paso por la vida se iba acercando a su final.

Prestigió a la clase médica española y fue miembro distinguido de este Colegio Oficial de Médicos, que expresa en estas líneas su recuerdo más cariñoso. En paz descanse

HOMENAJE AL DR. FRANCISCO RAMIREZ CABRERA

No podía faltar en estos momentos de recogimiento espiritual y de justicia a la labor honda y arraizada de un médico, la voz del Colegio Oficial de la provincia, porque a él le pertenece parte del homenaje que el pueblo de San Mateo tributa al compañero que hoy, hace un año, rindió pleitesía a la muerte. Esta voz, como mía, la más modesta, se alza en esta mañana vibrante y emocionada, pletórica de íntima satisfacción porque la Corporación que presido quiere hacer destacar su más cariñosa adhesión al acto, que en recuerdo de uno de sus miembros más compenetrado con los deberes de su ejercicio profesional, está llevando a cabo este prestigioso Ayuntamiento.

Hablar de Francisco Ramírez Cabrera como médico, es pintar una figura sugestiva y simpática que por sí misma se eleva entre las miserias que acompañan a la Humanidad con aspectos amenazadores. Hablar del que fue nuestro amigo como médico, exigiría adentrarnos en lo íntimo de su vida, poniendo de relieve sus gestos, sus maneras, su elegancia, su sencillez, teniendo en cuenta que ya no es el personaje fantástico de los remotos tiempos de la alquimia, ni la figura teatral de la época del memerismo. Es cierto que el médico de hoy que es en general trabajador y no le domina la ostentación y es más culto que el de las pasadas épocas, va abriéndose camino cada vez con más dificultad, en esta sociedad que, por motivos que no son del caso referir, le agrava y le critica, aun reconociendo que es la figura local más necesaria, por lo mismo que se da cuenta del papel que representa para la humanidad. Es cierto también, que el médico ha perdido la autoridad ganada en la historia, porque la dureza de la vida y la malquerencia de los menos, le ha puesto frente al enfermo, que en un mal entendido ha confundido el dolor con el rencor. Pero sea de ello lo que fuere, al fin y a la postre siempre se salva de la lucha aquel que ha sabido, mantenerse en su puesto actuando con

dignidad y sintiendo el mal de nuestros semejantes, como si fuera el nuestro. No de otra manera se explica que a pesar de los pesares, surjan estos homenajes de gratitud.

Es costumbre en todos estos actos si el homenajeado está presente, junto a nosotros y con la atención puesta en el que habla, halagar, porque todos, grandes y chicos, hombres y mujeres, tenemos necesidad de ese estimulante para continuar, sin gran fatiga, nuestra ruta y porque los halagos podrán parecer ridículos a quienes los escuchan, pero no al interesado que siempre los toma en serio, ya que dejan en nuestra vida el mismo trazo que un buril sobre la roca. Corremos hacia el elogio como las moscas a la miel. Si, por el contrario, el homenajeado por destino inexorable de la vida, no percibe en sus oídos el rumor de estas palabras, ni ve a esta multitud latir con el mismo pulso, podemos elogiarlo sin temor al ridículo, porque Paco Ramírez, por su propia vida de apostolado, tiene ganada su pequeña gloria, su verdadera gloria, toda vez que en pureza de verdad, la verdadera dulzura de la gloria es sentir palpitante la admiración a nuestro lado, siendo conocido, estimado y querido por un número de personas, que ser célebre entre millones de hombres.

Todo acto de gran valor o virtud realizado en las sombras sin que nadie pueda divulgarlo y comprobarlo, es sublime. El poeta que después de haber escrito un drama maravilloso, lo da al público sin dejar el mínimo vislumbre a la suposición de quien pudiese en realidad ser el autor, o el sabio que consintiese en quedar eternamente olvidado, después de haber enriquecido al mundo con un descubrimiento capaz de celebrar la más preclara inmortalidad, son ejemplos de sacrificios prodigiosos, verdaderos héroes, casi sobrehumanos, que no justifican el valor de sus actos. Nuestro ardor para el bien no se ejerce en el vacío. El bien por el bien no emociona, mientras que el bien por el elogio puede suscitar actos de virtud.

Paco Ramírez tiene su vida profesional plagada de actos realizados en la sombra, muchos de ellos con su cuerpo enfermo y condenado irremediabilmente a morir, y de bondades repartidas a raudales creyéndolos desconocidos, pero si fuera posible asomar su cabeza en esta mañana maravillosa, llena de

luz, observaría muchas caras emocionadas, oiría innúmeras palabras repletas de halagos y sentiría el espejismo de numerosas lágrimas y de flores de gratitud, que al ser ofrendadas en este día tan lleno de recuerdos, no harían otra cosa que regar y perfumar la tierra donde reposan sus restos para siempre. Tierra fecunda donde el hombre que deja la vida cansado y saciado de vivir cumple dignamente con el último deber de acogerse en su abrigo y cariño, pero que en nuestro amigo se abrió pronto, porque partió para el último viaje con el dolor de dejar la vida sin haber pronunciado la última palabra y sin haber terminado su labor. Esta es la más triste de las tristezas de la vida. Y es que o se muere a tiempo, o demasiado pronto.

Para ser un prestigio dentro de la profesión, no basta ser sabio. El público, la masa, se figura que los sabios son de madera distinta que la generalidad de los mortales y olvida que todos son humanos y por consiguiente que tienen defectos. Sin embargo, su obra es superior a toda obra humana y por eso se les llama prestigios dentro del argot científico, pero prestigio es también dentro de cualquiera manifestación de la vida actual, el que trabaja honradamente o el que prodiga su inteligencia haciendo el bien a nuestros hermanos. Por ello nuestro homenajeado fue un prestigio dentro de nuestra profesión, toda vez que se resignó durante su labor a mantener una limpia ejecutoria de nobleza, siendo el hombre magnánimo de todas las edades y el que pudiendo no quiso rebelarse contra las agresiones de los demás, ya que su filantropía fue superior al egoísmo que late en el fondo de todos los hermanos. Se impuso durante su vida médica el sacrificio, como una absoluta necesidad dando pruebas de una abnegación sin límites y de un heroísmo a todas luces traducido en el renunciamiento a favor del bien ajeno, de todos sus deseos, afectos e intereses.

Y así fue nuestro gran amigo desaparecido de este mundo para siempre. ¡Bueno y pobre!. ¡Qué hermosa cosecha recogida de tanta semilla sembrada y menos mal que en esta hora de reparación, el sentimiento de la justicia sobreponiéndose a las voces del interés y de la pasión, hace que rindamos este homenaje cuando todos hemos tenido y tenemos la pretensión de ser buenos. ¡Bueno y pobre!. ¡Qué más virtudes puede ob-

tener un hombre que al acudir a su enfermo que le espera entre anhelos y espasmos derrama sobre él todo su aliento mágico?. Desde hoy en adelante por el agradecimiento de este hermoso pueblo que te ha hecho justicia perdurará tu nombre inscrito en esa lápida para aprendizaje del mundo que ha de venir y para honra del Colegio Oficial de Médicos. "Honora medicum quia Dominus facit eum". Honra al médico porque Dios lo hizo. Y si se piensa que corresponde al beneficio que éste nos ha hecho poniéndonos junto al dolor para darnos ocasión de sentirlo y tratar de suprimirlo e instigarlo, no hay duda de que vivir siendo médico nos ofrece la ocasión de hacer el bien y de hacernos buenos y vale la pena como lo hizo nuestro compañero, de soportar los sacrificios para llegar a serlo.

FEDERICO BEATO Y SU VIDA SANITARIA

Dejó de existir definitivamente nuestro antiguo Jefe Provincial de Sanidad después de haber sufrido penosamente el mal que le hizo perder el conocimiento y los movimientos de las extremidades derechas. Cerró sus ojos el 28 de diciembre del año pasado.

Nació en Salamanca el 5 de agosto de 1896 e hijo de una de las familias ilustres de la ciudad, por su cultura y cargos desempeñados en nuestra nación, hizo los estudios de medicina en la misma Facultad de su nombre bajo la dirección del profesor Cañizo, de quien fue alumno interno de su Clínica, donde desempeñó el cargo de Analista, y después de los del Doctorado, que llevó a cabo por exigírselo la legislación vigente, opositó a las plazas convocadas para cubrir vacantes de las de Sanidad Nacional, en las que obtuvo el número uno.

Existía por entonces en Las Palmas, y sobre todo en su Puerto de La Luz, una epidemia de peste bubónica que puso en movimiento a las autoridades sanitarias de la provincia porque la misma, amenazaba dadas las condiciones higiénicas en que se desenvolvía el referido Puerto, con extenderse a todos los pueblos de Gran Canaria. A tal efecto, entre las medidas tomadas por dichas autoridades, se destaca la de enviarnos a los médicos que ejercíamos en esta Capital, a vacunar a sus habitantes contra dicha epidemia y la de poner en condiciones de habitabilidad a las casas y calles de la Isleta.

Fue entonces cuando llegó a esta ciudad el Dr. Beato, que poseía conocimientos especiales de dicho mal, el cual ayudado por los gobernadores civil y militar, puso el visto bueno a tales medidas, quedándose una temporada para desempeñar el puesto de Inspector de Sanidad Marítima.

Una vez cumplidos sus servicios pasó a ocupar el mismo puesto en La Coruña, durante más de treinta años, y como en el viaje que hizo a esta isla, según referí en párrafos anteriores,

conoció a la mujer que después fue su esposa, constituyendo un hogar feliz por todos los conceptos. Durante ellos ejerció su carrera con todo prestigio, pues su laboratorio de Análisis Clínicos, alcanzó uno de los primeros puestos por su laboriosidad y fama. Y como su compañera era canaria, al anunciarse la vacante del Jefe Provincial de Sanidad de Las Palmas, fue nombrado titular de la misma, cargo que desempeñó durante diez años, en los cuales se destacó por sus conocimientos y por el respeto que le tuvieron todos sus subordinados. Fue entonces cuando el Gobierno le condecoró con la Encomienda con Placa de la Orden Civil de Sanidad.

En el transcurso de este tiempo además de su preocupación constante por la lucha sanitaria, intervino en la inauguración del edificio del Ilustrísimo Colegio Oficial de Médicos, de la Academia de Ciencias Médicas de Las Palmas, en el homenaje a cinco doctores de esta Capital por haber cumplido sus Bodas de Oro con la profesión. Y en las imposiciones de la Encomienda de la Orden Civil de Sanidad al Dr. D. Camisiro Cabrera y la que efectuó el Gobernador Civil D. Honorato Martín Cobos sobre el que esto escribe de la Encomienda con placa de la misma Orden, con palabras cariñosas y afectivas.

Como habíamos contraído matrimonio con dos hermanas y habíamos quedado viudos, nos unía además de tener la misma profesión, la referida circunstancia y por eso nos veíamos todos los días, en sus tardes, donde pasábamos el tiempo rememorando cosas pasadas y hablando de los políticos que gobiernan nuestra nación, sobre todo del movimiento económico con que ésta se desenvuelve.

Por ello la tristeza aumentó en mi hogar cuando enfermó súbitamente, causa que le obligó a trasladarse a Madrid, donde sufrió las penalidades a que me refería al principio hasta que tuvo lugar su muerte, cuando llevaba catorce años de jubilado, siendo enterrado en Salamanca.

¡Descansa en paz porque ya diste el paso definitivo para unir tu alma a la de tu querida compañera!

CAJAL Y NUESTRO TIEMPO

Han pasado muchos años y aún se conserva en mi memoria la visión clara y permanente por ser la primera y conservarse viva y luminosa, de mi encuentro con Cajal, el día que se inauguraba el curso universitario, en su Cátedra de Histología de la Facultad de Medicina de Madrid.

Desde tiempos antes, estudiando los últimos años del bachillerato, en esa edad en que comienzan a despertarse la curiosidad y el interés por conocer el contenido de sus descubrimientos científicos, el nombre de don Santiago Ramón y Cajal llegaba a mi mundo como antorcha de luz que iluminaba los grandes secretos de la Humanidad. Me parecía en el pequeño conjunto de las cosas creadas, un ser superior, un hombre sobrenatural que supo encontrar en el gran problema de la Naturaleza una de las tantas incógnitas que dan solución a los misterios de la existencia.

Había traspasado su fama los confines de varias naciones y ello sólo bastaba para que en el altar donde guardamos los ídolos ocupara lugar preferente. Por ello, una vez decidido el camino que había de emprender en la vida, guiaba mi destino, como estrella de primera magnitud, el deseo de saber, nacido al calor de su prestigio universal. Por ello, repito, al ingresar en la Facultad de San Carlos me impulsaba la voluntad de verle y oírle de cerca, ya que el genio obra de igual manera que los fermentos, por acción de presencia.

Al entrar en el viejo edificio con el corazón tembloroso y los ojos ansiosos de mirar, la sociedad de alumnos que llenaba el patio de entrada, parecía un hervidero de voces humanas plétóricas de esperanzas e ilusiones. El ruido sordo y continuado de las conversaciones sólo interrumpido por la llegada de automóviles y coches de los profesores, daban al ambiente la impresión de que la juventud hablaba atropelladamente para dar expansión a los hechos acaecidos durante el período de va-

caciones, en los que se dejaron novias que rezaban por el éxito de los exámenes o ausencias que silenciaron para siempre las palabras de aliento y consuelo.

Al entrar en la Facultad las paredes del antiguo centro de enseñanza, oliendo a pintura y albeo recientes, eran la señal evidente de que la vida universitaria daba su comienzo y el personal subalterno, como correspondía a fecha tan señalada, se vistió con sus mejores galas, para abrir las aulas con el respeto y silencio debidos.

A la izquierda del patio, una amplia y señorial galería conducía al piso alto de la Facultad reservado a salas del Decano y Catedráticos, Secretaría, aulas para los adelantados y las salas de los enfermos del hospital clínico que ocupaban además el tercer piso. Todos estos locales donde los maestros cubrieron de canas enseñando la ciencia y arte de precaver y curar las enfermedades y donde se daba cobijo al dolor humano para atacarlo o aliviarlo, sirvieron en mis visitas durante las horas de descanso, para evivar los sueños románticos nacidos en los momentos en que el Destino me trazó el camino.

Los pasillos del inolvidable San Carlos, largos y angostos, húmedos y oscuros, iluminados por la luz del patio central que se filtraba a través de los árboles, brindaban a los numerosos estudiantes que esperaban, unos bancos de madera colocados en las partes bajas de los amplios ventanales de cristales. Sentados en ellos o reunidos en grupos, las agujas del reloj iban marcando paulatinamente el tiempo, en espera del momento en que apareció la figura venerable del Conserje, rechoncho, enlevitado y con mangas cruzadas por anchas cintas doradas dando fe del cargo que ostentaba y llevando entre sus manos un grueso manojó de llaves que introducidas en las puertas de las aulas recién barnizadas, eran abiertas en espera del Catedrático que iba a comenzar la labor del curso.

Todo este movimiento de personas, todas aquellas escenas vividas al calor de un día esplendoroso bañado por el sol y toda la alegría que se respiraba en el ambiente del pasillo largo y angosto como la esperanza, no bastaron para calmar la inquietud exaltada ante la proximidad de linstante en que iba a ver y oír de cerca a aquella gloria que había deslumbrado al

mundo de la Biología con sus portentosas investigaciones. No se cotiza muchas veces en estos espíritus superiores su eficacia imponderable, sino lo que pueda su existencia enseñarnos indirectamente.

De pronto, enfrascado en estas divagaciones y mirando a lo lejos, hizo su aparición el cuerpo de un hombre alto de estatura, barba perfilada y mirada distraída que caminaba entre los estudiantes con pasos desmadejados, sin ritmo y con un bastón que servía a sus manos para abrir espacios donde mover los pies. Aquel día por la bondad de la temperatura exterior no iba vestido con la clásica capa española ni con el abrigo de faldones abiertos como lo hizo muchas veces en su vida de magisterio. El silencio se hizo rápido y Cajal seguido por nuestra vista que no cesaba de observar a la más alta representación de la sabiduría española, subió rápidamente los escalones de piedra que conducían a la cátedra situada en el otro extremo del pasillo, al tiempo que los discípulos fueron colocándose en loca algarabía, sin orden ni concierto, sobre los asientos trazados en anfiteatro a lo largo de toda su extensión.

La cátedra en forma de herradura presentaba en su fondo una inmensa pizarra tan grande como la pared que la limitaba llena de fórmulas químicas y figuras anatómicas. El estrado tan largo como la pizarra, estaba protegido por una verja de hierro que daba al conjunto una visión de historia retrospectiva y en el centro una pequeña mesa de madera cubierta por un paño verde manchado de tinta negra, donde el sabio en sus descuidos dejó trazada la lucha sostenida entre el equilibrio del tintero y su caída al poner el paño en movimiento. En su respaldo un sillón deteriorado daba asiento al maestro y a su izquierda una pequeña pizarra que se tambaleaba sobre sus pies cuando alguien intentaba escribir o pintar en ella.

La cátedra oscura y sombría, iluminada deficientemente por otro patio interior atravesaba los cristales de una única y enorme ventana que jamás persona humana perdió tiempo en limpiar. Al hacer su aparición Cajal, la expectación fue unánime y en medio de aquel silencio saturado de admiración y respeto, comenzó a explicar su primera lección, esa lección que graba en nuestra memoria una serie de inolvidables recuerdos

que sirven de guía a la labor del curso programado y no empezado. Con voz matizada a ratos y fuerte y vibrante en otros, el sabio, abstraído, trazaba sobre el encerado el esquema de las preparaciones histológicas, verdaderos monumentos de arquitectura pedagógica que iban pasando sobre la pizarra, como las diapositivas a través de la máquina de proyecciones, sembrando con su dictado, ideas geniales que fueron la base de nuestras fisiología y patología humanas.

Al terminar la lección preludio de tantas otras maravillosas en las que los alumnos se aislaban de aquel mundo interior, poniéndose gafas oscuras para cerrar los ojos o leer con disimulo el semanario picante y mordaz que por entonces hacía las delicias del público, comenzó el desfile de aquella juventud que no vio en Cajal las raíces de nuestra formación intelectual, sino la representación de otro profesor más a quien era necesario estudiar para lograr la aprobación. Y sin el respeto debido a la figura del sabio salió precipitadamente a la calle, para sentir de cerca a la naturaleza manifestada en aquella ocasión por la belleza de la mujer, mostrada en sus encantos y por la vida hecha alegría, en aquel día de sol y luz maravillosa.

Dentro del aula quedó el sabio sacudiendo la tiza de la americana con sus manos espolvoreadas de yeso, tal vez amargado al suponer que la obra de sus años, grande y acabada, construida en tantos lustros de estudio para beneficio de la Humanidad, pasó por el mundo de aquellos seres de igual manera que lo hacen los paisajes de la tierra cuando pasan velozmente por nuestra vista a través del ferrocarril o del coche que nos conduce a sitios lejanos. Yo le miraba absorto porque había logrado satisfacer mi deseo de cerca y porque el maestro al alumbrar con su inteligencia las bases de la medicina actual, seguía dejando una profunda huella en la vida científica española. Huella que a la inversa de los demás profesores permanecía latente y vigorosa para orgullo de los nativos y para los que como yo, seguimos creyendo que el sabio, por serlo, se acerca a la Divinidad.

HOMENAJE AL PROFESOR MARAÑÓN

En estos momentos en que la medicina y los médicos españoles sufrimos una marcada crisis de angustia e inquietud por razones que no son del caso exponer, desaparece de nuestro mundo científico el hombre que jamás vaciló entre el necesario reposo después del día fatigante y las largas e interminables caminatas en busca de la verdad y de la historia. Comprenderán ustedes, que no voy a cansar vuestra atención hablando del Dr. Marañón como médico, literato, historiador, humanista y maestro de muchas generaciones, que, dispersas en el territorio español han sentido el peso amargo de su desaparición.

En esta ocasión, el Destino me ha elegido para ser el portavoz de este tributo póstumo que ofrendamos a uno de los preclaros ciudadanos de España, por tener vinculados los cargos de Presidente de este Ilustre Colegio Oficial de Médicos y de la Sociedad de Ciencias Médicas de Las Palmas. Pero esta noche quiero despojarme de ellos, para sentir con toda emoción el homenaje que estamos llevando a cabo, ya que hombres como don Gregorio marcharon por la vida deleitando nuestra imaginación y entonando nuestro ánimo. Ello no quiere decir que, por haberlo logrado quedamos eximidos de evocar su pasado glorioso, ni de conducirnos a una pasividad contemplativa que pudiera ablandar y disolver nuestra voluntad, pues no hay que olvidar que si bien el presente se apoya sobre los cimientos del pasado, sirve al mismo tiempo de arbotante para sostener el futuro. Y cuando su marcha ha terminado, el camino se llena de recuerdos y vivencias, elementos que nos sirven de juicio para definir la personalidad después que las horas han ido dejando, tras de sí, los errores del pensamiento y las impurezas del corazón.

Decir que Marañón fue un valor humano universal, es repetir lo que tantas veces hemos oído; decir que el gran maes-

tro nos enseñó a bucear en la biología, leyendo sus libros maravillosos donde al pasar nuestra vista por sus páginas hemos encontrado placer para nuestros desencantos y serenidad para nuestras inquietudes, es confirmar lo que otros devotos de su pluma, de esa pluma que tantos pensamientos sublimes escribió, pregonan a todo viento. Yo sólo sé que las horas pasadas en su lectura me enseñaron a conocer el dolor humano, ese dolor que despierta nuestra presencia en el mundo, cuando nos llegamos a familiarizar con el de los demás, ese dolor que nos lleva a rodearnos de la muerte sin llegar a verla y al que no podemos habituar el fracaso de nuestra ciencia ante la vida que se apaga. Por ello, estas causas nos obligaron a silenciar nuestra rebeldía y a consolar la tristeza del desengaño, precisándonos a buscar una sublimación de nuestros propios sentimientos, una expresión de contenidos psíquicos que se asientan en el cerebro para exteriorizarse y adquirir vida en la realidad, o una explosión de goces espirituales que nos trasladan a un mundo mejor. Y hay que convenir en que esta sublimación, expresión y explosión, sólo las encontramos en el Arte.

Este, como la Ciencia, es valor eterno, pues el primero nos habla de un lenguaje referido al pasado y la segunda nos dice del influjo de las cosas futuras. Todo hombre que sepa hermanar estos dos atributos, es un hombre que sabe sentir el placer profundo y puro y la honda sensación de bienestar. Por eso el médico ama a quien le da de la vida una visión hermosa y jovial, noblemente romántica y líricamente apasionada. De esta manera el arte acude a la llamada de la ciencia, hermanándose y completándose con el conocimiento, cada día más rico, de sugerencias y experiencias comprobadas, sustituyendo la sed de olvidar, la visión acre y dolorosa de la verdad, por la contemplación afable y serena que los médicos han sabido comprender y gozar, ornamentando sus casas con figuras y paisajes, con instrumentos de música que cantan la belleza de los sentimientos y publicando libros donde se desdibujan las pasiones humanas, para que los hombres lleguen de una vez a comprenderse.

Don Gregorio fue maestro de estas virtudes, como en otras muchas que no necesitamos señalar. Vivió para la ciencia y pa-

ra el arte, alcanzando puesto privilegiado en su vida.

Pero por si esto fuera poco, al hacer patente el aforismo leamendiano de que el médico que sólo sabe medicina ni medicina sabe, Marañón sintió siempre hacia nuestras islas, y en especial a esta nuestra, una viva atracción, porque su cielo, sus paisajes, el sonar de sus campanas y el canto profundo de su mar, pulsaron la lira de sus sentimientos, aun sin vivir en ella. La sentía además de cerca, porque fue la patria de aquel gran novelista español que se llamó don Benito Pérez Galdós, hombre que constituyó su devoción, toda vez que le conoció como era y no como creyeron conocerle los que no quisieron convencerse de cómo fue. Basta leer su "Elogio y Nostalgia de Toledo", para darnos cuenta de lo que fue don Benito para nuestro gran médico, y basta pensar en todo lo que nos hubiera dicho, si su vida no hubiera sido interrumpida cuando se disponía a conocernos de cerca, en la conferencia que había de leer en nuestro teatro precisamente el mismo día en que se cerraron por última vez sus ojos.

He de decir también que nos había prometido una lección médica que había de pronunciar en este salón, recordando quizá por su bondad infinita, que fue el primer maestro a quien nos dirigimos e invitamos, para que lo prestigiara con su preclara personalidad, en la tarde de su inauguración. El destino así lo ha querido y hemos de conformarnos con los designios de Dios. De ahí que tengamos la convicción de que esta ofrenda a su recuerdo quedará grabada en la historia de nuestro colegio, por ser quien era y porque supo elevarse con alas invisibles sobre la maldad, para que todos aprendiéramos a ser médicos en el más puro sentido de sacerdocio.

Ha muerto un caballero y su cuerpo ha sido cubierto por la tierra silenciosa y calladamente. Durante los años que supo alumbrar con la luz de su inteligencia portentosa y polifacética, pudo y supo realizar el bien, porque fue siempre cerebro y corazón, desempolvando la trayectoria de su vida con el arma del prestigio supremo.

Ante su recuerdo inclinemos nuestra frente con modestia y sin envanecimiento, cruzando la divisoria convencional trazada por los hombres en el tiempo, que es inextinguible, a pe-

sar de lo efímero de nuestra vida. Tengamos esfuerzo perseverante y pongamos en tensión nuestro espíritu con íntima satisfacción, avanzando cada vez más en pos de la Verdad, sin desaliento ni vanidad, pues cuando vuelvan las aguas a su cauce, sólo quedarán marcadas en las páginas de la Historia los atributos que definen la personalidad, sobre todo si fue lograda, como la de don Gregorio Marañón, mirando a lo alto y con serenidad gozosa.

EL PROFESOR DON TEOFILO HERNANDO ORTEGA

Cuando sólo le faltaban unos días para cumplir los noventa y cinco años de edad, rindió su tributo a la muerte el Dr. don Teófilo Hernando Ortega. Con él ha desaparecido el último maestro que formó parte de mi carrera universitaria, pues si bien ganó su cátedra en los mediados del curso anterior, fue al nuestro en el año 1913 al que completó sus lecciones de Terapéutica General y Arte de Recetas. Puede pues considerarse al nuestro como el primero que cursó en su magisterio, por cuya razón, todos los que fuimos sus alumnos, de los que hoy faltan muchos, pudimos guardar los numerosos recuerdos que han desfilado muchas veces por nuestras mentes como señal inequívoca de que siempre consideramos a sus consejos como el guión que llevamos en nuestro camino convencidos de que ha de guiarnos hasta llegar al final.

Procuró hacer amenas sus lecciones aderezándolas con anécdotas sin que por ello disminuyese el respeto que le teníamos, pues tiempos después y cuando la vida nos separó y nos condujo por otros derroteros a desempeñar el papel que Dios nos trazó al nacer, le recordábamos con mucho cariño bien durante los encuentros que tuvimos en el ejercicio de la profesión, o bien por sus lecciones clínicas y artículos publicados en la prensa nacional y extranjera. A este propósito me interesa manifestar que contribuí con la mayor satisfacción y orgullo a la celebración de un homenaje que en forma de libro le hicimos hace bastantes años. En él escribí un artículo después y en el curso de los años fui ampliando hasta llegar a sus conclusiones. Más tarde me honró con su presencia en varias conferencias que di en la capital de España en algunos de sus centros científicos e históricos, y últimamente, con motivo de reunirnos con los demás compañeros en la fecha de las bodas de oro con la profesión, nos acompañó como último profesor que nos quedaba a todos los actos que tuvieron lugar en ella.

Don Teófilo que fue un humanista en toda la extensión de la palabra nos enseñó a permanecer atentos a cuantas manifestaciones de la vida se referían a los alumnos y a los maestros. Y por ello las modestas publicaciones que he llevado a cabo en mi vida le fueron enviadas como signo de afecto y consideración; y al acusarme recibo de mis "cuentos de Médicos Canarios", me escribió la siguiente carta que en homenaje a su memoria transcribo a continuación:

"Muy querido amigo: Muchas gracias por el envío de su libro que he leído, en gran parte, con interés y deleite, al comprobar una vez que aquel muchacho por el que siempre he sentido y siento gran cariño y admiración ha destacado en su ya larga vida entre otras cosas el doble aspecto de la Medicina y la Literatura.

Me ha impresionado mucho esa relativamente pequeña pero muy apetecible diferencia de edades entre nosotros. Yo siempre creo que los que han sido, más o menos, mis discípulos, deben tener 50, 60 lo más setenta años pero he podido compartir mi suerte, con bastantes que pasan de 80, de los que usted es un magnífico representante y con el aire, no ya de alcanzar los más (el 14 de abril cumplo 95), sino de sobrepasarlos con soltura.

Debo agradecerle también su más que amable dedicatoria. Saludos cordiales, de su amigo de siempre T. Hernando".

Al terminar, ¡quién nos había de decir que estaba tan cerca de la muerte!

ULPGC.Biblioteca Universitaria



579881

BIG 860-3 BOS cam

Dr. JUAN BOSCH MILLARES

nino de mi vida

BIG
860-3
BOS
cam

